



DOS
DE
MAYO

VILLA de MADRID

Ayuntamiento de Madrid

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE CULTURA

DIRECTOR:
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION: PLAZA MAYOR, 27

ADMINISTRACION: MAYOR, 83

Teléfonos: Dirección, 265 91 38

Administración, 446 21 12 - Ext. 22

PRECIO DEL EJEMPLAR: 150 PESETAS

M A D R I D

AÑO XVII

1979-IV

NÚM. 65

Sumario

Madrid, villa del universo.

La maqueta de la Villa de Madrid,
por ALFONSO DE CARLOS.

El Alcalde de México, en Madrid. Los profesores Hank González y Tierno Galván firmaron un acuerdo de cooperación, por ANA SIMONET.

La Europa de los municipios.

El Círculo de Bellas Artes, por FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES (*Cronista de la Villa de Madrid*).

Madrid y su concejo en los libros de acuerdos, por CARMEN RUBIO PARDOS.

Madrid, capital, por ENRIQUE DE AGUI-
NAGA (*Cronista de la Villa*).

De la cogida, muerte y enterramiento de Joseph Delgado, Yllo, por MARCELINO TOBAJAS.

El centro Cultural Villa de Madrid,
por EDUARDO HUERTAS VÁZQUEZ.

Respuesta multitudinaria a una iniciativa municipal, por ANTONIO DE MIGUEL GIL.

La Fiesta de Santiago el Verde. Romería del Sotillo, por FRANCISCO VEGA DÍAZ.

Recuerdos de un superviviente en el LX aniversario de la Hemeroteca Municipal (1918-1978) (II), por MANUEL ROSÓN AYUSO.

Los socialistas, en el Ayuntamiento de Madrid. Pablo Iglesias, concejal de 1905 a 1910, por BOROBÓ.

Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas, por JUAN SAMPELAYO.

Madrid, en sus libros.

Ilustraciones: Serny, Chausa.

Fotografías: Yebra, Imagen-Fotógrafos, Manuel López, Archivo Gráfico Contre-
ras y Archivo de la revista «Villa de Madrid».

Depósito legal: M. 4.194-1958

SANMARTÍN - A. J. Antonio, 33.
MADRID

Nuestra portada: *Alegoría de Madrid,*
de Goya.



MADRID, VILLA DEL UNIVERSO

NI HA SIDO CENTRALISTA
NI ASPIRA AL CENTRALISMO

Lección del profesor Tierno Galván en la inauguración de la exposición antológica de Madrid

«*MIS queridos amigos:*

Nos ha costado un gran trabajo organizar esta Exposición de la Villa; por ello, vamos a intentar que se interprete rectamente. Esperamos de ustedes que no la contemplen con la mentalidad de quienes visitan un museo, por tratarse de una exposición. Es una muestra viva del Madrid que, de una manera u otra, todavía subsiste. Madrid tiene la condición de

El Alcalde de Madrid comenta con el Concejal responsable de Cultura, Enrique Moral, un aspecto de la exposición.



Con la inauguración de la exposición antológica de Madrid, quedó nuevamente abierto al público el Museo Municipal, cerrado por obras durante largos años.

ser absolutamente universal, como ciudad que ha sido encrucijada y lugar por donde han pasado las más diversas civilizaciones. Hay en ella abundantes testimonios paleolíticos que han permitido afirmar que Madrid es la capital prehistórica del mundo; hay en ella testimonios romanos, testimonios árabes; y todos ellos, en cierto modo, están aquí reunidos y fundidos en la cultura actual.

En el proceso de la historia nada se pierde, nada se destruye; todo se transforma y, en virtud de esa transformación, tenemos, ahora y aquí, lo que antes fue y en cierto modo es.

Es, además, una Exposición didáctica. Queremos que la vean los niños de los colegios, ya que está pensada, principalmente, para estudiantes. Vamos a tratar de poner carteles en todas partes, para indicar que no es un museo para eruditos, ni un lugar donde venimos a admirar el pasado, ni un sitio enigmático donde sólo pueden entrar los cultos, ni un lugar donde vamos a quedarnos boquiabiertos, pues venimos para admirar y después salimos para olvidar. Es una escuela viva de lo que es Madrid, que también es lo que ha sido.

Por aquí han pasado todas las culturas: castellanos viejos hacia Castilla la Nueva y Castilla la Novísima, como se llamaba a Andalucía. Aquí han venido diplomáticos de todo el mundo, cuando Madrid era la Capital universal del orbe. Madrid, un lugar sencillo y pequeño, ha sido el centro y el corazón de lo universal y sigue siendo el corazón de lo universal.

Somos universales por principio. Llamemos a Madrid la Villa del Universo, la villa del mundo. Ningún madrileño se debe sólo a Madrid, y en Madrid hemos tenido siempre algo de todas partes. Lo que estamos ofreciendo en esta exposición es el testimonio de que Madrid nunca fue hermético ni claustral. Madrid, por el contrario, fue centro de recepciones, porque tuvo siempre gran capacidad receptiva. Incluso en los comienzos de este siglo, fueron muchos los que vinieron de la periferia a enseñarnos, a cultivarnos, a convivir con nosotros y a aprender de nosotros.

No hay ninguna capital del mundo que haya recibido más y mayores influencias que Madrid y ninguna que las haya guardado con más cuidado y celo. Todo madrileño, además de madrileño, es, por historia, por obligación, por deber y por sentido moral, ciudadano del mundo.

En esta exposición de la Villa de Madrid se resume todo lo que nuestra Capital ha dado y recibido de Europa y todo lo que ha hecho por el mundo. Desde el hombre primitivo y los celtas (esta ciudad fue un primer campamento celta) hasta la cultura del siglo XX, con algún cuadro de Picasso, que tendremos, porque Picasso también fue a su modo, un madrileño.

Madrid, ciudad universal, villa universal, abre hoy estas puertas, mostrando su historia, para, entre otras cosas, testimoniar que ni ha sido centralista, ni aspira al centralismo. Que lo único que ha querido y quiere, es seguir siendo universal, en beneficio de todos y para la cultura de todos.

Exposición de la Villa de Madrid, exposición de la cultura universal, testimonio de la grandeza de espíri-



Mercedes Agulló, directora de los Museos Municipales y organizadora de la exposición antológica de Madrid, explica algunos detalles a los asistentes a la inauguración.

tu de los madrileños que saben que ser universales en la cultura es ser universales en el espíritu y en la grandeza. Sepamos los madrileños que con esta exposición estamos dando un testimonio de nuestra capacidad para seguir siendo cultura del mundo. Ofrecemos una lección, ya que hemos recibido, y no nos pesa, tantas.

Y ahora, señoras y señores, como no creo que hay nadie que tenga el ánimo para seguir hablando a gritos —y yo lo he hecho durante un rato (1)— demos por inaugurada esta exposición. Bienvenidos, y que sea todo por Madrid, por España y por los Pueblos de España. Muchas gracias.»

El día 6 de diciembre, el Alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván inauguró en el Museo Municipal la exposición antológica sobre Madrid, denominada «Testimonios de su historia hasta 1875».

Esta muestra de la que anticipábamos amplia información en el número anterior de la revista «Villa de Madrid», se ha completado con fondos del propio Museo y de diversas entidades culturales madrileñas, como la Biblioteca Nacional, Museo del Ejército, Museo de la Casa de la Moneda, Museo Lázaro Galdiano, Arzobispado de Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores y Archivo Histórico de Protocolos, además de colecciones particulares y pretende ofrecer al público una visión panorámica de lo que ha sido históricamente Madrid desde su prehistoria hasta la restauración borbónica.

El Alcalde al presentar la exposición a los numerosos invitados al acto inaugural, explicó su finalidad y significado con las justas y emocionadas palabras que abren estas páginas.

A. S.

(1) Durante la celebración de la apertura de la exposición, grupos de manifestantes estudiantiles se presentaron en el Museo Municipal. Un portavoz aprovechó la presencia del Profesor Tierno Galván para leer una denuncia de la situación de algunas escuelas y facultades universitarias. Otros manifestantes, perseguidos por efectivos de la Policía Nacional, se refugiaron en los locales del Museo con el alboroto a que el Alcalde de Madrid aludía al final de su discurso.

LA MAQUETA DE LA VILLA DE MADRID (1830)

Por Alfonso DE CARLOS

RECIBIDO el encargo de ejecutar el modelo de Madrid, don León Gil de Palacio hubo de realizar una serie de trabajos preparatorios antes de emprender la construcción propiamente dicha, puesto que un modelo de esta magnitud no puede realizarse sin una preparación previa, siendo indispensable confeccionar un plano o plantilla para servir de pauta de trabajo donde tomar medidas, comprobaciones, etc...

Ninguno de los planos de Madrid existentes a finales de 1828 estaba a la escala del modelo, ni era lo suficientemente completo ni actualizado al momento que refleja la maqueta. Por otra parte, los planos conocidos que han llegado hasta nosotros, tienen escasos datos de altimetría, datos imprescindibles para representar el relieve, como reflejan los modelos corpóreos.

El Cuerpo de Artillería, en esta época, ya estaba dotado, por supuesto, de

los medios de trabajo técnicos necesarios para las mediciones topográficas. Según don Enrique Pastor Mateos, Gil de Palacio tuvo que preparar ante todo un plano de varias piezas, que, por desgracia, actualmente ha desaparecido, que sería de un estimable valor, especialmente en detalles secundarios.

El primer paso que debió dar nuestro artillero sería el de familiarizarse con la Villa para después localizar los trabajos cartográficos y topográficos



Se construyó el modelo de la Villa de Madrid en 23 meses, bajo la dirección del entonces Teniente Coronel del Real Cuerpo de Artillería, don León Gil de Palacio (1830).

realizados hasta entonces referentes a Madrid, buscando, sobre todo, los más cercanos a aquel año de 1828. Seguramente consultó el plano topográfico que en el año anterior de 1827 levantaron los señores Desjardins y Armoire, dos franceses que habían venido a nuestra Patria con ese objeto, en el año 1823, acompañando a la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis. El plano comprendía la Corte y sus cercanías hasta cuatro leguas de su contorno, pero dada su reducida escala (de 1: 25.000) no reportaría excesiva utilidad a Gil de Palacio.

Sin embargo, debió prestarle buena ayuda el de 1825 de Juan López, que lo adaptaría del de su padre Tomás López, considerablemente técnico. La aproximación de fechas hace que prácticamente no tenga más variaciones que algunos temas de proyecto, que el modelo no representa por no estar materializados. Así lo afirma don Jorge Brunet Forasté, maquetista de arquitectura y urbanismo, graduado en artes aplicadas, que ha restaurado la maqueta y a quien agradezco sus apuntes valiosos para la realización de la segunda parte de mi trabajo sobre la maqueta de Madrid.

El trabajo preparatorio realizado por Gil de Palacio, no consistió solamente en la confección de este plano, ya que, según Pastor Mateos, «tenemos noticia de que Gil de Palacio levantó por su cuenta» uno nuevo. La contemplación del modelo nos persuade de que hubo de realizar miles de anotaciones y más de un centenar de dibujos para ajustar a la realidad no sólo la planta, sino también los alzados e incluso las cubiertas de los edificios. Si para las casas comunes bastaban simples aunque precisas anotaciones, para los edificios singulares, que son numerosos, tales como palacios, iglesias, etc., hacían falta muchos detalles teniendo que realizar para este fin laboriosos diseños.

Estos son los que consideramos trabajos preliminares que podrían inducirnos a pensar en una obra interminable. No fue así, puesto que el modelo tiene una placa contemporánea bajo la cual, según Brunet, se observa la madera sin tratar, lo que demuestra que fue colocada allí en el mismo momento de su terminación. En la placa se dice que la realización del modelo terminado en 1830 duró sólo 23 meses. Por lo tanto, se debió de iniciar lo más tarde en enero de 1829, o más probablemente, a fines de 1828, es decir, hace más de 150 años.

Grande es el mérito de haber realizado el modelo, incrementado por el



El Palacio de Liria con sus jardines y pegado a este el Cuartel de Conde Duque, con sus tres patios característicos, propiedad en nuestros días del Excmo. Ayuntamiento de Madrid.

hecho de haber tenido que preparar también la documentación indispensable para ello; aún es mayor el mérito si tenemos en cuenta el corto espacio de tiempo de que dispuso para su conclusión.

Para efectuar esta obra tan colosal, hubo de tener a sus órdenes don León Gil de Palacio un buen equipo de ayudantes; pero cuanto más numeroso y entendido lo supongamos, más obligados nos veremos a reconocer las grandes cualidades del artillero como organizador de trabajo.

Se pueden distinguir, según Jorge Brunet, diversas especialidades en los ayudantes y el equipo con que contó Gil de Palacio: topógrafos y carpinteros, para armar bloques y maestros versados en trabajos de marquetería y decoración para los detalles. De los distintos grupos, unos cortarían los bloques, otros repasarían las cubiertas, etcétera... No sólo la rapidez de la obra nos persuade de esto, sino también la observación de ciertas desigualdades que no afectan al conjunto, pero son a este respecto reveladoras. Los edificios más notables han sido tratados por manos sumamente expertas y otras menos especializadas han tenido a su cargo los de menor entidad. También, aparte de sus ayudantes hubo de tener otros colaboradores diversos que le proporcionasen los materiales y que llevaran a cabo algunos trabajos secundarios que realzan la exactitud y perfección de la obra.

La inscripción de la placa concreta la realización del trabajo en 23 meses. Dos años escasos parece plazo breve,

dada la magnitud de la obra, pero explicable dado lo sistematizado que debió ser el trabajo. La técnica empleada es de una extraordinaria simplicidad y la diferenciación de cometidos debió ser fundamental al permitir una eficaz organización en la diversidad de colaboraciones.

En la realización del modelo se pueden distinguir claramente los distintos equipos. La topografía con sus maestras que dan las rasantes de las calles correctas, según los apuntes de Jorge Brunet, «está realizada con una soltura, digamos de carpintería; las edificaciones pueden ser muy bien obra de otro equipo; cortar los volúmenes primarios, el ajuste de las distintas alturas, que definen los perfiles y estructuras lo realizaría otro grupo distinto de operarios; finalmente, el tallado de tejados y elementos más delicados se haría por otros especialistas. La considerable cantidad de piezas facilitaría en gran manera la posibilidad de emplear un número importante de personal».

Madrid en 1828, aunque Gil de Palacio recibió el encargo de reproducirlo en un modelo, era aún lo que Mesonero Romanos llamaba «El Antiguo Madrid». Todavía no se habían producido las profundas transformaciones que darían paso al nuevo, el que se refleja en la Guía de Madrid de Fernández de los Ríos. La época de las reformas se había iniciado, pero no había llegado a desfigurar su semblante.

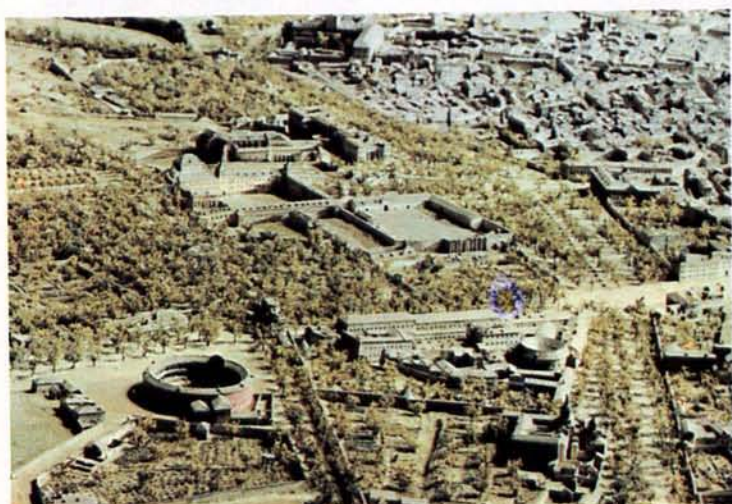
La superficie edificada en 1828 comprendía unas 1.200 hectáreas con un perímetro harto quebrado de 12,5 kiló-



Las Salesas Reales, a la izquierda y arriba, en el centro el Palacio de Buena-vista, hoy Cuartel General del Ejército.



El Palacio del Buen Retiro que fue sede del Museo de Artillería, hoy Museo del Ejército, y los jardines del estanque.



La plaza de Toros y la Puerta de Alcalá, a la izquierda y abajo. En el centro el gran conjunto del Buen Retiro.



En primer término y abajo el Paseo del Prado con el Museo de Pinturas. Las calles de Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Atocha.



El Real Palacio visto desde la plaza de Oriente y la calle de Bailén. Todavía no estaba ajardinada y con la estatua la plaza.



El Real Palacio visto desde el otro lado del río Manzanares. En primer término los tendederos para secar la colada.

metros o, como decía Mesonero Romanos, de 2 1/4 leguas de 20 al grado. Según el mismo cronista, más de 200.000 personas, madrileñas por nacimiento o adopción, forasteros y transeúntes, ocupaban unas ocho mil casas, agrupadas en 540 manzanas y circulaban por sus 492 calles y se solazaban en sus cuatro plazas y 79 plazuelas. Las dimensiones de Madrid: 3,5 kilómetros de Este a Oeste y 4 kilómetros de Norte a Sur, eran más que respetables para una población en la que predominaban los peatones.

Las dimensiones del modelo son las de un rectángulo de 5,20 por 3,50 metros, dividido en diez bloques o fragmentos irregulares de un estudiado despiece, siguiendo el trazado de algunas calles escogidas para determinar unas piezas o áreas de proporciones convenientes para ser trabajadas cómodamente. En torno al Palacio Real existe el fragmento más pequeño de todos; los otros nueve se extienden hasta los bordes y son de tamaño muy parecido, salvo el del Real Sitio del Buen Retiro y zonas colindantes que es mayor. Por ser esta amplia zona más paisajística y, como tal, menos comprometida, está realizada sin la precisión de las partes más urbanas. Lo menos adecuado de la maqueta fue su montaje, que se realizó sobre una base de seis tarimas rectangulares de madera. Los diez fragmentos quedaban en un principio sobrepuestos a la plataforma y ajustados simplemente por su propio peso.

Según atestigua Mesonero Romanos en la Guía de Madrid de 1831, la maqueta está realizada a la proporción de media línea por vara y media. La vara castellana era una medida de longitud equivalente a 835,9 milímetros de nuestro sistema actual métrico decimal. Constaba de doce líneas, cantidad divisible por tres o por cuatro, según se estime; esto es tres pies serán igual a cuatro rayas o cuatro palmos igual a tres rayas; que tendrán una segunda subdivisión de líneas que vemos en la representación gráfica de la escala. Con relación a nuestras escalas usadas corrientemente, es superior a la 1:1.000 y bastante inferior a la 1:500. Todas las medidas de la maqueta son 816 veces menores que la realidad, ya que 1,2 milímetros en el modelo equivalen a un metro.

El modelo está realizado (sigo al maquetista Brunet), en maderas dóciles o blandas, fáciles de trabajar: chopo, pino, cedro, aliso y abedul; con un acabado de cuidada policromía en las edificaciones, combinada con elemen-

tos de talla y aditamentos de cartulinas y maderas sobrepuestas para representar las fachadas con sus cornisas y detalles corpóreos, pegados en la típica «cola de conejo» que se disolvía al calor del «baño maría». Todo este material ha constituido de siempre y hasta nuestros días, el elemento principal de los trabajos de madera.

Los remates de campanarios, chapiteles y cúpulas con sus copulines cuentan con delicados elementos de terminación realizados en metal y constituyen verdaderas filigranas de orfebrería. Las zonas libres de edificaciones están tratadas con una composición de pasta combinada con tierras y arenas a las que se les ha aplicado la cola, técnica muy pesebrística puesto que don Gil realizó varias veces el Belén para los Infantes en Palacio.

Los matices de color fue un tema que tampoco escapó a la fina observación del artillero, puesto que su modelo es de rica policromía, con abundancia de rosados y ocre sin que falten en algunos tejados el azul típico de la pizarra tal como sería en la realidad. El verde ocre del arbolado está perfectamente matizado, sin estridencias y es curioso observar cómo el agua del río y el estanque del Retiro tienen un tono azulado limpio mientras que los pozos de nieve se han simulado con unos elementos de mica que representan el agua-hielo.

El pavimento de algunas calles consta de varios gruesos de papel, estando impreso el superior de ellos que imita adoquines; posiblemente, según Brunet, fueron aplicados en sucesivas épocas. Entre los años 1848 y 1850, recuerda Mesonero Romanos, se adoptó en Madrid el empedrado de adoquines, de tal forma que Gil de Palacio no tuvo que preocuparse de representar un empedrado entonces inexistente, de lo que se deduce que el papel simulando adoquines lo debieron añadir en algunas de las restauraciones efectuadas posteriormente.

El Madrid de las grandes cuevas está representado con toda fidelidad; la espectacularidad de las maquetas es más explicativa que la misma realidad; se aprecian perfectamente los accidentes de la topografía; las suaves lomas donde se asentó el primitivo núcleo urbano están muy bien definidas. Todavía no se habían producido la gran cantidad de relleno posteriores y las edificaciones mantenían una línea más regular y acorde con el relieve natural. Es posible que Gil de Palacio, en vísperas de iniciar sus trabajos, contemplase desde alguna atalaya el Madrid que iba a trasladar a su modelo.

Los desniveles, tema delicado, fueron preparados mediante «maestras» de madera de un grueso adecuado al ancho vial, que se levantaron siguiendo el tejido de las calles donde se aprecian las cotas; quedando bien reflejadas las rasantes, forma muy fiable de colocar alturas.

Las edificaciones que forman las manzanas se organizaron partiendo de unos sólidos de madera de chopo, preparados por plantillas sacadas de planta que pasaron a ser cortadas en la sierra de vaivén, la típica caladora, muy en uso en las primeras formas mecanizadas de trabajar la madera. Con este procedimiento se recortaban los macizos con sus agujeros que formaban los espacios de patios y corrales. Al no tener estos volúmenes los salientes de los aleros, se confirma el sistema de corte estando representados éstos en policromía. Estos volúmenes iniciales se iban trabajando rebajando o aumentando para reflejar las correspondientes alturas de las casas con sus pendientes de tejados que se tallaban directamente, representando los canales para, finalmente, acoplarles los cuerpos de las buhardillas.

Los edificios importantes de más acusadas características, se reprodujeron con todo primor. Se preparó primeramente el volumen, siguiendo idéntico criterio que con las manzanas, para sobreponerles luego una serie de detalles corpóreos realizados independientemente y de una forma sistematizada, técnica que está todavía en uso. Son dignos de ser destacados los añadidos que se han hecho a estas piezas singulares como las ventanas con sus detalles de montantes, dinteles y vierteaguas, columnas, etc...

Las zonas de arbolado eran dominantes en la Villa en la época representada en el modelo. El Retiro suponía casi un tercio de la extensión de la ciudad, y su área llegaba hasta el Salón del Prado, sin otras edificaciones que el Monasterio de San Jerónimo con todos sus claustros y el Palacio del Buen Retiro, formado por un complejo conjunto de instalaciones desde salones y teatro hasta patios y jardines con estanque.

En el Salón del Prado se pueden distinguir las fuentes escultóricas como la diosa Cibeles y el dios Neptuno, que proporcionan las imágenes típicas de Madrid, con la orientación y ejes en que fueron proyectadas.

Una cerca flanqueada por 17 puertas o portillos delimitaba la ciudad. La mayoría de las puertas daban noble



Magnífica perspectiva del Paseo del Prado con la fuente de Neptuno en un extremo, y el Museo del Prado y los Jerónimos en el centro, así como el Jardín Botánico a la derecha.

entrada arquitectónica a los caminos que acudían a la capital, como las dos únicas supervivientes que han llegado hasta nosotros, de Alcalá y Toledo. La de San Vicente, de Sabatini, se encontraba a los pies del Palacio Real, donde hoy se inicia la cuesta de San Vicente; la de Recoletos fue diseñada por Villanueva, la de Santa Bárbara fue obra de Ventura Rodríguez y la de Atocha, que está también representada, seguramente está realizada después de 1830, como alguna de las otras en una de las muchas restauraciones que sufrió el modelo.

El Puente de Segovia, como un largo viaducto cruzando un ancho Manzanares y una fértil vega que llegaba hasta la entrada de su nombre, era el elemento dominante del paisaje entrañablemente madrileño. Está representado en sus mínimos detalles hasta con las lavanderías y ropa tendida. Llama la atención de los que contemplan la maqueta el gran descampado o calva que se ve frente a Palacio, consecuencia del relativamente reciente derribo de edificaciones que daría paso a las plazas de Oriente y de Isabel II; el

Teatro Real todavía no estaba materializado.

El Hospital General de Atocha y el Palacio de Buenavista (por citar algunos edificios representativos) tienen una parte en construcción o derribo, y el Palacio que llamamos de Santa Cruz (cárcel de Corte), actual Ministerio de Asuntos Exteriores, presenta una de sus torres con una cubierta provisional, ya que un incendio había destruido la original.

En el Campo de la Lealtad, hoy plaza de este nombre, se puede apreciar el zócalo de lo que luego sería el obelisco conmemorativo de los heroicos hechos del pueblo madrileño. Su construcción se había iniciado en 1822 y tardaría muchos años en acabarse. El Parque de Artillería, Parque de Monteleón, donde resistieron Daoiz y Velarde, se ve en ruinas, cuidadosamente representadas.

En la zona próxima a la actual plaza de España se aprecia un conjunto de fortificaciones con sus baluartes. Muros de aparejo toledano o de rosado ladrillo y otros de granito de la sierra, están muy bien reflejados, y figuran

también con profusión sistemas constructivos típicos de la meseta, hoy desplazados por otros sin ninguna característica local. Al final de la calle de Fuencarral se pueden apreciar los depósitos conocidos por «pozos de la nieve», en donde estaba almacenado el preciado elemento de refrigeración, para ayudar a soportar la canícula del verano madrileño.

Entre las curiosidades de interés científico, se aprecia el magnífico edificio del Observatorio Astronómico y la Casa de las Fieras del Retiro. El recinto de los jardines del Botánico, con sus bellos pórticos y verjas, enlazaba con el Museo de Historia Natural, que alberga hoy una de las pinacotecas más famosas del mundo, el Museo del Prado.

No era ciertamente amplio el espacio que ocupaban las vías públicas; sólo algunas calles muy señaladas tenían una anchura razonable, siendo la mayor parte de ellas tan estrechas como tortuosas. Y lo mismo podíamos decir de las plazas, de las cuales sólo la Mayor, regular, proporcionada y bella, era digna de este nombre, como afirma en su folleto del Modelo de Madrid,



Una vez más, la maqueta de Gil de Palacio concita la admiración de los visitantes del Museo Municipal. En la foto, el Alcalde de Madrid con algunos de los asistentes a la inauguración de la Exposición Antológica de la Villa.

don Enrique Pastor Mateos. Las otras, las plazuelas, no eran sino rinconadas e irregularidades viarias a las que se les daba este nombre. En cambio, algunas huertas y jardines de determinados barrios gozaban de amplitud considerable, siendo por lo general estas huertas de las casas religiosas como las de los conventos de Santa Bárbara y Santa Teresa, junto con el colegio de las Salesas Reales.

A partir de la Puerta de Atocha se iniciaba el Paseo de las Delicias, entonces muy de moda y cuidado, que terminaba en el canal del Manzanares, uno de los parajes más gratos y con más arbolado de los alrededores. Allí mismo y bordeando la cerca hasta la Puerta de Toledo, aparece en la maqueta el Paseo de Ronda. Venía a continuación el de la Virgen del Puerto, al que daba su nombre la ermita construida a su lado y, más hacia el Norte, el Paseo de la Florida, que había goza-

do en otro tiempo de gran favor y concurrencia. Madrid se inclinaba en estos días hacia el Paseo del Prado, que se apellidaba por trechos con el nombre de tres conventos cercanos: Atocha, San Jerónimo y Recoletos.

El Manzanares, que regaba Madrid, pero sin penetrar en el recinto urbano, tenía un caudal variable, casi siempre escaso, pero su cauce, según cuenta Pastor Mateos, fue siempre ancho y sus riadas temibles. En el modelo de Gil de Palacio figuran dos de los seis puentes que en esta época lo cruzaban.

Los edificios de planta grande que aparecen en el modelo de la Villa de Madrid, son el Cuartel que se construyó para los Guardias de Corps, también llamado del Conde-Duque y el Hospital General que más adelante pasó a ser provincial. Enorme había sido el solar del Palacio de los Duques de Monteleón, en donde tuvo lugar la gloriosa jornada del Parque de Artille-

ría del 2 de mayo de 1808. Extenso solar, ocupaba igualmente el recién estrenado Cuartel de San Gil, construido en principio para convento.

De indudable mérito son los establecimientos religiosos que representó Gil de Palacio en la maqueta: parroquias y conventos como San Justo, San Andrés, San Martín, el Colegio Imperial, convertido en Reales Estudios de San Isidro y de nuevo regentado por los jesuitas, San Felipe el Real, las Descalzas Reales, la Encarnación, las Calatravas, las Salesas y sobre todos, San Francisco.

Entre los edificios destinados a la instrucción, destacamos el Seminario de Nobles y, entre los dedicados a la beneficencia, el Hospicio de San Fernando, hoy Museo Municipal, donde se encuentra expuesto, desde 1929 (ahora se han cumplido 50 años) el modelo de la Villa de Madrid de León Gil de Palacio.

EL ALCALDE DE MEXICO, EN MADRID

FIRMA DE UN ACUERDO DE COLABORACION Y COOPERACION ENTRE LAS DOS CIUDADES

INAUGURACION DEL MONUMENTO A MIGUEL HIDALGO

INVITADO por el Ayuntamiento de la Capital de España, llegó al aeropuerto de Barajas, en la tarde del día 5 de diciembre, el Alcalde de la Ciudad de México, Profesor Carlos Hank González, quien fue recibido por su colega don Enrique Tierno Galván. En la noche del mismo día 5 el Profesor Hank González y las personalidades y técnicos del municipio mexicano que le acompañaban fueron invitados a una cena por el Director de la Agencia EFE. Asistieron también los periodistas acreditados como informadores municipales en el Ayuntamiento, con quienes el Alcalde de México sostuvo una rueda de prensa. Don Carlos Hank ofreció interesantes datos de la problemática de su ciudad, soluciones de presente y previsiones de futuro, así como de las posibilidades técnicas y recursos económicos con que el Ayuntamiento ha de proveer al mejor servicio de una macrourbe que se acerca a los once millones de habitantes.

El día 6 daba comienzo la visita oficial a la Villa, con una solemne recepción en el Ayuntamiento. El Profesor Hank González fue recibido por el Alcalde de Madrid en la puerta principal de las Casas Consistoriales. En el Salón de Sesiones el Profesor Tierno Galván le hizo entrega de la Llave de Oro de Madrid; a continuación, el Alcalde de México firmó en el Libro de Honor.

Más tarde se celebró una sesión de trabajo, con asistencia de las siguientes personalidades:

Por parte de la Delegación municipal de México: el Jefe del Departamento del Distrito Federal de México,



don Carlos Hank González; Embajador de México en España, Francisco Alcalá; el Director de Obras Públicas, arquitecto Eduardo Rincón; el Director de Relaciones Públicas, licenciado Carlos Argüelles, y el asesor y ayudante del Alcalde, Miguel Messmacher y José Luis Tapia.

La Delegación madrileña estaba formada por el Alcalde de Madrid; los tres Tenientes de Alcalde, señores Tamames, Puerta y Barrionuevo; los concejales de Circulación, Gerencia de Urbanismo, Obras y Servicios, Cultura y Relaciones Sociales, señores Martín Palacín, Mangada, Angelina, Mella, Moral y Luxán, y el Delegado de este último departamento, señor Ortuño.

DECLARACIÓN CONJUNTA

Después de un largo cambio de impresiones, se procedió al estudio y redacción de un acuerdo que fue firmado por ambos alcaldes, y cuyo texto dice así:

El Jefe del Departamento del D. F. de México y el Alcalde de Madrid, reunidos con sus delegaciones respectivas en el Salón de Comisiones del Ayuntamiento de Madrid, tras un amplio y cordial intercambio de información, documentación y opiniones sobre diversos aspectos del gobierno local, han convenido en establecer el siguiente ACUERDO DE COLABORACIÓN Y COOPERACIÓN, consecuencia y complemento del Hermanamiento entre ambas ciudades decidido en 1978.

1. Se crea una COMISIÓN INTERCIUDADES, compuesta por tres delegados de cada una de ambas ciudades y que será presidida alternativamente por ambos Alcaldes, en periodos anuales. Durante 1980 será presidente de dicha Comisión el Alcalde de Madrid.

2. Esta Comisión Interciudades tendrá como objetivos la formulación de programas anuales de actividad, que desarrollen y apliquen los acuerdos adoptados en el curso de este encuentro.

3. Para 1980, las grandes líneas de actuación en común, serán las siguientes:

a) *Encuentros técnicos.*—Intercambios de funcionarios, profesionales y técnicos, pertenecientes a las áreas siguientes: Urbanismo, Transporte y Circulación, Cultura, Seguridad, Saneamiento y Medio Ambiente, Educación, etc.

Estos encuentros rebasarán los límites estrictamente administrativos y podrán servir de marco para la realización de intercambios entre asociaciones y entidades, ya sean públicas o privadas, interesadas en el conocimiento mutuo.

Los encuentros servirán de base para el intercambio de información y documentación sobre todos y cada uno de los campos en cuestión. Ambas ciudades se comprometen al intercambio regular y constante de publicaciones, series informativas, revistas, folletos y libros de interés mutuo.



Hank González da las gracias por la Medalla de Oro de Madrid.

b) *Deportes, Exposiciones y Espectáculos.*—Convocatoria de encuentros deportivos interciudades, por medio de torneos y copas, en todos los deportes. Se instituirán las Copas de México y Madrid, a conceder alternativamente.

Se llevará a cabo un programa conjunto de Exposiciones y Espectáculos, a efectuar simultánea o sucesivamente en México y en Madrid, abarcando todas las ramas del arte, el folklore, la artesanía, la expresión cultural, etc.

c) *Fiestas y celebraciones.*—Se celebrarán los «Días de México en Madrid», así como el «Día de Madrid en México», a celebrar respectivamente en las fechas siguientes: 15 de septiembre en Madrid, 15 de mayo en México.

Estas celebraciones darán lugar a la visita de delegaciones oficiales, a la realización de encuentros y al desarrollo de programas especiales de actividades diversas.

d) *Turismo.*—Por las oficinas de turismo de ambos municipios y los entes interesados, se fomentará el intercambio turístico, en sus diversas modalidades y se desarrollarán corrientes de visitantes, que permitan el conocimiento y la difusión de los recursos, los bienes y los servicios turísticos que ofrecen ambas ciudades.

Estos intercambios comprenderán, además, los viajes de estudio y los de jóvenes y escolares, que se programarán anualmente por los servicios municipales competentes.

e) *Símbolo común.*—Creación de un símbolo común con los municipios de América Latina, a exhibir en un lugar preferente en todas las ciudades capitales de los países iberoamericanos, como expresión de solidaridad y hermanamiento.

Se tenderá a la convocatoria conjunta de reuniones y conferencias interurbanas entre las ciudades capitales de los países de América Latina.

Madrid, 6 de diciembre de 1979.

INAUGURACION DEL MONUMENTO A MIGUEL HIDALGO

El día 7, segundo del viaje oficial del Dr. Hank de la Ciudad de México, se inició con una ofrenda floral ante la estatua de Colón, en los Jardines del Descubrimiento. Los dos Alcaldes se

dirigieron después al Paseo de Camoens, en el Parque del Oeste, donde se ha instalado el monumento al líder de la Independencia mexicana, Miguel Hidalgo, que la Ciudad y la República de

México donaron al pueblo de Madrid, con ocasión del viaje oficial de los Reyes de España a aquella nación. En el acto inaugural se encontraba presente una amplia representación de los



El Alcalde de Madrid en un momento de su discurso.

tres partidos que forman la Corporación madrileña actual, así como los representantes del Ayuntamiento mexicano y numeroso público entre el que destacaban miembros de la colonia mexicana en Madrid.

PALABRAS DE HANK GONZALEZ

Ambos mandatarios dirigieron durante esta entrega oficial palabras de emoción al recordar la figura del líder mexicano independentista. En primer lugar, el Alcalde mexicano pronunció el siguiente discurso:

Señor Alcalde, señores concejales, señoras, señores.

Esta estatua, en la que se muestran las cadenas de la esclavitud que fuera abolida por Hidalgo, representa para nosotros, la presencia de la ciudad de México.

Allá, como ustedes saben, este mismo monumento, forma parte de la Columna de la Independencia, que es el más querido de

los monumentos para los capitalinos y para los mexicanos, en general. Por eso, quisimos que fuera justamente la réplica de esta escultura, la réplica de este conjunto, la que aquí recuerde a nuestra ciudad de México.

Agradecemos profundamente el honor que a México se hace, dando este espléndido parque y, a la vez, señor Alcalde, ratifico a usted nuestro ofrecimiento de entregar un sitio, quizá no tan bello como este, pero un pedazo del territorio de nuestra ciudad de México, para que ahí pueda ser colocado, en la visita con que usted ha de honrar a mi Patria y a nuestra capital, en la fecha que usted se sirva fijar, para que ahí sea instalado el monumento que represente a la ciudad de Madrid.

En México, como ustedes saben, existen la Plaza de España y la Plaza del Mestizaje, y, en estas plazas, parques y lugares, que llevan nombres españoles, queremos esta vez que la ciudad de Madrid tenga su sitio específico, un lugar en el que todos los mexicanos habremos de recordar y habremos de venerar a esta gloriosa ciudad de Madrid.

Gracias, pues, por el honor, y que este acto sirva de lazo de unión, de lazo de

unidad, de fraternidad y amor entre españoles y mexicanos.

DISCURSO DEL ALCALDE DE MADRID

Posteriormente se supo que sería nuestra famosa Cibeles, la que, en una copia exacta, presidirá la Plaza de la Maravilla, en la capital de la nación mexicana. Las palabras del Dr. Hank González fueron muy aplaudidas y recibieron cumplida respuesta del profesor Tierno Galván, quien expuso una interesante interpretación de las históricas relaciones entre España y México y glosó la gesta humana, social y patriótica, de Miguel Hidalgo, el mejor testimonio de la síntesis hispanomexicana. Estas fueron sus palabras:

Excelentísimo señor Alcalde de México (aunque sea otro el uso que allá se dé a esta palabra, le hemos rogado que, en tanto en cuanto esté aquí en España, nos



El Jefe del Departamento del D. F. de México firma en el Libro de Oro de la Villa.

permita que, en prueba de afecto y amistad, le llamemos Alcalde). Así pues, Excelentísimo señor Alcalde, Excelentísimo señor Embajador, señoras, señores:

Por razones de profesorado y por obligaciones de la Alcaldía, estoy acostumbrado a unas u otras inauguraciones, a unas y otras festividades. Sin embargo, llegan momentos en que la emoción sale a la superficie y se siente uno conmovido más allá de cualquiera formalidad, a pesar de la costumbre o el hábito. Y este es el momento en que un profesor de edad, alcalde de hace pocos meses, se siente realmente conmovido.

Estaba pasando por mi imaginación, cuando oía las palabras hermosas y apropiadas de nuestro ilustre huésped, el extraño y sorprendente hecho de que hace muchísimo tiempo, hace siglos, unos hombres que pertenecían al Renacimiento europeo, dieron marcha atrás en la cinta, en el cine de la Historia y fueron aproximándose a la antigüedad. De lo moderno fueron a lo más antiguo y primitivo. Cuando Colón, los Pinzones y los que les acompañaban llegaron a tierras americanas, se produjo un choque, un curioso choque, una especie de viaje atrás en el tiempo, para encontrarse con lo remoto. Y no supieron explicárselo. Se vieron obligados a hacer un enorme esfuerzo intelectual y de una imaginación para entender qué podían ser aquellas civilizaciones.

Y las antiguas civilizaciones, grandes imperios, que se mantenían a un ritmo de civilización y desarrollo más lento, tuvieron a su vez que habituarse a aquellas gentes que llegaban con usos, costumbres y tecnologías extrañas. El tiempo dio marcha atrás. Según se avanzaba, por cada milla del Atlántico, el tiempo retrocedía. El reloj de la historia hacía girar en sentido distinto sus manillas y dos culturas se encontraron, tan ajenas, tan distintas, que no se entendían.

Pero comenzó el milagro de la síntesis. Ese gran milagro que es el principio y el fin de la Historia, el principio y el fin de la especie: la síntesis. Y la síntesis se inició, avanzó, se reprodujo, hasta que llegó un momento —que podemos simbolizar en Hidalgo— en que cobró cuerpo, tomó sentido y empezó a manifestarse en el pueblo mexicano, que es hoy testimonio del elemento esencial de la especie de la tierra: la síntesis y el mestizaje. Todos somos resultado de la síntesis, todos somos resultado del mestizaje. Nada hay limpio, en el sentido indigno de la palabra «limpieza». Nada hay limpio que sea exclusivo. Nada hay limpio porque sea puro, en el sentido de entender que pureza es lo que no está mezclado. Lo limpio y lo puro son lo que se mezcla y genera nuevas entidades, nuevos seres. Eso es lo puro: unirse y producir la síntesis, avanzar en la unión. Aquí tenemos, en Hidalgo, el mejor testimonio de esa gran pureza, de la pureza de la síntesis.

sis, de la unión y de la producción de nuevas fórmulas, nuevos seres, nuevos entendimientos.

Hidalgo, que pertenecía a una familia acomodada, lo primero que intuyó, su primer paso —y de ahí la grande admiración que despierta en nosotros— es que había que devolver las tierras a los campesinos, que tenían que dejar las antiguas costumbres feudales llevadas por los españoles y él, criollo de buena familia, se puso al lado de los menesterosos. Comprendió Hidalgo que a la síntesis biológica había que añadir una nueva síntesis: síntesis social. Y luchó con los oprimidos, con los que no tenían nada y pretendió un fin nobilísimo; la igualdad: que los que no tenían tuvieran, que les devolvieran lo que era suyo. Mas, al no obtenerlo de lo que entonces era la metrópoli, hizo lo que debía hacer. Convirtió su primera lucha, que era una lucha por los oprimidos, en la lucha por una Nación en la que se pudiese producir la síntesis con libertad y seguir el camino del progreso y de la unidad entre los que tienen y los que no tienen, en la que se pudiese conseguir la igualdad. No sólo es el iniciador de una gran nación, es también el promotor de la supresión de las diferencias de clase. La semilla del entendimiento, de que los hombres deben estar unidos más allá de los bienes, de la propiedad y del egoísmo. Reúne, pues, dos grandes síntesis: la síntesis biológica y la síntesis social.

Hoy (el tiempo ha pasado) los que hablamos el mismo idioma, los que nos entendemos desde las mismas palabras primigenias, los que vivimos en el fondo de las conciencias el mismo lenguaje de la cuna, nos unimos aquí para rendir homenaje al hombre que inició la síntesis social sobre la síntesis biológica, quien comenzó una gran Nación, una Nación que es modelo, ejemplo y testimonio de esa síntesis de unidad que va a ser el futuro del mundo, México es el adalid de ese futuro.

Como español, como uno de quienes tenemos tanto de común con los mexicanos; desde esta hermandad y fraternidad que decía el Alcalde de México, tenemos que expresar la enorme admiración, el sentimiento de orgullo —legítimo orgullo— de saber que son nuestros hermanos los que van a la cabeza del futuro, los que están iniciando la grande unidad, la grande síntesis, los que están por encima de las razas, de los colores y de las formas; los que intentan también superar las diferencias. Orgullo legítimo en función de este orgullo de españoles, que nos sentimos, en parte, creadores de lo que la gran nación mexicana está logrando. Entendemos a nuestros hermanos mexicanos de pueblo a pueblo, de nación a nación; cada uno en su sitio, sin pretender en ningún caso arrogarnos ninguna paternidad, sino simplemente la conciencia de que también pertenecemos a esta gran obra que ellos están haciendo.

Comprendiendo y dándonos cuenta de que el viento en la Historia rula ahora por

un punto de la aguja de los vientos en el que no nos pertenece llevar la capitania. Hubo siglos en que la llevamos; pero ahora, los españoles, estamos muy detrás de los barcos que navegan más de prisa, que son estos grandes y jóvenes pueblos, los pueblos de la síntesis, los pueblos de la unión, los que a través de sus grandes hombres van a llevar el timón, en esa gran unidad de gentes que hablan el mismo idioma, que sienten mutua y recíproca admiración. Nos van a conducir —y vamos a seguirles— a la grande unidad por la paz de todos los que hablan la lengua española. Grande unidad espiritual, grande unidad cultural, grande unidad de sentimiento, dentro de cuya unidad cada nación, cada pueblo y cada estado, seguirá siendo lo que es y continuarán siendo las patrias que son.

Admiración, grande admiración por los que lo iniciaron, grande admiración por los que han seguido, grande admiración por el pueblo mexicano, por el Estado mexicano, por los próceres mexicanos y decirles que aquí, en tierra española, donde hay tantos testimonios de su grandeza, nos honramos con este nuevo testimonio de su presencia. En el rincón que amamos de Madrid, tiene su sitio el símbolo de la presencia permanente de México en España, de México en Madrid. Sentimos tanto amor a México como México siente hacia España. La ciudad de México a la Villa de Madrid y a la Villa de Madrid a la Ciudad de México.

Bienvenido sea este monumento que nos llena de orgullo y renueva nuestra admiración por este pueblo hermano. Bienvenido, señor Alcalde de México.

El último de los actos celebrados durante la mañana de este día 7 de diciembre fue la visita al Museo Municipal, donde le fueron mostradas al señor Hank las diversas piezas, cuadros y objetos de arte que componen la exposición antológica. La directora del Museo, Mercedes Agulló, acompañó al Alcalde de la Ciudad de México en su recorrido por las diversas salas, ofreciéndole datos sobre las muy valiosas obras, así como sobre la significa-

ción que alguna pieza en particular tenía para los madrileños.

Como despedida de su viaje oficial, Carlos Hank González ofreció un almuerzo al Alcalde y corporación ma-

drileña. A media tarde del mismo día fue despedido en el aeropuerto de Barajas por el Profesor Tierno Galván.

Ana SIMONET



Don Carlos Hank González durante su visita a la Exposición antológica de Madrid instalada en el Museo Municipal.



UNA NUEVA IDEA PARA LAS RELACIONES
ENTRE CIUDADES DEL CONTINENTE:

LA EUROPA DE LOS MUNICIPIOS

(Especial para
«Villa de Madrid»).

LA Europa de los Minicipios es un proyecto nuevo, una sugestiva idea de cómo han de entenderse las relaciones municipales entre distintas ciudades de un mismo continente, igualmente agobiadas un común denominador: gran densidad de población, tráfico agobiante, problemas urbanísticos, elevado índice de contaminación, saneamiento deficiente y pocos recursos económicos para tantas necesidades.

La Europa de los Municipios ha sido acuñada por el alcalde de Madrid, profesor don Enrique Tierno Galván, y fue expuesta para su realización en París con ocasión del viaje oficial que realizó el pasado mes de noviembre a aquella capital, invitado por su colega Mr. Jacques Chirac.

El profesor Tierno Galván viajó acompañado de su esposa, doña Encarna Pérez de Tierno Galván, al frente de una delegación del Ayuntamiento, compuesta por el concejal de UCD, don Luis María Enríquez de Salaman-



El Alcalde de Madrid en un momento de su visita a la Exposición sobre la Pintura Española del siglo XVIII.

ca, y los delegados de Obras y Servicios Urbanos, don Juan Claudio de Ramón; de Hacienda, don Baltasar Aymerich; de Circulación y Transportes, don Carlos García Hernández, y de Relaciones Sociales, don Manuel Ortuño Martínez.

Un apretado programa de entrevistas de carácter técnico y político y visitas a entidades y organismos se desarrolló durante las 48 horas que el alcalde permaneció en París, es decir, los días 21 y 22 de noviembre. Si la visita a la capital francesa tuvo en principio un carácter eminentemente técnico con la finalidad de ver y tomar nota de las soluciones que a problemas comunes habían adoptado los parisinos e intercambiar experiencias, más adelante los objetivos iniciales serían rebasados a yustaponerse otros de tipo político de gran importancia.

«Los objetivos previstos han sido ampliamente superados», confirmaría a la prensa un portavoz del Hotel de Ville. Esta misma persona calificó las distin-



Uno de los numerosos encuentros de la Delegación Municipal madrileña con el Alcalde de París.

tas entrevistas de los dos alcaldes de «positivas», de cara a una mayor colaboración. Había existido un diálogo profundo, que fue más allá de los temas puramente municipales: la integración de España al Mercado Común. Efectivamente, esta cuestión rebasaba la órbita municipal, pero no es menos cierto, como diría en alguna ocasión el propio alcalde de Madrid, que si alguien está más interesado en este ingreso son los municipios, las ciudades y, en definitiva, sus vecinos.

Los encuentros durante esos dos días entre el profesor Tierno Galván y Jacques Chirac fueron numerosos y en el curso de los mismos se perfilaron una serie de coincidencias que se traduciría al final de la visita en un proyecto de carta intermunicipal Madrid-París la convocatoria para llegar a constituirse la Europa de los Municipios y algo tan importante como la adopción de una postura más comprensible hacia España para su entrada en la Comunidad Europea por parte de Chirac, líder del RPR, partido que mantenía una frontal oposición al ingreso de España al Mercado Común

por motivos fundamentalmente económicos.

La visita de la delegación madrileña se inició en la mañana del día 21 con una sesión de trabajo en el Atelier parisien, organismo responsable del urbanismo, en la que fueron explicados los problemas planteados en ese campo, así como las soluciones adoptadas. Este encuentro duró aproximadamente unas dos horas. Posteriormente, el profesor Tierno Galván sobrevoló en helicóptero la ciudad, pudiendo comprobar las realizaciones efectuadas y los modernos trazados de una capital tan compleja.

La primera entrevista de los dos alcaldes se produciría a media mañana en el Hotel de Ville. Asimismo, la delegación madrileña continuaría las reuniones de tipo técnico con diversos adjuntos al alcalde de París y con directores de servicios, conversación que se prolongó más tarde en el almuerzo de trabajo celebrado en Armenonville. Los componentes de ambas delegaciones profundizaron en diversos temas de carácter general, así como en el funcionamiento de los dos

ayuntamientos de cara a una más eficaz gestión tanto administrativa del municipio como técnica. Una vez más se comprobaría que, en los recursos económicos está el eje fundamental para la solución de los problemas, ya que el presupuesto madrileño, por ejemplo, es bastante inferior al de París, cuyos recursos suponen diez veces más por habitante, lo que da una idea de la diferencia en los planteamientos y soluciones de los programas a ejecutar.

Por la tarde, tras realizar una visita a la exposición sobre la pintura española del siglo XVIII, que se celebraba en el Grand Palais, el alcalde y la delegación madrileña acudieron a una cena ofrecida en su honor por Mr. Chirac en el Hotel de Lauzun, y que contó con la asistencia de personalidades representativas de la política, de la cultura y de las finanzas francesas.

En la mañana del día 22, el profesor Tierno Galván mantuvo en el hotel donde se hospedaba varias entrevistas con personas y delegaciones de aquel país, entre ellas alcaldes de ciudades francesas, ante quienes desarrolló su



El Secretario General del Partido Socialista Francés se entrevista con el profesor Tierno Galván.

proyecto de constituir la Europa de los Municipios, idea que fue acogida positivamente también por el propio Chirac. Las distintas entrevistas del alcalde irían cambiando el tono de su visita a París, dándole un contenido político, como, por ejemplo, la que celebró con el secretario general del Partido Socialista Francés, Mr. Mitterrand. Tras estas entrevistas, el alcalde se reunió con los representantes de la prensa española y francesa en una rueda informativa, en la que manifestó sus impresiones sobre su viaje. Más tarde, acudió a la Embajada Española, en donde el embajador, don Miguel Angel Solano Aza, ofreció un almuerzo a los dos alcaldes y delegaciones. Por la tarde, el alcalde madrileño visitó el centro Georges Pompidou y después asistió a una recepción en el museo Carnavalet, a la que fue invitada la colonia española. Por último, se celebró una cena de despedida en el Hotel de Ville, en donde ambos alcaldes pronunciaron unas breves palabras, significando la oportunidad de la visita y la necesidad de llevar a cabo una estrecha colaboración, que más adelante podría traducirse en una carta de relaciones entre Madrid y París.

El objeto de esta comisión conjunta sería el de la formulación de programas anuales de actividad, tales como encuentros técnicos sobre urbanismo, transportes, cultura, seguridad, saneamiento, medio ambiente, educación, etcétera, convocatoria de encuentros deportivos interciudades, programas conjuntos de exposiciones, la institu-

ción del «Día de París en Madrid» y «Día de Madrid en París», así como fomentar el intercambio turístico, en sus diversas modalidades, y el desarrollo de todo tipo de corrientes de visitantes. Estos intercambios comprenderían, además, los viajes de estudios de jóvenes y escolares, que se programarían anualmente por los servicios municipales correspondientes.

Finalmente, en este proyecto de carta intermunicipal se incluía la creación de un símbolo común a todos los municipios europeos, con el lema «La Europa de los Municipios», que será exhibido en lugar preferente en todas las ciudades, como expresión de la solidaridad europea.

Con anterioridad a este viaje, el alcalde de Madrid, profesor Tierno Galván hizo público un comunicado en el que se reflejaban los motivos y esperanzas que le habían impulsado a responder a la amable invitación del Alcalde de París.

El comunicado decía así:

«Considero que esta invitación es muy importante en la medida en que inicia relaciones de acercamiento en el plano municipal, determinadas, no por principios ideológicos, sino por la necesidad de intercambiar puntos de vista acerca de nuestros problemas específicos.

Por esta razón, se abre una nueva dimensión muy beneficiosa entre dos Estados y dos países, que tan cerca están el uno del otro y que de esta forma pueden establecer una más amplia cooperación, de manera muy activa, en el campo municipal. No se trata de un alcalde que invita a otro alcalde en función de sus ideas políticas, sino de un intercambio a nivel de municipios que desean, por una parte, profundizar sus relaciones de amistad y, por otra, desarrollar sus conocimientos en el dominio técnico, con el fin de llegar a una mejor comprensión recíproca de la problemática municipal. Esta invitación se sitúa, pues, más allá de toda tendencia política y está encaminada en la dirección de la Europa de los Municipios, una idea constructiva que siempre me ha atraído.

Se trata de una política intermunicipal desligada de la noción de frontera, porque cuando el Estado se aleja de la sociedad es el Municipio el que se aproxima a ella.

Confiamos en una Europa de los Municipios, una Europa en la cual éstos estarán unidos por sus necesidades comunes, sus soluciones comunes y una misma aspiración de paz. Este punto es más importante en el clima actual, cuando todavía es de temer un conflicto internacional de importancia.

La unión de los Municipios no tiene por qué reflejar la actitud de los Estados, que a veces se unen cuando no lo desean y lo hacen sólo por intereses diversos y aspiraciones de poder, no de paz.

Este encuentro será también muy beneficioso para nuestros dos pueblos, francés y español, porque estamos seguros de poder contribuir de esta manera, de modo concreto y eficaz, al progreso y a la ampliación de una Europa unida.

Por todas estas razones, agradezco profundamente al señor Chirac su iniciativa y acojo su cortés invitación con todo el interés que suscita en mí tan gran amplitud de miras.»

EL CIRCULO DE BELLAS ARTES

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES
(Cronista de la Villa de Madrid)

A fines del año 1920 (1), al cumplir los cuarenta años de su existencia fecunda y ejemplar, dentro de la geografía de un Madrid aún pletórico de sencillez y gozoso de humanidad, de sugestivo y contagioso pintoresquismo, la Junta General del Círculo de Bellas Artes, presidida por el admirable comediógrafo don Carlos Arniches Berrera, a su vez provinciano «remadrileñizado» hasta los tuétanos, decidió lanzarse a la arriesgadísima empresa de construirse (diez años antes lo había hecho, con resultado feliz, otra sociedad netamente matritense: el Casino de Madrid) una sede propia de magnificencia aún superior a la de los entonces más asombrosos inmuebles de la Villa y Corte: el Casino, la Telefónica, la Asociación de la Prensa, el edificio «Carrión» (los tres últimos no terminados por completo en aquel 1920). Superior por su imagen, su altura y su dedicación cultural (2).

Naturalmente, queriendo empezar por el principio, la Junta Directiva del Círculo remitió al Ayuntamiento de la capital una minuciosa instancia (3), a la que acompañaban los minuciosos planos del arquitecto elegido para llevar a cabo tan ambiciosa empresa: don Antonio Palacios, ya muy admirado en Madrid por la más ambiciosa y hermosa de sus anteriores obras: el Palacio de Correos y Telégrafos, llamado populachera y raramente Nuestra Señora de las Comunicaciones», en la recién remodelada, grande y hermosa Plaza de Castelar (jamás llamada así, por inapelable sentencia popular, sino Plaza de Cibeles) (4).

Como desde siempre fue «lo normal» y, ¡ay!, lo sigue siendo, el Ayuntamiento, luego de «pensárselo mucho» durante dos meses, contestó a la instancia del Círculo poniendo incontables



«Sibila», de Juan Cristóbal.

pegas, reticencias y distingos. (5) Según los cuales temía que el edificio sobrepasase la altura permitida en la calle de Alcalá, que su imagen —aún artística— desentonase de las edificaciones ortodoxas para tal calle. La comunicación del decreto de la Alcaldía lleva fecha de 31 de mayo de 1921. Se había elegido para la erección de la sede social un amplísimo solar, que ya estaba comprado —en la cantidad de dos millones de pesetas— y que medía 1.800 metros cuadrados (23.198 pies cuadrados), en parte de los terrenos ocupados por el magnífico palacio y los pequeños pero artísticos jardines del Marqués de Casa-Riera. Solar que limitaba al Norte por la calle de Alcalá, al Este por la hoy particular calle de Casa-Riera, al Poniente por la casa número 15 de la calle de los Madrazo y al Sur el resto de la finca de la que el solar se había segregado (6).

La Junta Directiva del Círculo de Bellas Artes interpuso, cargada de razones, el correspondiente recurso de alzada contra la resolución del Ayuntamiento el 30 de junio siguiente, para que el Concejo elevase este recurso al Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia.

Seis días antes de la interposición del recurso, don Carlos Arniches envió al señor alcalde (que lo era el maurista Conde de Limpias) un muy razonable escrito redactado en los siguientes términos: «Recibida su anterior comunicación reiterando las órdenes para la no prosecución de los trabajos de vaciado y cimentación del edificio (7) de la nueva Casa Social del Círculo de Bellas Artes, en virtud del informe emitido por el señor arquitecto municipal, referente al exceso de altura de la construcción en lo que a su número de sotabancos se refiere, con el mayor respeto me dirijo a V.E. para SUPLICAR que, sin perjuicio de lo que ulteriormente se determine con relación a la más justa aplicación del artículo 661 de las Ordenanzas Municipales, en vista de la Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública de 16 de abril de 1921, **declarando a la Sociedad y su edificio de utilidad pública**, y la del Ministerio de la Gobernación de 21 de mayo de 1921, en la que **se determina ser aquel Centro Administrativo competente para decidir acerca de su pública utilidad, llamando la atención del Ayuntamiento sobre la expresada R.O. para los fines que procedan respecto a la aplicación del artículo 661 de las Ordenanzas Municipales** y comunicándoselo este Ministerio al Ayuntamiento **en virtud del artículo 179, párrafo 2.º de la Ley Orgánica**

Municipal, SE PERMITA entretanto ejecutar aquélla de vaciado y subestructura que para nada afectan a las Ordenanzas Municipales en relación del cumplimiento de los artículos señalados por el señor arquitecto municipal, a fin de evitar la pérdida de tiempo en la construcción de un edificio monumental de tal importancia, en esta época del año, la más propicia para la ejecución de estos trabajos, teniendo en cuenta, entre otras consideraciones, las dificultades que ofrece la existencia de aguas subterráneas en esa zona de la Villa, esperando del recto espíritu de justicia de V.E. la concesión de lo que por la presente se solicita. (El Presidente del Círculo de Bellas Artes, Carlos Arniches).

El mismo día de la presentación de esta Instancia **apremiante**, el Alcalde decretó que pasara a informe del señor arquitecto municipal (que lo era don Pablo Aranda). Quien considerando las razones de la instancia y los **suaves consejos** del señor Gobernador Civil de Madrid y del Ministerio de Instrucción Pública, con fecha 2 de julio de 1921 (8), comunicó la siguiente noticia: «Enterado de lo que solicita el señor presidente del Círculo de Bellas Artes, debo manifestar a V.E. (el Alcalde) que no hay inconveniente en que se autorice el trabajo de vaciado para el cual poseen licencia, y el de todos aquellos trabajos que tengan por fin la seguridad y el saneamiento del terreno, vía pública y propiedades colindantes. **En lo demás deben atenerse a lo que resulte del expediente de construcción.**

El mismo día 2 de julio, el alcalde señor conde de Limpias concedió la licencia **en los términos que por el dicho facultativo se proponen.**

He subrayado por mi cuenta y... riesgo los dos últimos párrafos de los informes del señor arquitecto y del señor alcalde, pues que en ellos está la causa del papeleo incesante que se obligaría a expedir el Círculo para, con paciencia **jobiana**, ir alcanzando sus objetivos más apremiantes y necesarios. Los obstáculos pejugueras de la Municipalidad habría de írselos saltando a la torera, hábil y pacientemente la Junta Directiva del Círculo.

Don Pablo Aranda, arquitecto de la Sección 4.ª, con fecha 24 de junio, hubo de poner en conocimiento del señor Teniente Alcalde del Distrito del Congreso las resoluciones del señor Gobernador y del señor Alcalde. Pues aun cuando el Círculo obtuvo licencia para proseguir las obras de vaciado y saneamiento del solar, su recurso contra las decisiones municipales opuestas

a la altura e imagen del edificio, seguía «en candelero». Buena prueba de ello es que con fecha 4 de julio, el señor primer Teniente Alcalde, señor F. Alvarez-Villamil, ordenó se sacase copia del recurso y fuera enviada al señor Gobernador. Quien —supongo que por culpa de sus asesores jurídicos— no contestó hasta el 3 de septiembre, eso sí: inclinando francamente la balanza a favor de las pretensiones del Círculo. La resolución gubernativa fue enviada por el señor alcalde Conde de Limpias para discusión del Pleno el 10 de septiembre. El cual se manifestó propicio a que el recurso de alzada del Círculo se aceptara, provocando así nueva dilación en las obras (9).

Por disposición de la Alcaldía, el 17 de septiembre se pidió informe de los señores letrados consistoriales, quienes comisionaron para el estudio del Recurso al letrado don José Sama. Quien, el 3 de octubre de 1921, contestó así:

«Excmo. Señor (Alcalde): Examinada la providencia gubernativa en la que se estima el recurso de alzada interpuesto por don Carlos Arniches contra el decreto de esa Alcaldía, de fecha de 31 de mayo último, relacionada con la construcción del edificio de la calle de Alcalá, 42, los letrados que suscriben entienden que dicha resolución es susceptible de recurso contencioso administrativo, por cuanto que los tres requisitos que la ley exige para ser discutida en esa jurisdicción especial pues causa estado, emana de la administración en el ejercicio de sus facultades regladas y vulnera su derecho de carácter administrativo establecido a favor del Ayuntamiento en sus Ordenanzas para exigir que las edificaciones se ajusten a reglas determinadas en los preceptos de las mismas, sin la excepción que en este caso se aprecia en la providencia gubernativa aplicado erróneamente lo dispuesto en el artículo 262 de dichas Ordenanzas, porque no obstante la declaración de entidad de utilidad pública que se ha hecho en el «Boletín de Ministerio de Fomento», a favor del edificio en cuestión, no puede estimarse esa concesión honorífica como un privilegio o beneficio material como si se tratara realmente de una edificación pública que aquél mismo puede tener, y a los que solamente alcanza la excepción de dicho precepto de las Ordenanzas para no ajustar su construcción, y obras que en ellos se hiciere, a lo que está prevenido para las demás edificaciones.

«Si el Excmo. Ayuntamiento, siguiendo este criterio, considerara con-



*El Círculo de Bellas Artes es, para Madrid,
un monumento.*

veniente recurrir habrá de adoptar el correspondiente acuerdo con vista de este informe como requisito legal preceptuado y expedir después el Sr. Secretario las tres certificaciones de rigor que han de acompañarse al escrito de iniciación del recurso antes del día 10 de diciembre en que venció el plazo de los tres meses concedido por la ley para la presentación de esta clase de recursos. Tal es la apreciación de los informantes que someten a la resolución del Ayuntamiento. Madrid 3 de octubre de 1921».

Y menos mal que el 7 del mismo octubre, la Comisión 4.^a acordó que el Ayuntamiento debía someterse a la decisión gubernativa, favorable a la petición del Círculo de Bellas Artes y que los señores concejales aprobaron, con excepción de los socialistas Cordero, Álvarez Herrero y García Cortés (10). Y el señor Conde de Limpias, alcalde de la Villa y Corte, ordenó se publicara el «Cúmplase lo acordado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid».

Y antes de entrar en la descripción minuciosa del soberbio edificio, diré «que su presupuesto montaba los 6.500.000 pesetas, aun cuando el arquitecto, don Antonio Palacios no cobró el proyecto y aun pagó los gastos que exigieron los trabajos auxiliares,

para la completa realización de la magna y admirable obra (11).

Pero desde diciembre de 1921 hasta el 9 de noviembre de 1926 —fecha de la inauguración del Círculo de Bellas Artes, ¡ay, cuánto tiempo y cuántos y qué diversos acontecimientos en la existencia española! Posiblemente éstos (civiles y militares, de una política que empezaba a «oler a podrido») impidieron que, aunque parezca mentira... ¡es la pura verdad!, el edificio no quedara totalmente terminado hasta... 1966. En este año fueron colocados importantes elementos decorativos exteriores. Nos lo va a contar don Javier Sánchez-Ocaña, secretario general de la entidad cultural en dicha fecha: «Quizá la más importante realidad conseguida durante el ejercicio haya sido la total terminación de las obras que se han llevado a cabo en las fachadas del edificio social, y la instalación de la iluminación exterior del inmueble... Estas dos importantes realizaciones se complementan con la de la gigantesca estatua «Minerva», fundida en bronce, y con los altorrelieves y pilonos que componían en el proyecto primitivo la ornamentación del edificio. Con ello, y a los cuarenta años de su inauguración, el Círculo de Bellas Artes quedó terminado por completo» (12).

La «Minerva» es obra del admirable escultor Juan Luis Vasallo. La estatua pesa 3.000 kilos y mide seis metros y medio. Está fundida en bronce. Y su precio fue 875.000 pesetas (¡de entonces! ¡treinta millones..., aproximadamente de hoy!, y puede que me quede corto). Y se alza a 58 metros sobre la calle de Alcalá. Datos de mera curiosidad: la lanza de «Minerva» mide 7 metros y medio; el escudo, 2 y medio; el buho que se posa en su hombro, 1,30, y la serpiente enroscada en el cuerpo de la diosa, 3,85 metros.

Acerca de los altorrelieves y de los pilonos (que no se realizaron entre 1921 y 1926, por falta de dinero) aclaró el arquitecto don Javier Yarnoz: «Sobre el balcón central, el altorrelieve simbolizará una síntesis de las Artes: una figura de mujer con los brazos abiertos y otras dos en contemplación. Sobre los otros balcones las figuras representan a la Escultura, la Arquitectura, la Danza y la Pintura. Y en los pilonos el artista esculpirá a la Música y a la Comedia (13).

Estos altorrelieves se encargaron, hacia 1923, al gran escultor Capuz. Pero, cuarenta años después, los ha abocetado otro no menos ilustre escultor: Adsuara, quien realizó los colocados sobre los pilonos, siendo ayudado en los cinco, sobre los balcones, por otros dos escultores (cuyos nombres desconozco, y lo siento muy de veras).

Resulta en verdad sumamente curiosa la Memoria que el arquitecto don Antonio Palacios —acompañando a los magníficos planos— presentó al Ayuntamiento de Madrid para precisar hasta límites asombrosos su intencionalidad de arte (14). La Memoria está escrita con entusiasmo y sinceridad, como se comprende por los párrafos de ella que paso a transcribir: «IMPORTANCIA QUE CORRESPONDE AL NUEVO EDIFICIO. Consignamos, desde luego, la extraordinaria importancia y consiguiente magnitud con que se ha proyectado este edificio. Si la Nueva Casa Social se idease con mezquindad, el error que esto había de representar sería irreparable. La nueva Casa reunirá con su animada y compleja vida artística y social, tal cantidad de atractivos que puede asegurarse no existirá en Madrid Sociedad alguna de las que pueda ser codiciada al alcanzar la cualidad de asociado (15). No creemos exagerado suponer que en el primer año de funcionamiento del nuevo edificio, llegará a 4.000 el número de socios. En la actualidad, y a pesar de la deficiente capacidad de la casa actual (16), alcanzaría seguramente el número de



Salón principal.



Sala de Juego.

3.000 de no existir la elevada cuota de entrada de dos mil pesetas (¡de entonces! apostillo) que lo impida.

«Para apreciar debidamente la importancia de aquella cifra en relación con la capacidad del nuevo edificio, debe observarse que los Socios del Círculo concurren diariamente en su casi totalidad a la Casa Social por ser para ellos no sólo de necesaria expansión y descanso de sus trabajos cotidianos, sino también por la necesidad de utilizar los múltiples servicios que en otro lado no les es dado encontrar. No así los socios de otras entidades como el Casino, Nuevo Club y aun la Peña, a los que no suelen concurrir con asiduidad a pesar de lo cual estas Sociedades, de recientísima instalación en sus nuevas Casas Sociales construidas ad hoc, se ven en la necesidad de adquirir nuevos inmuebles para su ampliación, que forzosamente ha de ser defectuosa.

«Será pues este edificio concurridísimo en grado que no es fácil prever aún

con amplia previsión. Las Exposiciones de Bellas Artes, frecuentadas por millares de personas; el Gimnasio, las Clases de Pintura, Escultura y Arquitectura, Arte Decorativo, Música e Idiomas a las que pretenderán acudir millares de alumnos; la Biblioteca, los servicios de Comedor, Bar, Baños, Peluquería, etc..., los juegos diversos, los amplísimos salones de tertulia y conversación, las Conferencias, Conciertos, Representaciones teatrales, Cinema y otros en la Gran Sala de Fiestas, los banquetes y otros actos públicos en los grandes salones de la planta principal, las terrazas y miradores de la calle de Alcalá y múltiples atractivos más hacen pensar en la necesidad de concebir este edificio, no sólo con excepcionales dimensiones, sino también con la amplitud de un firme trazado con fáciles viabilidades, prescindiendo de pasillos, pequeñas escaleras y demás recursos de un mezquino trazado, que harían molestísimo el movimiento de los numerosos socios y visitantes del

edificio sin perjuicio de dejar aislados y en completa calma todos aquellos departamentos en que estas cualidades son precisas, pero con amplia diafanidad, extensas crujías y sustituyendo los espesos muros por columnatas en aquéllos en los que la concurrencia haya de ser numerosa.

«Por otra parte, un nuevo edificio destinado al Círculo de Bellas Artes debe ostentar todas aquellas cualidades de monumentalidad artística que son su propia característica, pretendiendo aspirar a que por su conjunto arquitectónico, al que prestan todo el esplendor posible la escultura monumental, al exterior, y al interior la gran pintura mural, se construya con la colaboración de todas las Artes y la de los más selectos artistas contemporáneos, la más perfecta obra que sea posible en el momento actual».

En verdad admiran el enorme y sincero fervor artístico del arquitecto ilustre, su capacidad para realizar su ideal y también, todo hay que decirlo, su

falta de las debidas sintaxis y prosodia en la redacción de su Memoria.

El análisis de las diversas —y numerosas— plantas del edificio, aún a lo muy breve, dará perfecta idea de la monumentalidad de aquél:

Planta baja núm. 3: Vestíbulos, Salas de Exposiciones, Sala de conversación mirador corrido a la calle de Alcalá. Gran pórtico abierto a la calle particular o Pasaje de Riera (17).

Planta entresuelo núm. 4: Vida íntima del club, pequeños recreos, mirador con veranda que domina toda la calle de Alcalá.

Planta principal núm. 5: Salones para grandes fiestas, Salones de reuniones.

Planta ático núm. 6: Biblioteca, Salones de estudios.

Segundo ático núm. 7: Salas de Recreos, Sala de Junta Directiva.

Primera planta de terrazas núm. 8: Comedores, cocinas...

Segunda planta de terrazas núm. 9: Bellas Artes (Estudios).

Primer sótano núm. 2: Cultura física, Bar, Salilla de baile, Gimnasio, Esgrima, Patinadero...

Subsótano núm. 1: Servicios generales, calefacción, ventilación, carboneras, agua caliente, cuartos de baño y baños de vapor, cuadros de alumbrado, limpieza... Las dedicaciones actuales de las plantas coinciden en poco con la distribución hecha por Palacios. Como detalles importantes en algunas de estas plantas, señalaré: la magnífica escalera de mármol blanco a dos vertientes; en la planta noble: un suntuoso Salón de Fiestas con una bellísima cúpula; el que fue bello teatro, que actualmente se piensa convertir en Auditorium; en la octava planta el comedor (y hoy también sala de juegos), con rotonda de columnas.

Y vuelve a describir Palacios (18): «Se ha simplificado de un modo extremo todo el plan en la disposición interna y en los elementos exteriores, acusando netamente unos y otros las funciones que desempeñan sin los positizos inútiles ni falsas estructuras que repugnan a la verdadera estética. Pero, ¿hemos dejado completamente desnuda la arquitectura del edificio? No; no se puede prescindir de los elementos de embellecimiento de que son capaces las Artes hermanas, y menos aún en este edificio que se llama «Círculo de Bellas Artes». Pero si esa irrelevancia se realiza en escasos lugares, en cambio es en ellos solemne y magnífica, dando lugar el Arquitecto (sic) a que el Artista, Escultor o Pintor des-



Cúpula del salón principal.



«El Salto de Eucaris», de Moisés Huerta.

pliegue su genio ampliamente en elementos de extraordinaria importancia subordinados, sin embargo, mejor dicho, compenetrándose por completo con la Arquitectura misma. A la Escultura monumental pertenecen el Gran Friso dorado, de veinte metros de largo por dos metros setenta centímetros de altura, representativo de la armonía de las Bellas Artes y de las Artes aplicadas; las terminaciones escultóricas de los pylonos (sic) que flanquean la fachada principal con los Pegasos simbolizadores del Genio y del ideal.

»Otros fragmentos de gran escultura son los Telamones que soportan el Estilobato principal. Y para que resplandezca esta rica decoración escultórica, nada en el resto de las fachadas: ni ménsulas, ni claves, nada en fin; rectas y planos en sus ritmos de ponderación y armonía. Finalmente, parece surgir como en la Acrópolis, Palas-Atenea áurea y triunfante en lo sumo de la obra para darla definitivo significado.

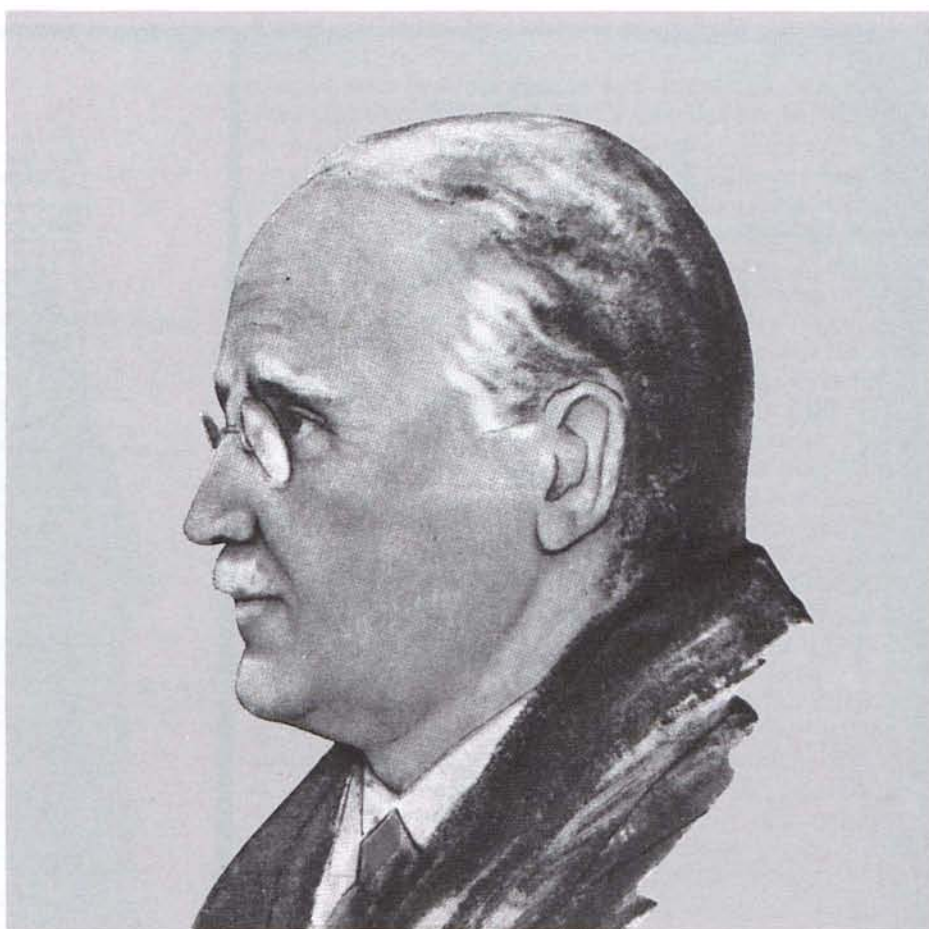
«En Pintura mural están, en primer término, el gran medio punto de 9 metros de diámetro representando Apolo

en el carro del Sol simbolizador de la divinidad del Arte Lírico (Música y Poesía), paneau que formará el fondo de la Sala de Fiestas en cuyo centro se sitúa el órgano en tonalidades de oro y plata. Los paneles de la bóveda de esta Gran Sala representarán otros motivos complementarios. Después vienen, en importancia, los frescos de las restantes Salas de esta planta de fiestas con decoraciones representativas de la Arquitectura, Pintura y Escultura, a que cada una están emblemáticamente dedicadas. Otros paneles decorativos de menor importancia en la Sala de Recreos y Comedores.

»El estilo es completamente moderno, apoyado en el detalle en las formas griegas. No podíamos aceptar para un edificio de las Bellas Artes ninguno de los estilos, sean Nacionales o Extranjeros, que pudiéramos llamar gráficamente provisionales, dependientes de una moda momentánea, sino rendir a aquel canon de belleza permanente e inmortal.

»Se emplean en el edificio los más nobles, sólidos y bellos materiales de construcción: piedras naturales para el revestimiento de las fachadas, el hormigón para las cimentaciones, este material y los entramados metálicos para las estructuras interiores, muros y suelos, el ladrillo cerámico en medianerías y tradosados, pavimentos de mármoles, maderas o baldosines, según la importancia relativa de los distintos departamentos, y en cuanto a la carpintería, vidriería, cerrajería y demás oficios complementarios de la construcción se ejecutarán con arreglo a la categoría de este Edificio, que será sin duda uno de los más importantes de Madrid».

Como ya escribí anteriormente, el Círculo de Bellas Artes de Madrid quedó inaugurado el 9 de noviembre



Carlos Arniches.

de 1926. Asistió a la solemnidad S.M. don Alfonso XIII. Ya no era presidente del Círculo don Carlos Arniches, sino don Juan Fernández y Rodríguez. Y me importa señalar aquí, que el excelente escritor, y primer biógrafo del Círculo, don Luis de Armiñán sufrió un error u olvido fundamental al escribir: «Palacios dibujó los más mínimos detalles en el plazo de un mes. La Junta Directiva que hizo el milagro estaba presidida por don Juan Fernández y

Rodríguez, al que no ha rendido el Círculo el homenaje merecido y que se lo ofrecemos en estas líneas de recuerdo». (19). Bien probado queda que la Junta Directiva que hizo posible el milagro estuvo presidida por don Carlos Arniches. Al César lo que es del César. A don Juan Fernández Rodríguez le cupo la suerte de inaugurar el bello y monumental edificio.

F. C. S. de R.

NOTAS

(1) Fundado el Círculo, en 1880, por el pintor don Plácido Francés y un nutrido grupo de amigos, todos ellos artistas, tuvo diferentes y modestos albergues hasta 1914. En la calle del Barquillo (posiblemente en el número 15), en la calle de la Madera (Baja), en la calle de la Libertad (en casa cercana a la que ocupó el diario «La Epoca», fundado por don Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias); otra vez en la calle del Barquillo, en el número 11; en la calle de Alcalá, número 7, palacete del marqués de la Torreclilla. En 1914 ocupó el piso principal —magnífico— del edificio de Grases Riera «La Equitativa» de los Estados Unidos, calles de Alcalá y Sevilla, que acababa de desalojar el Casino de Madrid para trasladarse a su bello y modernista palacio de la calle de Alcalá, paredado con el espléndido de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

(2) Cuantas noticias reuno aquí acerca del largo proceso burocrático que exigió la construcción del actual Círculo de Bellas Artes, han sido tomadas de los dos expedientes —esenciales para la historia de aquel— que se guardan en el Archivo de Villa con las signaturas 23-187-9 y 22-193-53, cuyos preciosos anexos son la Memoria del arquitecto don Antonio Palacios y los planos de la futura y magnífica obra.

(3) Hasta hoy no ha sido posible fijar —pese a mis esfuerzos— la fecha exacta de la resolución de la Junta Directiva del Círculo de construir su sede monumental, aun cuando cabe suponer discretamente que lo fueran en los últimos meses de 1920.

(4) El autor de este artículo se propone escribir una historia, no muy larga, pero sí muy concreta y puntual del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Pero declara que aún no le ha sido posible concretar los nombres de todos los artistas fundadores, por no existir —creo— actas de las primeras reuniones amicales, casi de tertulia, celebradas en los primeros domicilios sociales de las calles del Barquillo, la Madera, la Libertad...

(5) Hasta ahora, tras búsquedas pacientes y recientes en el Archivo de Villa, no me ha sido posible el feliz hallazgo del decreto municipal, en cuyo texto se manifestaba la oposición del Ayuntamiento a las pretensiones del Círculo acerca de la construcción urgente de su nueva sede, ni tampoco su copia en el archivo del Círculo. Pero cabe suponer que el escrito municipal debió expedirse entre el 1 y el 15 de junio de 1921, ya que el recurso de alzada contra él, del Círculo, ateniéndose a los plazos marcados por la ley para recurrir, lleva fecha de 30 de junio de dicho año.

(6) Datos del proyecto comprendidos en la perspectiva general, los planos y las plantas, secciones y alzada a escala 1:11 (V. memoria de don Antonio Palacios).

(7) V. Expediente 23-183-9, fol. 4 y 5.

(8) V. Expediente 23-183-9, fol. 6.

(9) Los documentos relativos a la interposición del recurso de alzada por parte del Círculo y los dictámenes del Gobierno Civil y del Ayuntamiento pueden ser leídos en los folios 7 a 15 del Expediente 22-193-53.

(10) V. Expediente 22-193-53, fol. 16 a 25.

(11) V. Armiñán, Luis de: *Biografía del Círculo de Bellas Artes de Madrid* (1880-1973), Imprenta Foresa, 1973, pág. 19. Por la fecha de aparición de este librito —útil y bien escrito— el Círculo ya no llevaba el número 42 de la calle de Alcalá, sino el 40 (número que conserva en este año 1979). Insisto en este dato por que la numeración de los inmuebles madrileños cambia con tanta frecuencia como el tiempo.

(12) V. Armiñán, pág. 102.

(13) V. Armiñán, pág. 96.

(14) Esta MEMORIA —muy puntual— acompaña a la Instancia que el Círculo de Bellas Artes remitió al Excmo. Ayuntamiento para conseguir la licencia de construcción y suma 30 folios mecanografiados a dos espacios. Puede leerse en el Archivo de Villa, unida a los Expedientes 23-183-9 y 22-193-53.

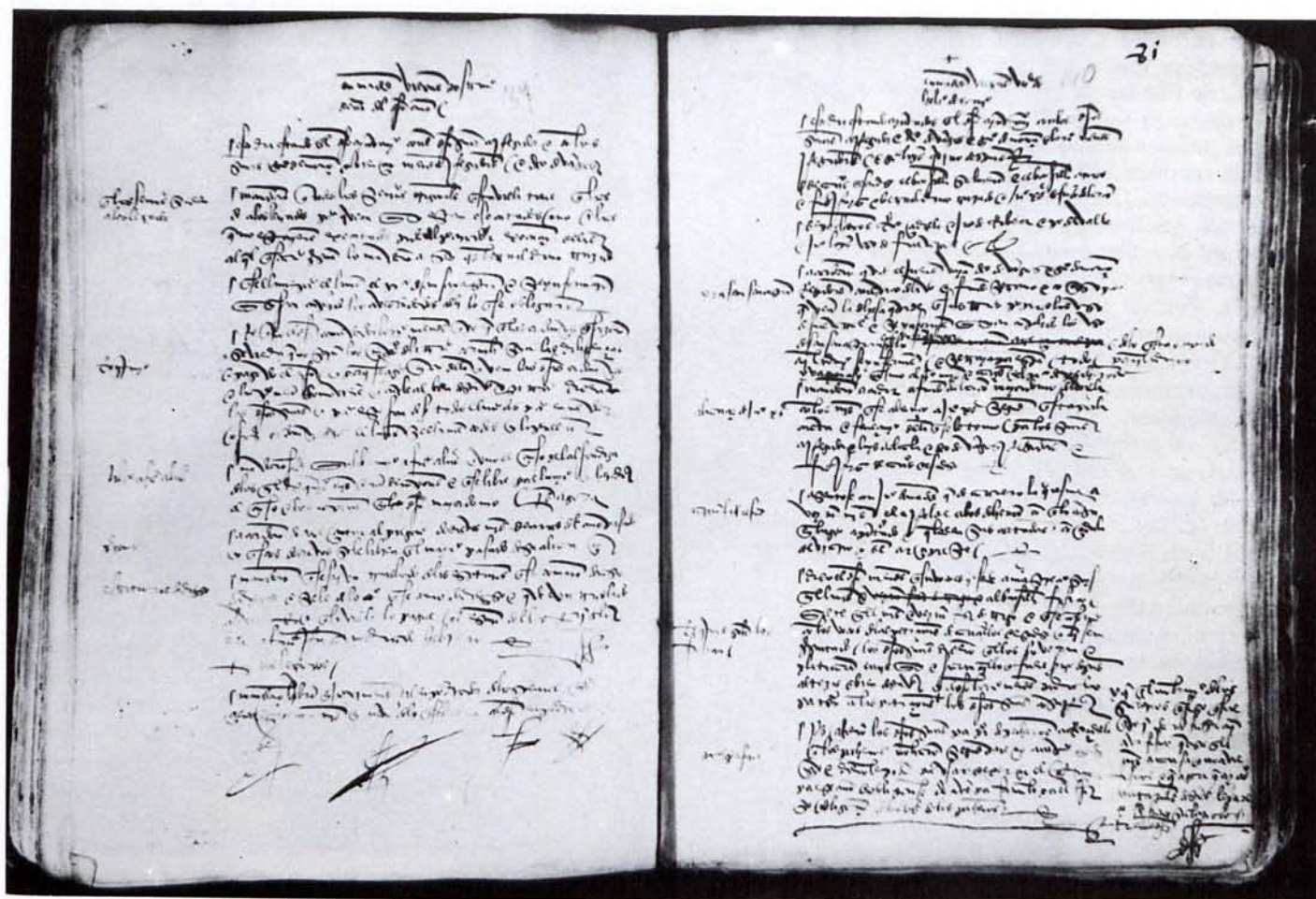
(15) En la transcripción que se hace de párrafos de esta MEMORIA, conservo el estilo, la sintaxis y la puntuación —bastante anárquica— de don Antonio Palacios.

(16) Se refiere al magnífico piso principal de la Equitativa (calles de Alcalá y Sevilla), obra admirable del arquitecto don José Grases Riera, que ocupaba el Círculo desde el año 1914. Me parece, pues —y yo conocí el enorme y suntuoso piso, una injusta apreciación del ilustre arquitecto y académico.

(17) En relación con la distribución de plantas establecidas por Palacios... que no concuerda —en detalles— con la actual en 1979.

(18) V. MEMORIA, folios 28-30.

(19) V. Armiñán, pág. 23.



Actas del año 1494.

MADRID Y SU CONCEJO EN LOS LIBROS DE ACUERDOS ⁽¹⁾

Por Carmen RUBIO PARDOS

EL Archivo de Villa conserva una completa y valiosa colección de las Actas del Ayuntamiento. Se han publicado los tres primeros tomos que corresponden a la época de los Reyes Católicos, aunque en el primero están recogidas unas 20 actas de tiempos de Enrique IV, concretamente desde 1464. Se tiene noticia de otras de época anterior, por un Acuerdo de 16 de agosto de 1488 en el que, ante una reclamación de los pecheros, el Concejo dice «que

(1) Llamados entonces «libros de los Altos de la noble Villa de Madrid» y también «Libros de Fechas del Concejo».



Torre del templo de San Nicolás.

se miren los libros de treinta años acá y por aquello pasen todos».

La publicación de los Libros de Acuerdos del Concejo es muy importante para el buen conocimiento de la historia de Madrid, de una verdadera y científica historia de la Villa. El Ayuntamiento, consciente de esta necesidad, acordó la publicación de los 25 primeros tomos, correspondientes a los siglos XV y XVI, ya que comprenden la época menos conocida de la historia de la Villa, anterior en su mayor parte al traslado de la Corte.

Estos Libros, escritos en papel tamaño folio y encuadrados en piel, se conservan en bastante buen estado; son, sin embargo, de muy penosa lectura por la dificultad que entraña para los investigadores el no conocer las letras antiguas y porque, además, la escritura es poco esmerada, con tachaduras, etc. En la transcripción se ha conservado la ortografía actual con algunas salvedades: poniendo mayúsculas en los nombres propios, separando palabras y puntuando lo más posible en forma moderna, considerando que el trabajo se destina, no sólo a especialistas, sino también a otros lectores amantes de la historia de Madrid.

Efectivamente, su lectura nos muestra un retrato muy completo de lo que era la vida de la Villa, los problemas

diarios, las fiestas, los abastos. Con su lectura conocemos el nombre de los Corregidores y demás oficios del Concejo; tenemos noticia de las concesiones de solares a los vecinos, ordenanzas urbanas, los pleitos sostenidos por la Villa sobre sus propiedades rústicas o urbanas, etc.

Las reuniones del Concejo solían tener lugar tres veces por semana, a campana tañida en la Cámara o «Claustra» que había encima del portal de la Iglesia de San Salvador. Hay noticias de que en el siglo XIV el Concejo se reunía en el cementerio de la Iglesia, en un corral y también en la misma plaza de San Salvador. Cuando tenían lugar los juramentos de los oficios concejiles, se hacía dentro de la Iglesia y después el Ayuntamiento se subía a la Cámara. En 20 de abril de 1484 la reunión del Concejo es en el portal de la Iglesia *«porque estava çerrada y no les quisieron abrir los clerigos»*. En 13 de agosto de 1481 el visitador Juan Ramírez de Guzmán pide al Concejo que haga la Casa del Ayuntamiento *«segund manda la Ley de Toledo»* y posteriormente en 29 de agosto de 1485 el Corregidor Garçia de la Quadra requiere enérgicamente al Concejo *«porque no tenia Camara de Ayuntamiento y avia seido requerido por el visitador deste Arciprestadgo que no hiziesen conçejo en la iglesia de San Salvador desta Villa»*. Como consecuencia de esto, deciden rehacerla y las obras son mencionadas con frecuencia en las Actas. Por fin en 1489 se acaba la obra. En 1495 se compra una estera morisca para *«la espalda de la sala donde se ayunta el Conçejo»*. En 1497 encargan «asentar» unas puertas en la sala de ayuntamiento. En otra ocasión se habla de hacer una *«red de hierro delante del arca de los previllejos, questa en la Iglesia de San Salvador»*.

El Concejo estaba formado por el corregidor y los regidores, los caballeros y escuderos y los pecheros. En las primeras actas del tomo 1 de Acuerdos del Concejo no aparece la figura del corregidor, sino el asistente del Rey: *«el honrado cavallero Diego de Valderravano, montero mayor del Rey y asistente en Madrit e su tierra»*. En 25 de abril de 1477, aparece el corregidor Juan de Boadilla, pero un año después el Concejo acuerda suplicar a los Reyes que envíen una persona *«sin sospecha, para que restituya a la Villa todos los terminos que le han sido tomados por cualesquier persona... que ellos no habian solicitado corregidor y a Juan de Boadilla lo consideraban sospechoso y ellos no lo habian por Corregidor fasta que el Rey nuestro señor determinase»*. En efecto, los Reyes Católicos en las primeras Cortes, celebradas en Madrigal, confirmaban lo que habían ordenado sus antecesores sobre que no se enviara corregidor a las villas sin que ellas lo solicitaran; si no, se les hacía un agravio. En tiempo de Enrique IV surgió la figura del corregidor *«porque las çibdades e villas estaban muy señoras de si, llenas de malicia por no tener corregidores que amparasen la jurisdiccion del Rey y se regian por alcaldes ordinarios elegidos por ellos mismos, que atendían mas el interés propio que la justicia y quedaban sin castigo muchos delitos»*.

Las villas eran gobernadas por dos alcaldes que el Rey elegía entre cuatro personas propuestas por el Concejo. Ejercían toda jurisdicción civil y criminal en primera instancia, pero más tarde ya fueron designados directamente por el Rey, por lo que en 1435 la Villa alegó los privilegios que tenía de elegir alcaldes. Sólo en casos extraordinarios el Rey enviaba a los pueblos un pesquisidor, para que asumiese toda la jurisdicción, corrigiese los excesos y, establecida la paz, se retirase. En época de los Reyes Católicos ya resulta obligada la figura del corregidor elegido por los reyes. En las Actas vemos cómo se presenta a la Villa con la Carta de nombramiento que el Rey le otorga. Dicha carta *«es obedecida con la reverençia e obe-*

*diença devida e quanto al conplimiento della, estan pres-
tos de la conplir en todo, segund que en ella se contiene
e en conplendola resçibieron del [corregidor] el juramento
sobre la Cruz e un Evangelisterio, e so cargo del, se le-
yeron publicamente los Capítulos que Alonso del Marmol
enbió a esta Villa, questan asentados en el Libros de los
Abtos del Conçejo, antes deste». A continuación aparecen
registradas las obligaciones del corregidor.*

Los Regidores eran los que asumían totalmente la respon-
sabilidad del Concejo; su cargo tenía carácter vitalicio, y, en
esta época, su número era de trece. Los elegía la Villa y
confirmaba el Rey. Tenían la facultad de repartir los oficios
de mayordomo, escribano, tesorero, letrados, procuradores,
alarifes, veedores, fieles. Estos nombramientos eran anuales
y se turnaban entre todas las colaciones o parroquias de la
Villa.

Asistían también a las sesiones del Concejo los caballeros
y escuderos, que pertenecían al estado noble. Tenían el
privilegio de estar exentos de ciertos pechos reales y conce-
jiles, que habían sido otorgados por los reyes a ellos o a sus
antepasados, por haberles ayudado en las guerras. Así ve-

mos cómo el 16 de noviembre de 1496 «presentó Juan de
Monçon, vezino de Madrid, una carta de sus Altezas por la
qual llama a todos los caballeros armados e hidalgos, fechos
asi por sus Altezas como por los señores reyes Don Juan y
Don Enrrique e que sean en Santo Domingo de la Calçada
a primero de diziembre, primero. E mandan que se pregone
e notifique por los lugares del Arçedianadgo». El estado de
caballeros y escuderos disputó siempre a los regidores sus
prerrogativas en la elección de los oficios y cargos conceji-
les. El rey Juan II nombró al oidor de la chancillería Alonso
Díaz de Montalbo para que dirimiera estas disputas y a sus
sentencias se refieren con frecuencia en los libros de Actas,
ya que fueron confirmadas en época de los Reyes Católicos.
De las más importantes de ellas es la autorización para
reunirse los regidores en consejo secreto, sin que estuvieran
presentes los caballeros y escuderos.

El predominio de los caballeros en el gobierno del Conce-
jo se compensa por los seismeros y el procurador de peche-
ros. En esta época eran cuatro los seísmos de Madrid: el de
la Villa, y los de Vallecas, Villaverde y Aravaca. Los regido-
res elegían los cuatro seismeros, que fueran «cuatro buenos
onbres pecheros, ricos y abonados». Acudían al Concejo
especialmente cuando había que tratar asuntos de sus seís-
mos, sobre todo, cuando se hacían derramas en la Villa y
tierra para reparar las puertas, los puentes o los caminos.
Podían considerarse como los diputados de la gente del
campo.

El Concejo tenía también dos procuradores en Cortes,
uno elegido entre los caballeros y otro, entre los pecheros,
y una serie de artesanos que trabajaban para ella, por
lo que, siendo pecheros, estaban exentos de pechos reales
y concejiles. Se les llamaba apaniaguados. En las Actas
de 8 de marzo de 1482 aparece una curiosa relación de
ellos: el guarnicionero, el relojero, el agujetero, el odrero,
el pañero, el herrador, el herrero, el cabestrero, el sille-
ro, el maestro, dos alarifes, el cuchillero, el tintorero y,
luego, un físico, un cirujano y el bachiller de la gramática.

Los alarifes en esta época eran moros, Mohamed de Gor-
maz, Abraham de San Salvador y su hijo Abdala, Yusuf,
etcétera, que son los que realizan las obras de la Villa.

La Villa pagaba una escuela de gramática: sobre
ello encontramos frecuentes acuerdos. En 9 de agosto
de 1481 se ordena «que ninguna persona non sea osada de
poner escuela de gramatica sin liçençia del regimiento desta
Villa». En 4 de abril de 1483 se hace una suplicación al
Cardenal de Toledo diciéndose que «porquel Estudio que
hay en esta Villa donde aprenden todos los hijos de los
caballeros e buenos [hombres pecheros] della sea noble e
tenga el bachiller de qué comer, que le den alguna merçed o
lismosna como se haze con el Estudio de Guadalajara». En
19 de septiembre de 1494 se dice «que el aver bachiller
que lea a los hijos desta Villa es onrra della». En 1494 se
pide a Salamanca que envíe un bachiller de la gramática.
En 11 de septiembre de 1495 el bachiller de Rojas pide que
«le den liçençia para se ir, ... pues a causa de aver liçençia-
do de balde, en San Françisco, él no tiene ningund estu-
diente».

Con frecuencia encontramos la mención de los caballeros
de alarde. El ceremonial se realizaba en el llamado Campo
del Rey, que parece ser estaba en los que es hoy la Plaza de
la Armería. Asistían el corregidor, dos regidores, el procu-
rador de los pecheros y el escribano de la Villa «porque vean
si se haze como deve e con buenos caballos e armas». Pare-
ce ser que eran villanos y con el alarde quedaban exen-
tos de pechos reales y concejiles; a cambio de ello, tenían
que ayudar a la guerra al Rey en bien de los pecheros, sin
salario alguno.

AYUNTAMIENTO DE MADRID.—ARCHIVO DE VILLA

Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño

1464-1600

EDICIÓN:

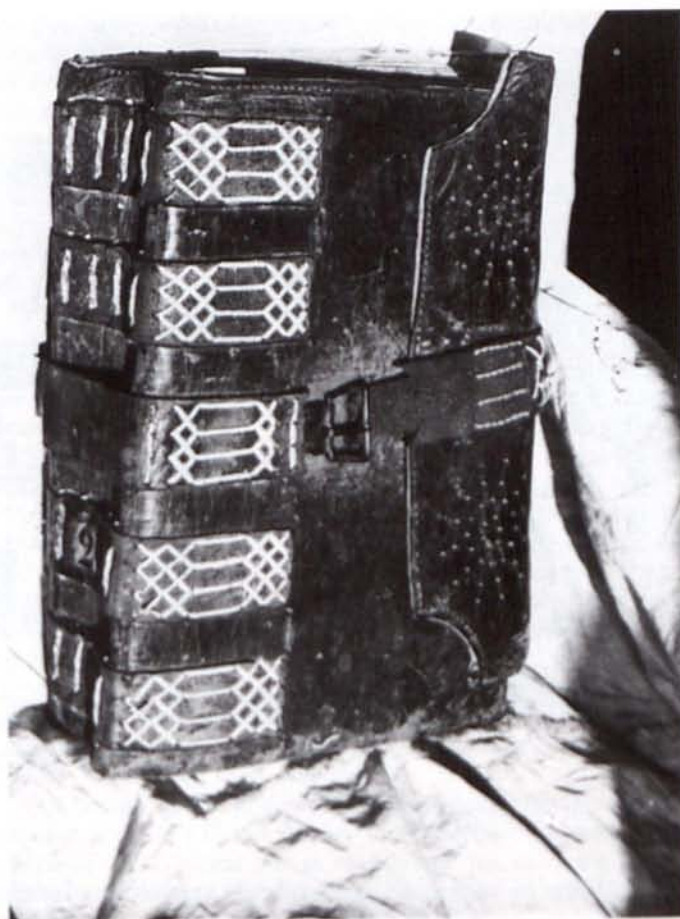
CARMEN RUBIO PARDOS,
TRINIDAD MORENO VALCARCEL,
CONCEPCION DE LA FUENTE COBOS
Y
EMILIO MENESES GARCIA
ARCHIVEROS-BIBLIOTECARIOS

TOMO III.—1493-1497



MADRID
RAYCAR, S. A.—IMPRESORES
1979

¿Cómo era Madrid en tiempos de los Reyes Católicos? Al no existir planos de la Villa, los datos que aportan los Libros de Acuerdos son muy importantes. Por ellos sabemos que estaba cercada por la muralla de tiempos de los árabes, con las mismas puertas de Alvega, de Moros, la Puerta Cerrada, la de Guadalajara, y la de Valnadú, al lado del Alcázar. Extramuros se había ido formando núcleos de poblaciones, sobre todo alrededor del convento de San Martín, de San Ginés y Santa Cruz. Los muchos disturbios ocurridos en Castilla en las épocas anteriores, están fielmente expuestos en una reunión del Concejo, de 14 de noviembre de 1477, que no puedo resistir la tentación de transcribir: *(«En la noble e leal Villa de Madrid, viernes, catorze dias del mes de novienbre, año del nascimiento de nuestro señor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e setenta e siete años, en la iglesia de Sant Salvador de la dicha Villa, estando ayuntados a canpana repicada a conçejo, segund que lo han de uso e de costunbre, el honrrado caballero Johan de Bovadilla, alcaide e corregidor en la dicha Villa por el Rey e Reina nuestros señores, e Pero Núñez de Toledo e Diego de Luxán e el doctor Alonso Ferrández de las Risas e Françisco de Luzon e Diego Gonçález de Madrid e el doctor Ferrand Gonçalez de Monçón e Ferrand Garçia de Ocaña, que son de los regidores de la dicha Villa, e el bachiller Alonso Páez, alcalde, e Ferrando de Contreras, alguazil en la dicha Villa por el dicho corregidor, e en presençia de mí el escrivano público, e de los testigos de yuso escriptos, luego los dichos Conçejo e justiçia e regidores de la dicha Villa dixero que por quanto la dicha Villa de los muros adentro esta mucho despoblada e destruida a causa de las guerras pasadas, e del çerco que se puso sobre los alcáçares de la dicha Villa, e de las quemas e derrocamientos que se hizieron en la colaçion de San Miguell de Xagra e en todas las casas çercanas a los dichos alcáçares, e asimismo a causa de los grandes males e robos que fueron fechos en la dicha Villa en los tienpos pasados de las dichas guerras, lo qual todo dió ocasion a que los vezinos de la dicha Villa se saliesen a bevir fuera della, asi a los arravales commo a las aldeas e señorios comarcanos, e porque lo suso dicho es grand deservicio del Rey e Reina, nuestros señores, e grand daño desta dicha Villa, por ende, acatando el servicio de su Alteza y el bien, pro e honra de la dicha Villa, e porque aquella sea mas poblada e honrrada e ennobleçida, dixeron que ellos esentaban e esentaron e hazian e hizieron libre la dicha Villa de los muros adentro, e a todos los vezinos christianos della que oy biven e bivieren de aqui adelante de los dichos muros adentro, para que todos ellos sean francos e libres e quitos e esentos desde oy dicho dia, e para agora e para sienpre jamás, de todos los pechos e derramas conçejales, asi de corregidor commo de martiniega e neçesidades e repartimientos e guias e velas de los alcáçares, de todas las otras servidunbres e derramas conçejales que en qualquier manera fueren derramadas o inpuestas por el dicho Conçejo de aqui adelante para sienpre jamás, para en cosa alguna de los suso dicho no contribuyan nin pechen los vezinos de la dicha Villa christianos que agora biven o bivieren en ella de los muros adentro para sienpre jamás, salvo tan solamente de aquellas cosas conçejales en que contribuyen e sirven los cavalleros e escuderos e dueñas y donzellas, e fijosdalgo; e porque la suso dicha esençion e franqueza pueda aver e aya efecto con menos agravio e perjuizio de los pecheros de los arravales e aldeas de la dicha Villa, dixeron que hordenavan e hordenaron e mandavan e mandaron, que de aqui adelante para sienpre jamás, en todas las derramas conçejales que uvieren de ser fechas por el dicho Conçejo sobre los pecheros de la dicha Villa e su tierra, se paguen de los propios de la dicha Villa, por razón de la dicha esen-*



Encuadernación mudéjar en los Libros de Acuerdos de los siglos XVI y XVII.

ción, quarenta maravedis cada millar de los que repartieren e fueren repartidos por el dicho Conçejo, por quanto se falló por verdadera información avida de los libros del dicho conçejo de las derramas pasadas, que los pecheros que oy ay en la dicha Villa de los muros adentro pagavan a razón de los dichos quarenta maravedis por millar en las dichas derramas pasadas, e así por estas causas mandavan e mandaron que las dichas derramas se hiziesen e arreglasen por la via suso dicha, pagándose de los propios los dichos quarenta maravedis por millar, e fincando sienpre libre e quita e franca e esenta la dicha Villa e vezinos della christianos, de los muros adentro, que agora biven e de aqui adelante bivieren e ella de todos los dichos pechos e servidunbres conçejales como dicho es, e que pidian e suplicavan a los dichos Reyes nuestros señores que confirmasen la dicha esençion e interpongan a ella su abtoridad real para que mejor pueda valer e sea guardada para sienpre jamás, e que suplicavan asi mismo a su Alteza».

Estas medidas tomadas por el Concejo produjeron sus efectos y en los años siguientes se ven reflejadas por las muchas cartas de vecindad otorgadas a las personas procedentes de pueblos cercanos a Madrid. La vecindad se da no sólo para la Villa, sino también para la Tierra formada por los pueblos de la jurisdicción de Madrid. Al nuevo poblador se le concede generalmente la exención de los tributos por cinco años, pero que no se disfruten continuos sino alternados. El nuevo vecino se obligaba a residir en la Villa y ejercer su oficio habitual. Se le concede solar para construir su casa, que tendrá que edificar en un año y poblarla con su mujer e hijos; entra generalmente en la clase pechera, lo que alivia al Concejo en la carga fiscal.



Torre y casa de los Lujanes.

La Villa se va extendiendo por el Arrabal y aparecen con frecuencia en las actas las concesiones de solares. En 7 de octubre de 1495 se pregona que todos los que tienen solares o los quieren tomar a censo en la cava «*que el sabado la Villa se los señalará*». También el 19 de junio de 1495 se acuerda que «*los vezinos que moran en el arraval que sale a la cava de Puerta Cerrada, çensen las casa que allí tuvieren*». A Alonso de Medina se le autoriza para que «*meta un pedazo de suelo hazia la cava, en lo de la Villa*», para la casa mesón que tiene en el arrabal.

Con este aumento de población del arrabal, se acuerda también el empedrado de sus calles. A la plaza del Arrabal se van trasladando las mercaderías de la plaza de San Salvador y son frecuentes las referencias a los portales que hacen los vecinos en la dicha Plaza del Arrabal; a cambio de eso, se les impone una sisa de un maravedí en el arrelde de cordero y tres maravedís en la panilla del aceite.

En la lectura de la Actas podemos ver que los muros de la Villa se estaban cayendo. Las puentes segoviana y toledana se hallaban en muy malas condiciones. A fines del siglo XV parece que hay un intento bastante organizado de arreglarlos y el Concejo encarga al corregidor que informe de lo que habían sufrido dichas puentes por las aguas del invierno anterior. A través de las Actas vemos cómo el Concejo se dirige continuamente a los Reyes pidiéndoles permiso para hacer derramas entre el vecindario para reparar muros y puente «*porque la Villa es muy pobre en propios*».

Sobre la cerca del arrabal las noticias que se tienen son muy escasas y confusas; no se sabe si se llegó a cerrar. La única mención que aparece en las Actas a las que nos referimos, es un acuerdo del 20 de octubre de 1497 que dice: «*cometieron a Pedro de Luxan e Luzon e Gonçalo de Monçon, que vean el registro de la cerca que ay, e pongan en secrestaçion para ver si es buena e bien fecha*». Si aparecen nombradas en algunos acuerdos la Puerta de Santo Domingo, en el arrabal, y la Puerta del Sol: «*mandaron que unas*

tapias que sacó Men Rodriguez en el camino de la Puerta del Sol, que por estar muy notorio en el camino e carrera pública, que Juan de Illescas, procurador, lo derribase».

Encontramos en las Actas frecuentes referencias a las construcciones que el Concejo hacía en esta época. Una de las más importantes es la Casa Aportelada en la Plaza del Arrabal. En 13 de octubre de 1489 el Rey autoriza a la Villa a echar una sisa para hacerla y esta petición a los reyes para hacer derramas se repite con frecuencia. En 1495 se acuerda «*echar derechos a los que entran a vender en la Casa Aportelada del arrabal para acabarla*». En 1496 se autoriza a los herreros, cuchilleros y caldereros y a los demás oficios que tuvieran fraguas en la Villa, para que en los postes que el Concejo hizo en la Plaza del Arrabal puedan poner «*boticas*» pagando por ellas un censo. Más tarde las fraguas son obligadas a trasladarse fuera de Puerta Cerrada.

Aparecen noticias de que se construía una casa «*del Alhóndiga*» en la Plaza de San Salvador «*donde estaban las carnerías*»; en ellas se le da vivienda al Corregidor y sitio para la cárcel. Se construye también una casa para el Peso de los costales del trigo y harina en Puerta Cerrada y otra junto a la Puerta de Santo Domingo. También se está edificando el «*Auditorio*»: en 1494 se vende el edificio en que estaba instalado «*porque está muy encubierto y estrecho y es sin razon que un pueblo commo este tenga semejante Audiencia*». Para hacerlo se pone a pregón la renta del peso y cuchares. El Auditorio, aclaran en otro Acuerdo es «*donde se ha de librar la justicia*».

Los moros y judíos que vivían en la Villa tenían sus apartamientos en el arrabal; esto se había ido quebrantando, pero la Ley de Toledo de 1480 lo restablece en todo rigor, ordenando que los judíos se fueran donde tenían su sinagoga y los moros, a su morería. En el orden social la posición de moros y judíos era distinta; los moros se nos presentan como artesanos y en convivencia pacífica con el resto de la población, son alarifes, herreros, etc. Los judíos son comerciantes y por la competencia económica están en frecuente

conflicto con los vecinos. Tenían arrendadas las rentas de la Villa, eran recaudadores de impuestos, desempeñando cargos en la hacienda regia y en la municipal, lo que les creaba la enemistad del vecindario. Hasta fines del siglo xiv la aljama había sido rica, pero después empiezan las persecuciones en varias ciudades, entre ellas en Madrid y ya nunca más volvieron a la prosperidad. De todos modos, judíos y moros conviven con los vecinos y, por ejemplo, en las fiestas del Corpus el Concejo les manda sacar sus juegos a la procesión igual que lo hacen los gremios.

La Villa pagaba a uno o dos físicos y cirujanos, que eran judíos, Rabi Jacob, Zulema, Judá, etc. En 1494 el comendador Lorenzo Mendez, dice: «que cuando el bachiller Solis, físico, se tomo, no había otros en la Villa porque los seis que había eran judíos y se iban, pero después se tornaron christianos y se vuelven aquí». Los físicos judíos gozan de gran consideración. A Rabi Jacob se le exime de llevar la señal de los judíos. En otra ocasión el Concejo pide a los reyes autorización para que pueda estar en la Villa fuera de la cerca de la judería, «porque los vecinos no se podrían aprovechar de él de noche, estando cerrada su judería» y más adelante se pide a la Reina que Rabi Jacob pueda vivir dentro de la Villa, donde antes lo hacía.

Por medio de los alguaciles el Concejo procuraba «el bien de paz e de buena concordia para quitar escandalos e inconvenientes». En 4 de enero de 1497 se acuerda que «porque se haya que los domingos e fiestas van muchos vagamundos e otras personas a las tabernas de mañana a beber e comer, que porque Nuestro Señor es deservido en ello, que de aquí en adelante nign tavernero non dé lugar ni consienta que coman ni bevan en su taverna fasta que sean salidos de Misa Mayor».

En 31 de julio de 1493 «acordaron los dichos señores que porque a causa de ir con las moças que van a la fuen-

te por agua, algunos moços y otros vagamundos, se crecen ruidos e escandalos, que por oviar esto, mandavan que de aquí adelante nignun paje ni moço despueslas, nin ofiçial, non sea osado de ir a las fuentes con las dichas moças, ni se poner en los pasos e puertas de la Villa nin caminos, so pena que si fuere tomado una ora antes que anochezca o toda la noche, en las dichas fuentes e pasos e puertas, que por primera vez esté dos días en la cadena e por la segunda seis e por la tercera sea desterrado por dos meses desta Villa e sus arrabales».

Encontramos una mención a los gitanos: En dos de agosto de 1493 «mandaron dar limosna a los de Egipto, porque a ruego de la Villa pasaron adelante, diez reales, para evitar los daños que pudieran hazer treçientas personas que venian».

Son frecuentes los acuerdos sobre la limpieza de las calles y el empedrado. A los fieles que les correspondiera cuidarían de que todos los sábados los vecinos limpiaran la parte de delante de sus casas. En 30 de enero de 1495 el Concejo encarga al Mayordomo que se hagan unos «rodillos» para la limpieza. En 1497 dieron cargo a Sancho de Villanueva «del alinpiar de las calles e del vedamiento de que no anden puercos por las calles e plaças de la Villa». El Concejo acuerda «que sus Altezas manden proveer a esta Villa para que en ella por las calles nin en las casas no aya puercos, porque a causa dello esta Villa, questa empedrada e muy limpia, estan muy sucias las calles».

El Concejo cuida de que Madrid esté bien abastecida y se preocupa de la calidad de las mercaderías. Así en 16 de enero de 1497, vistos por el veedor que los calzados no se ajustaban a lo que mandaba la ordenanza, se acuerda que como habían de ser quemados que «se pregone que vayan a la tarde los pobres que uvieren, a la Plaça del Arrabal» para que se les repartiera.



Plazuela de la Paja.

A causa de existir una prohibición de los Reyes Católicos, acuerdan notificar a sus Altezas sobre la fortaleza que los Marqueses de Moya hacían en Odón y también les hacen saber *«como don Pedro de Castilla hazia una torre fuerte con boveda en su casa a la Puerta de Moros, la cual es en deservicio de sus Altezas e daño desta Villa e vezinos della, asi por ser cerca de la cerca, como por estar junto con la Iglesia de San Andres»*. Asimismo se recuerda la prohibición de llevar armas *«escepto el Alcaide, con penas si fuera caballero e escudero que pierda las armas o sea desterrado por tres meses desta Villa e su tierra e si fuera onbre de menos suerte, queste treinta días en la cadena»*.

En las Actas del Concejo se mencionan con frecuencia acontecimientos reales. En 1493 se acuerda celebrar procesión y correr tres toros por haber recobrado el Rey la salud. Y en 13 de octubre de 1497 se celebran solemnes honras por la muerte del príncipe don Juan: se hará una procesión y los regidores llevarán un ataúd y los hijos de los caballeros y pajes los acompañarán portando 24 hachas encendidas. Se acuerda *«que ninguna persona sea osada de traer bonete de color, ni ninguna mujer quitar las tocas negras fasta ver otro mandamiento en contrario»*. El año anterior había muerto la reina madre y para pagar a Fernando, cerero, la cera que puso en la celebración de las honras, la Villa tuvo que vender cierta cantidad de trigo y de cebada de sus rentas *«porque no habia dinero de los propios para ello»*.

Los Reyes Católicos vienen a la Villa por tercera vez en 1494. Ya habían estado en 1483 y 1486 y de ello hay constancia en los dos primeros Libros de Acuerdos. Para la estancia de los Reyes y los gastos que esto origina, el Concejo pone sisa en los principales alimentos: carne, pescado, vino, aceite y tocino. Este viaje de los Reyes tiene lugar a finales de agosto, y el Concejo acuerda *«que para el recibimiento de sus Altezas todos los que tienen caballos y mulas salgan, los que tienen caballos solos en ellos y los que tienen mulas e caballos en las mulas, e que den quien vaya en los caballos, so pena que los que no salieren pierdan las bestias»*.

Se acuerda también que se arrende la red del pescado que está al lado de las carnicerías *«para dar más anchura a la gente que va a ellas»*. El Corregidor, que tiene que dar un solar a Juan Palomino a cambio del que él cedió a la Villa, dice con ese motivo *«como a Dios gracias esta Villa está tan poblada»* y escasean los alojamientos.

No quedaría completa esta visión de Madrid sacada de la lectura de las Actas del Concejo sin hablar un poco de las fiestas costeadas por ella: la más importante en esta época es la del Corpus. En el primer Libro de Acuerdos, en fecha 22 de junio de 1481 encontramos una descripción muy completa en la que se dice *«que en todas las fiestas de Nuestro Señor que de aquí en adelante se fizieren que de todos los ofizios de la Villa saquen cada oficio sus juegos con representación honrrrosa, lo mas honrrradamente quellos pudieren... e saquen el dicho día los moros sus juegos e danças e los judios su dança... e que la justicia e regidores e letrados del Conçejo e otros ofiziales del dicho Conçejo sean tenidos a venir a la proçesion... so pena que qualquiera quelo contrario fiziese pierda su salario de aquel año para las costas de la dicha fiesta e mandaron que todos los cabildos de la dicha Villa sean tenidos de venir el dicho día, a la dicha proçesion general con candelas o sin ellas ... e mandaron al mayordomo que desde agora faga fazer treze varas de dardos pastoriles largos para los regidores, para regir la proçesion e que haga otras dos vara gordas con las otras cuatro*

que tienen los abades, para llevar el paño sobre el Cuerpo de Nuestro Señor».

En 22 de junio de 1495 envían carta mensajera a la ciudad de Burgos *«para que les haga saber la forma que se tiene en el hazer de los juegos del día de Corpus Christi»*. Y en 25 de mayo de 1496 se toma un pintor para pintar los juegos que salen ese dicho día.

La Villa tenía, además, voto o promesa de celebrar las fiestas de San Sebastián y de la Concepción. Por Santa Ana y San Juan se corren toros, que costea la Villa. A un tal Diego García se hace exención de pechos *«porque sirve a la Villa de mostrar a dançar los hijos de los vezinos y sirve en salir acompañando al Copus Christi el día de su fiesta»*.

Aunque en este trabajo dejo sin tratar muchos otros temas de los que aparecen en el Libro de Acuerdos, no quiero terminar sin referirme al secular pleito del Real de Manzanares.

El documento real más antiguo que se conserva en el Archivo de Villa es la donación que Alfonso VII hace a la Villa de los montes y sierras entre Madrid y Segovia, desde el Puerto del Berrueco al del Lozoya *«con plena potestad para vedar y defender los términos»*. El motivo de la donación estaba en los muchos servicios prestados por Madrid al Rey. A pesar de ello, Segovia intenta con frecuencia hacer pueblas en estas tierras, que la Villa manda destruir. Fernando III decide poner fin al conflicto tomando para sí este lugar, que desde entonces se llama Manzanares el Real o Real de Manzanares. Esto no impidió que siguieran las contiendas entre Madrid y Segovia. Entonces el Rey autoriza a ambos Concejos al usufructo de las tierras, que era: cortar leña, apacentar los ganados, cazar y carbonear *«por quitar contienda entre vos e Segovia»*. Se les prohíbe en cambio roturar la tierra, labrar o poblar. En 1398 ya había adquirido el Real de Manzanares personalidad de municipio, si bien sometido a un señor, en ese momento Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado y también duque de Guadalajara y es a partir de ahora cuando el Real de Manzanares con frecuencia ocupa tierras concedidas en usufructo a la Villa. En 1481, y con motivo de querer hacer los del Real una dehesa, se acuerda que vayan al lugar dos regidores de Madrid, un letrado, el mayordomo, el escribano del Concejo, dos caballeros y de cada seísmo colindante el seismero y *«diez onbres antiguos que supiesen de términos»*.

Siguen apareciendo a menudo en las Actas, referencia a los pleitos con el Real y las peticiones a los Reyes para que autorizaran derramas entre el vecindario para los gastos de dichos pleitos. Incluso son frecuentes las denuncias porque los del Real prenden a las gentes de Madrid o de pueblos de su jurisdicción que van a cortar leña. Otras veces les quitan los ganados que llevan allí a pastar.

En 22 de diciembre de 1493 el Concejo manda al licenciado de Vargas *«que envíe el proçeso del Real, pues esta concluso por la Villa, y quel testimonio de su respuesta senbie a la Corte y su sentençia a Alonso del Marmol»*. En 25 de agosto de 1495 se da a conocer que la sentencia que dieron los Reyes por su Consejo, sobre la división de los términos *«fué en mucho agravio desta Villa, quel procurador de la Villa Luis Galvez, ante las puertas de los Alcaçares desta Villa, haga suplicaçion de la dicha sentençia, con protestaçion de lo dar por escripto»*.

Como consecuencia de ello, no se acaban aquí los pleitos del Real de Manzanares y los siguientes Libros de Actas seguirán haciendo referencia a ellos.



1561: Felipe II implanta la capitalidad de Madrid. Cuatro siglos más tarde, Madrid le dedica este monumento.

MADRID, CAPITAL

Por Enrique de AGUINAGA
(Cronista de la Villa)

I

GRAMATICA Y CONSTITUCION

EL artículo más breve de la Constitución vigente (nueve palabras, treinta y cuatro letras) es el artículo quinto, que dice escuetamente: «La capital del Estado es la Villa de Madrid».

Sólo en dos anteriores ocasiones, históricamente muy próximas, la capitalidad de Madrid ha obtenido una proclamación formalmente legal: La Constitución de 9 de diciembre

de 1931 y la Ley Especial del Municipio de Madrid, de 11 de julio de 1963.

El artículo 5.º de la Constitución de 1931 dice: «La capitalidad de la República se fija en Madrid». Con independencia de que el Gobierno se trasladase a Valencia en noviembre de 1936 y más tarde, a Barcelona, aquella fijación sólo tuvo vigencia real hasta el 28 de marzo de 1939.

Terminada la guerra, Madrid vuelve a adquirir su condición plena y efectiva de capital; pero, anulada la Constitución de 1931, Madrid recupera aquella calidad en las mismas condiciones que la había ostentado desde Felipe II, con

la Monarquía y con la primera República: como un hecho consuetudinario.

Es la Ley Especial del Municipio de Madrid la que en 1963, por segunda vez, legaliza aquel hecho consuetudinario al calificar como capital del Reino al Municipio de Madrid (1), al que por esta razón se le otorgan unas prerrogativas más simbólicas que efectivas (2).

La Ley Especial del Municipio no sólo ha sido derogada parcialmente por la Ley de Elecciones Locales de 17 de julio de 1978 (3), sino también, en el punto concreto de la capitalidad de Madrid, por la Constitución vigente.

Así, aprobada la Constitución por las Cortes (31 de octubre de 1978) y por Referendum Nacional (6 de diciembre del mismo año), Madrid, en menos de cincuenta años, ha pasado literal y sucesivamente de capitalidad de la República, a capital del Reino y a capital del Estado.

En aquellas tres definiciones de la capital se aprecia una distinta concepción de Madrid, ya que mientras que en la primera aparece simplemente como Madrid, en la segunda y tercera se designa Municipio de Madrid y Villa de Madrid, respectivamente.

También se aprecian dos expresiones diferentes en cuanto a la atribución de que es objeto Madrid, ya que si en los textos segundo y tercero se define como capital (del Reino o del Estado), en el primero se toma como localización para fijar la capitalidad de la República, expresión defectuosa, ya que la capitalidad es la calidad de ser capital y no de lo que la capital rige.

Una y otras cuestiones (conceptuación de Madrid y naturaleza de la atribución que se le hace) pueden aparecer excesivamente minuciosas y, por eso mismo, poco dignas de atención, aunque, como aquí se hace, se pongan de manifiesto en lo que tengan de matices, tan del gusto de los legisladores.

Quizá para los especialistas de Derecho Político no sea tan accesorio el diverso tratamiento de aquellos tres textos en lo que se refiere a la proyección de la capitalidad, que sucesivamente es la República, el Reino y el Estado y no, expresa y directamente, España.

De modo elíptico, claro está que en los tres casos, como se dice en los manuales de Geografía, Madrid es la capital de España (4). Para la Constitución de 1931, España es una República que constituye un Estado integral (5) y que fija su capitalidad en Madrid; para las Leyes Fundamentales del Reino (6) y Especial del Municipio de Madrid, España es un Estado católico, social y representativo que se declara constituido en Reino (7), del cual el Municipio de Madrid es capital; para la Constitución de 1978, España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho (8), cuya capital es la Villa de Madrid.

II

HECHO Y DERECHO

EN cualquier caso persiste el dato objetivo: hasta 1931 Madrid ha sido capital o Corte de España durante casi cuatro siglos sin haberse proclamado como tal: «No hay documento alguno, no hay texto legal, no hay proclamación ni cédula real en la que se declare que Madrid será siempre capital de España; ni siquiera el asiento de la Corte».

Quien así llamó la atención sobre este hecho sorprendente es el maestro de administrativistas Luis Jordana de Po-

zas (9), que lo subraya con la controversia histórica sobre la fecha del traslado de la Corte de Felipe II a Madrid.

«Es en vano que se trate de buscar la provisión regia en que se anuncie a los españoles tal medida», dice Manuel Fernández Álvarez (10) que justifica las dificultades habidas para la fijación de la fecha en el hecho de que al traslado no se le dio un carácter permanente, de forma oficial.

Fernández Álvarez llega a la conclusión de que Felipe II entra en la Villa exactamente el 11 de junio de 1561. Su minuciosa investigación, en vísperas del IV Centenario de la capitalidad, vino a superar el largo debate en el que han participado tantos historiadores y cronistas, con proposiciones a veces muy dispares que oscilan de 1560 a 1563 (11).

Tomando, pues, ya con toda garantía, la base del año 1561, resulta más exactamente que durante trescientos ochenta y nueve años Madrid ha sido capital de España sin estar así expresa y formalmente proclamado: de 1561 a 1931 y desde 1939 a 1963, salvando, claro está, los cinco años de permanencia de la Corte en Valladolid (1601-1606).

Casi obligada resulta alguna referencia, aunque sea de pasada, al misterio que tanta literatura ha promovido: los motivos que determinaron a Felipe II el traslado de la capital desde Toledo y su establecimiento en Madrid con preferencia a otras proposiciones, entre las que las hipótesis repiten Lisboa, Barcelona y Sevilla.

Ahora bien, en un planteamiento constitucional, no interesan tanto las causas históricas del asentamiento de la capital como el significado que el concepto de capitalidad comporte en orden a su proyección política y social en nuestros días y, sobre todo, para el futuro.

Por encima de la interpretación histórica, Jordana de Pozas plantea la discusión política de la capitalidad de Madrid e introduce en la polémica la distinción sutil entre capital del Estado y capital de la Nación.

Se trata, en definitiva, de una distinción entre lo formal y lo real, normalmente coincidentes pero no de modo necesario. Para Jordana de Pozas, la capital del Estado puede ser una creación artificiosa (pensemos en los ejemplos clásicos), en tanto que la capital de la Nación exige dos condiciones: peso específico y espíritu.

De este modo, como consecuencia de aquel peso específico y de aquel espíritu, una simple capital de Estado puede reunir o no reunir la condición superpuesta y efectiva de capital de la Nación o, en el otro extremo de los supuestos, una capital de Nación puede obtener o no obtener la consideración de capital de Estado.

III

PESO Y ESPIRITU

MUCHO se ha discutido el peso específico de Madrid; es decir, en la interpretación de Jordana de Pozas, su volumen (población, urbanismo, economía, industria...), que ha merecido muy diversas calificaciones, desde «población» hasta «ciudad monstruosa». Más acuerdo ha habido, por encima de los tópicos sentimentales, en cuanto al espíritu de Madrid, sin olvidar (Miguel de Unamuno dixit) que la sangre del espíritu es el lenguaje (12).

Deliberadamente, por no desviarme del objeto de este informe, me limito a enunciar la naturaleza del verdadero espíritu de la capitalidad de Madrid, según Tirso de Molina, «madre, punto y excelencia de la real circunferencia con que te corona España»: poder de integración, capacidad de síntesis y fuerza de adopción que se concretan en la supera-



1931: La Constitución de la Segunda República proclama constitucionalmente por vez primera la capitalidad de Madrid.

ción de cualquier localismo, en la concepción de Madrid como empresa nacional, patrimonio de todos los españoles (13).

El tema es tan tentador como abundoso. Puede decirse que el análisis del espíritu integrador de la capital ha sido la materia fundamental de mis muchos años de quehacer periodístico sobre Madrid como cronista, particularmente dedicado al examen de las decadencias de aquel espíritu y, en consecuencia, a la crítica profunda del «madrileñismo».

Se puede admitir fácilmente que la falta de peso específico o la crisis del espíritu de Madrid capital del Estado es lo que en determinados momentos históricos somete a juicio contradictorio su calidad de efectiva capital de la Nación. O viceversa: la gesta del 2 de mayo permite decir que Madrid confirma su capitalidad en 1808.

Insistiendo en la teoría de Jordana de Pozas, he procurado ilustrarla con una comprobación sistemática: lo que, en una especie de espejismo, se consideran fenómenos sustantivos de la Capital no son más que consecuencias de los fenómenos nacionales (14).

Antonio Tovar lo ha expresado así: «En Madrid se han impreso los fallos de la Historia Nacional, como en cada capital los del país respectivo. La fuerte centralización con que en Madrid se marcó, cada vez más, su condición de capital y, por consiguiente, la falta de correctivo en las

demás ciudades (con la única excepción de Barcelona), todas absorbidas por la capital a partir del siglo XVI, hace a Madrid espejo indefectible de la realidad española de los últimos siglos y del presente» (15).

La mayor parte de las críticas, tanto como la mayor parte de las alabanzas que a Madrid se dedican, no tiene razón de ser si se ciñen al fenómeno local de la ciudad. Críticas y alabanzas son en realidad actitudes que se ejercen en Madrid con relación a España entera. No cabe separar estas dos realidades españolas: la realidad completa y la realidad representativa.

No cabe, recurriendo al símil del cuerpo humano, hacer vituperios o alabanzas de la cabeza, que eso es la capital, como si el resto del cuerpo no existiera o, aún más, en pugna con el resto del cuerpo. Sin embargo, es muy frecuente encontrar actitudes de uno u otro signo, de desazón o de júbilo, que a Madrid se refieren como si Madrid fuese una entidad absoluta e independiente, con olvido del resto de España, que en definitiva está condicionando, está ordenando lo bueno y lo malo de Madrid, fiel instrumento de esta función representativa.

Hay que insistir hasta la saciedad en que la razón de ser de Madrid es España y, por consiguiente, todo lo que no se siente sobre esta base resultaría una teoría muy brillante, si se quiere, pero en definitiva una teoría que parte de una



1963: La Ley Especial, que moviliza el urbanismo madrileño, legaliza por segunda vez la capitalidad del Municipio.

ficción. Recrearse en esta ficción contradice desde la raíz la correcta y natural teoría de la capitalidad.

IV

CRISIS E INERCIA

DENTRO de esta teoría y por lo que se refiere a la Historia contemporánea, Jordana de Pozas considera la existencia de dos momentos críticos para Madrid, momentos señalados por la aparición de iniciativas sobre el traslado de la capital: la onda pesimista del 98 y la II República.

Muchas de las mostrencas acusaciones que hoy se hacen a la capitalidad de Madrid tienen, efectivamente, su raíz en aquella onda amarga del 98, reflejo, en definitiva, de un desánimo nacional en el que insistentemente, como cronista, he vinculado el fenómeno degradante del casticismo madrileño.

Para mí está muy clara la relación directa que existe entre el casticismo y la pérdida de la sustancia capital de Madrid. Las formas localistas de la chulapería, tan agudamente estudiadas por Alvaro Fernández Suárez (16), reniegan de la función esencial de Madrid, que así se autodegrada, se ensimisma o se «tibetiza», en expresión de Ortega y Gasset.

Las tesis críticas que, procedentes del 98, recomiendan ácidamente el traslado de la capital están a punto de lograr

su objetido en la Segunda República: «Hay manifestaciones, signos y comentarios muy autorizados —escribe Jordana de Pozas— que demuestran cómo se pensó seriamente en trasladar la capital de República a otro lugar que hiciera posible el que Madrid descendiera simplemente al rango de capital de la Región Autónoma de Castilla».

Fue el diputado Otero Pedrayo quien en las Cortes Constituyentes de 1931, al tratarse en ellas el artículo 5.º del proyecto de Constitución, expresó la duda de si convendría la capitalidad de Madrid para cuando la República se estableciera y fundamentara con todo su poderío.

A propósito de las dudas de Otero Pedrayo y refiriéndose a Nicolás Pérez Serrano, añade Jordana de Pozas: «El más autorizado comentarista de aquella Constitución revela que se pensó que las Cortes Constituyentes se trasladaran fuera de Madrid y añade que, llegado el caso de que Castilla se organizase en región autónoma, quizá hubiera que pensar en una capital federal al estilo de Washington, que no perteneciera a ninguno de los núcleos políticos regionales» (17).

El hecho de que tales pensamientos fuesen superados, de que, finalmente, la Constitución de la República no confirmase aquella propuesta, cabe atribuirlo a que trescientos sesenta y cinco años de capitalidad habían creado ya una inercia capaz de resistir las iniciativas adversas. De este modo se superó uno de los instantes históricos más críticos, pero no el último, para la continuidad de Madrid como capital de España.



1978: La Constitución del Estado Social y Democrático de Derecho legaliza por tercera vez la capitalidad de la Villa.

V

ETICA Y REGENERACION

LAIN Entralgo, al establecer la comparación entre la ciudad capital y la cabeza humana, considera que su triple función de aprehender, integrar y expresar (poner a su país en relación con el mundo, integrar las diversas partes del país y ser rostro de la vida de ese país) puede ser bien cumplida o mal cumplida y que, por tanto, cabe establecer una ética de Madrid (18).

Con arreglo a aquella ética, Madrid se pervierte, pierde su genio con el casticismo y se acepta como la catástrofe imperial, como el centro de desastres (19). Con arreglo a aquella ética, Madrid se dignifica en una nueva especie de descastellanización semejante a la que se produce en los siglos XVI y XVII (20) que para nuestra época es un proceso de descastización.

A pesar de las pasiones residuales, existe ya la mínima profundidad histórica para aceptar objetivamente que la regeneración de Madrid como capital, regeneración cruenta y convulsiva, se produce a partir de 1936. «Madrid, al parecer tan frívolo, ha dado el ejemplo de nobleza moral que nuestro pueblo está necesitando», dice entonces Manuel Azaña (21). Tiene que ocurrir una gran conmoción nacional para que Madrid se sitúe en un arranque comparable al que tuvo hace cuatro siglos.

Todavía en plena guerra, siguen actuando, con inclinación punitiva, las ideas revisionistas, las ideas de la degradación de Madrid. Personalmente he oído relatar a Ramón Serrano Súñer su propia propuesta. He aquí, directamente desde el archivo, mis anotaciones de aquella conversación (22):

«Efectivamente (dijo Serrano), asumo esa responsabilidad. Yo quise llevar la capital de España a Sevilla y esto estuvo a punto de realizarse. Llegué a convencer al Generalísimo (siempre que se refirió a Franco dijo «el Generalísimo»). Yo argumentaba absolutamente en serio. Si nuestros afanes imperialistas, principalmente patrocinados por don Fermín Izurdiaga, eran auténticos, había que transformarlos en realidades concretas. Mi tesis era la de que en Madrid, España había perdido siempre sus reinos. Por otra parte, la capital natural de España era Lisboa. Claro está que este pensamiento mío aterraba al Embajador de Portugal, Teotónio Pereira. Pues bien; como por entonces no se podía realizar aquel ideal, había que pensar en Sevilla, que era el mejor sucedáneo de Lisboa. Sevilla, cabeza para nuestro imperio marroquí y ruta histórica de América, estaba en las mejores condiciones para constituirse en capital de España. El tema fue llevado a Consejo de Ministros. Amado, que se mordía los labios, y Jordana sólo opusieron a mi sería y amplia argumentación el deseo de Madrid, que la guerra se hacía para llegar a Madrid, que «de Madrid al cielo y de allí un agujerito para verlo» (gran gesto irónico).

Peña Boeuf opuso el único argumento algo digno: el sistema radial de nuestras comunicaciones. Fernández-Cuesta dijo que en todo el mundo las capitales estaban en el centro de las naciones. Sería en el mundo desconocido, porque lo que sucede es precisamente lo contrario: Washington, Londres, París y Roma son capitales excéntricas. El Generalísimo, que había recibido con escándalo mi proposición, llegó a estar convencido y con él visité Sevilla a este propósito. Estuvimos en la Plaza España, presunta sede de los Ministerios. Queipo estaba satisfechísimo con la idea, sin darse cuenta de que el traslado de la capital equivaldría al fin de su hegemonía...» (Cuando Serrano Suñer terminó su relato, alguien le preguntó: «¿Y ahora, sigue usted pensando igual?...» «Ahora yo he perdido mis reinos», respondió con una mezcla de cinismo y melancolía) (23).

Es muy posible que Jordana de Pozas se refiriera a aquel episodio cuando dice: «A la liberación, Madrid reunía pocas condiciones para que en él se volviera a instalar la capitalidad. En algún momento, en aquellas conversaciones, en aquellas especulaciones, en aquellos sueños del frente y de sus aledaños, no faltó quien pensara en renovar la vieja polémica y en encontrar otra alternativa».

VI

GUERRA Y PAZ

SIN embargo, el genio capital de Madrid no sólo no había perecido con los estragos de la guerra, sino que, como se demostró inmediatamente, arrolladoramente, por encima de los cálculos de los arbitristas, había crecido en el subconsciente de todos los españoles, en una especie de purificación. «Madrid se ha ganado una vez más la capitalidad moral de todos los españoles... Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español y, de sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva.» Tal fue el dictamen del Presidente de la República (24).

Si, de un lado, el énfasis de la guerra fue la toma de Madrid; del otro, se hizo de la defensa de Madrid un símbolo heroico. Madrid se convirtió, para unos y para otros, para todos, en bandera emocionante, en alimento de afanes. Muchos de quienes en España han cantado con fruición el chotis «Madrid» de Agustín Lara, ignoran que esta composición nació como un himno del regreso triunfal de la emigración política, como un gesto que pudiera llamarse antifranquista. El Madrid verdadero y capital de los años 50 adoptó el chotis con tanto entusiasmo que neutralizó aquella intención y lo incorporó con toda naturalidad al repertorio musical que pudiera llamarse patriótico.

En el I aniversario del 18 de julio, Antonio Machado escribe: «Si Madrid no hubiera sido capital de España cuando estalló la rebelión militar, habría conquistado, en este año de abnegación y heroísmo, la capitalidad que más de tres siglos no han podido disputarle... Madrid ha sabido ser España, España entera, que es la España leal al Gobierno del pueblo. Luchando sin tregua contra los traidores de dentro y los invasores de fuera, Madrid no tuvo un momento de vacilación...» (25).

En el XII aniversario del 28 de marzo, el órgano de expresión del Movimiento Nacional afirmaba: «En esa fecha nació la capitalidad heroica de España, la digna capital de la España reconquistada... Madrid es el más alto monumento de la victoria de un pueblo anticomunista» (26).

Quizá pueda servir de compendio de unas y otras posiciones el juicio neutro o enigmático, según se mire, del

famoso urbanista Lewis Mumford: «Madrid, situada en medio de una red de caminos; en su origen un signo de unificación regional, que venció la resistencia de los vascos, catalanes y andaluces; transformada más tarde, debido al movimiento de 1936, en un símbolo de vitalidad humana y de sacrificio humano capaz de crear una nueva civilización» (27).

Hablando en serio, nadie podrá deducir en este punto que la capitalidad de Madrid sea una idea franquista, como rebate Francisco Rubio (28); pero, por otra parte, nadie que tenga un asomo de ecuanimidad podrá negar que, con palabras de Salvador Cuesta, «Franco viene a proponer del modo más oficial que jamás se haya hecho el tema de la necesidad nacional de un gran Madrid».

Los estudiosos del tema saben que el fundamento de aquella afirmación está no sólo en los análisis «Madrid, capital de España» (29) y «Madrid y la filosofía moral y política de las capitales de Estado» (30) del padre Cuesta, sino también en una copiosa documentación sobre la idea de Madrid en Franco, que ritualmente recibía todos los años el balance y el programa del Ayuntamiento de la Villa.

Otra cuestión sería la de los resultados de aquella idea, su precipitado arquitectónico o las características del crecimiento de la capital. De cualquier modo, un ideario de la capitalidad sería incompleto sin aquella referencia al tiempo en que Madrid pasa del millón escaso de habitantes a tres millones y medio.

VII

CENTRO Y CENTRALISMO

FIEL, una vez más, a su constante histórica de capital representativa, Madrid acaba registrando la oposición. La campaña contra el centralismo de Madrid renace en los últimos años del Régimen sin que falten en ella la iniquidad o el disparate. Para el diario «Madrid» (31) la solución consiste en trasladar Madrid a cien kilómetros de donde está, en tanto que la revista «La Actualidad Española» (32) recorre las provincias con una encuesta en la que pregunta provocadoramente: «¿De qué acusa usted a Madrid?».

Madrid, como todas las situaciones capitales, tiene el sino de la acusación. Primero, se acusó a Madrid de ser una ciudad de burócratas y holgazanes, eso sí, simpática y acogedora. Luego, se ha acusado a Madrid de ser una ciudad industrial y enorme a costa de ser menos simpática y más incómoda. Primero, se le proponían como ejemplo las grandes metrópolis y, luego, cuando ya no hay remedio, las discretas ciudades «a la medida del hombre» (33).

El egregio concepto de capitalidad se involucra con la odiosa versión del centralismo, sin distinguir entre la crítica a la Administración y la crítica a la capital en la que la Administración tiene su sede, sin pararse a considerar que la Administración no es un reducto de la capital, sino un producto del país.

Quienes han dedicado alguna inteligencia al tema saben que Madrid no sólo no es una ciudad peyorativamente centralista, sino que se puede considerar como la primera víctima del centralismo perjudicial (34). Pero, ¿no se ha llegado a decir, sin que se apagara la luz, que Castilla era una región opresora a las demás?

El simple sentido común no permite confundir la imprescindible función de la capital con los modos del poder administrativo que no son inherentes a la ciudad desde la que aquel poder se ejerce. Sería absurdo acusar a Madrid, fun-

ción de España, de estar en el centro de España cuando ésa es cabalmente su función. Achacar a Madrid de centralismo es como acusar de centralista al corazón (35).

Cabrera de Córdoba, contemporáneo e historiador del reinado de Felipe II, dejó dicho: «Era razón que tan gran monarquía tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio de corazón que su principado y asiento está en el medio del cuerpo para su ministrar igualmente su virtud a todos los estados».

Pues bien, en 1976 se propuso públicamente «que la capital de España debería ser trasladada a otro lugar, a unos 250 kilómetros hacia el Sudoeste». José María Gil-Robles y Gil-Delgado comentó la propuesta: «A la hora de enfrentarse con las consecuencias que ha traído la concentración del aparato de poder en un solo punto, lo que se le ocurre al centralista es trasladar el centro o otra parte» (36).

VIII

LEY DE CAPITALIDAD

¿SE ha defendido la capitalidad en la misma medida que se la ha atacado? Defender la capitalidad quiere decir aquí dotarla de las adecuadas posibilidades para el ejercicio de su función (37), ya que, de otra forma, para la ciudad propiamente dicha la atribución o el mantenimiento de la condición capital se reduce, con todos los honores, a una disposición simbólica acompañada de una abrumadora carga de servidumbres.

La defensa clásica de la capitalidad es la ruptura del uniformismo municipal mediante un régimen especial. Jordana de Pozas resume así las diversas opciones de régimen especial practicadas en el mundo de nuestras referencias: la neutralización política (caso de Washington), la subordinación al Gobierno (caso de París a partir de 1870), la liberación de las circunscripciones intermedias (cas del Condado de Londres) o la nacionalización de los servicios (caso de Puerto Rico), fórmulas todas ellas que de un modo u otro comportan la compensación económica y, en definitiva, son presentaciones eficaces de una ley de capitalidad.

Ahora que, entre las mil tentaciones, ronda la que fomenta para Madrid el retroceso hacia el uniformismo administrativo con el riesgo de caer en igualitarismos aberrantes, conviene recordar que, quizá por la vieja suspicacia centralista, Madrid nunca ha tenido una auténtica ley de capitalidad, ya que la Ley Especial del Municipio no lo es ni lo ha sido.

El metódico análisis de Jesús González Pérez (38) demuestra que la Ley Especial del Municipio es en realidad la aplicación de una ley de grandes urbes (39), pero no propiamente la ley de capitalidad que Madrid necesita y no ha exigido enérgicamente debido —paradoja para indocumentados— a su especial y sufrido sometimiento a la Administración Central que, por aplicación del Reglamento de precedencias y ordenación de autoridades y corporaciones (40), relegó al Ayuntamiento y al Alcalde de Madrid a los últimos lugares.

Ojalá que estos hechos y estas ideas, abrazados por la nueva definición constitucional y por encima de las supersticiones políticas, actúen en la conciencia pública no sólo para afinar el concepto de Madrid capital, sino también para suscitar la ley de capitalidad ya prevista en la Ley Municipal de 1935, que en su artículo 4.º, después de señalar la existencia de distintas categorías de municipios, disponía: «El municipio de la capital de la República tiene categoría propia y su régimen y gobierno pueden ser objeto de una ley especial».



Manuel Azaña.



Antonio Machado.

NOTAS

(1) LEY ESPECIAL DEL MUNICIPIO DE MADRID, aprobada por Decreto 1.674/1963, de 11 de julio («B.O.E.» de 18 de julio). Artículo 1.º: «El Municipio de Madrid, capital del Reino, se regirá por los preceptos de la presente Ley».

(2) LEY ESPECIAL DEL MUNICIPIO DE MADRID. Artículo 2.º: «Por razón de la capitalidad, se otorgan al Municipio de Madrid las siguientes prerrogativas: a) Tendrá preeminencia honorífica respecto de los demás Municipios. b) Como distintivo de la capitalidad, su escudo llevará en la manteladura, sobre el campo de oro, la corona del Escudo Nacional. c) Los actos emanados del Alcalde, Comisión Municipal de Gobierno y Ayuntamiento Pleno sólo podrán ser recurridos en alzada e intervenidos y fiscalizados por órganos centrales de la Administración General del Estado, entendiéndose que las diversas facultades otorgadas como norma general en tal sentido a los Gobernadores Civiles, Delegados de Hacienda y otros órganos provinciales por la Ley de Régimen Local serán ejercidos, en cuanto al Municipio de Madrid, por el Órgano central competente del Ministerio del ramo que corresponda».

(3) En orden a los términos de aquella derogación parcial, véanse el Real Decreto 561/1979, sobre constitución de las Corporaciones Locales; las resoluciones de la Dirección General de Administración Local sobre criterios de interpretación en la constitución de las Corporaciones Locales (11 de abril de 1979), sobre criterios de interpretación para la constitución de las Corporaciones Locales de Madrid y Barcelona (18 de abril de 1979) y sobre interpretación en materia de funcionamiento de las Corporaciones Locales (25 de mayo de 1979); así como el dictamen del Servicio Contencioso del Ayuntamiento de Madrid, de 23 de abril de 1979, sobre las dos primeras resoluciones citadas.

(4) PEDRO LAIN ENTRALGO. «Deberes de Madrid: Capital de España», artículo publicado en «Gaceta Ilustrada» (13 de mayo de 1979): «Capital de España, sí, no sólo del Estado Español; y si deja de serlo o dejan de llamárselo, peor para todos». Sobre este mismo tema opina GONZALO MARTIN VIVALDI en su artículo «Las banderas, las comunidades y Madrid, Capital del Estado», de la serie «El lenguaje y la Constitución», publicado en el diario «Ya» (29 de septiembre de 1979).

(5) CONSTITUCION DE LA REPUBLICA (9 de diciembre de 1931). Artículo 1.º: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y de justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo. La República constituye un Estado integral, compatible con la autonomía de los municipios y regiones. La bandera de la República es roja, amarilla y morada».

(6) LEYES FUNDAMENTALES DEL REINO. Decreto 779/1967, de 20 de abril, por el que se aprueban los textos refundidos.

(7) Tal es sustancialmente la expresión que figura en el artículo primero de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, de 27 de julio de 1947, modificada por la Ley Orgánica del Estado de 10 de enero de 1967. El concepto aparece con variaciones en otra de las Leyes Fundamentales comprendidas en los textos refundidos, la de Principios del Movimiento Nacional, que en el Principio VII declara: «El pueblo español, unido en un orden de Derecho, informado por los postulados de autoridad, libertad y servicio, constituye el Estado Nacional. Su forma política, es dentro de los principios inmutables del Movimiento Nacional y de cuanto determinan la Ley de Sucesión y demás Leyes Fundamentales, la Monarquía tradicional, católica, social y representativa».

(8) CONSTITUCION ESPAÑOLA (31 de octubre de 1978). Artículo 1.º: «1. España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político. 2. La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado. 3. La forma política del Estado español es la Monarquía Parlamentaria».

(9) LUIS JORDANA DE POZAS. «Madrid, capital del Estado», conferencia pronunciada en la Cátedra «Ciudad de Madrid» el 26 de marzo de 1953. La conferencia, con las restantes que compusieron el curso primero de aquella Cátedra, está recogida en el tomo «Cátedra de Madrid. Curso primero», editado por Artes Gráficas Municipales, en 1954. Todas las menciones sucesivas de JORDANA DE POZAS se refieren a esta misma conferencia.

(10) MANUEL FERNANDEZ ALVAREZ. «El establecimiento de la capitalidad de España en Madrid», monografía publicada en la colección «Madrid en el siglo XVI» y editada por el Instituto de Estudios Madrileños, en 1960.

(11) El Conde de Cedillo, Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos, Amador de los Ríos, Cabrera de Córdoba, Herrera, León Pinelo, Jerónimo de la Quintana, Antonio Ballesteros, Sáinz de Robles, Astrana Marín, Fernández Retana, González de Amezua, Constancio Gutiérrez, Bonmati de Codecido, Alvarez Baena, Mariana, Sebastián de Covarrubias, por ejemplo, han participado de uno u otro modo en la fijación de la fecha. Véase «Ante el cuarto centenario de Madrid, Capital de España», artículo de RICARDO PIELTAIN, publicado en el diario «ABC» (15 de mayo de 1960), y «La cercanía el Monasterio escorialense, razón probable de la capitalidad», artículo de TOMAS BORRAS, en el diario «Ya» (10 de mayo de 1962).

(12) RAFAEL LAPESA, Secretario de la Real Academia de la Lengua. Declaraciones al diario «Informaciones» (16 de enero de 1970): «Toda gran ciudad, por ser centro de actividades humanas, absorbe y filtra innovaciones de lenguaje nacidas fuera de ella, aporta las suyas propias y tiene eficaz poder de difusión. No cabe duda de que, dentro de España, Madrid es el principal centro irradiador de influencias lingüísticas».

A esas mismas declaraciones pertenecen los siguientes párrafos:

«El intercambio de innovaciones provinciales no suele dañar a la «pureza» del idioma, a la que afectan más las corrientes de tipo internacional con acarreos o calcos de otras lenguas. Ahora bien, la gran ciudad elige entre las tendencias regionales que afluyen a ella, así como entre las preferencias lingüísticas de sus distintas capas sociales. Y esa elección, en el caso de una capital como Madrid, tiene valor decisivo. En el siglo XVI impuso la pronunciación castellana vieja, desechando la toledana, que hasta entonces se tenía por modelo de buena dicción. Desde el XVIII ha sido muy indulgente, laxa incluso frente al vulgarismo, con fuerte aportación meridional.»

«La mayor influencia lingüística de Madrid sobre el resto de España está en relación con sus actividades culturales, políticas administrativas, económicas, industriales, etc. Además, la difusión de la palabra por medio de la Prensa, la Radio y la Televisión tiene en Madrid su principal origen. Y el prestigio de la gran ciudad irradia modas expresivas, como irradia modas de vestido o de comportamiento social».



Rafael Lapesa



Luis Jordana de Pozas

(13) CARLOS ALFONSO. «No culpemos a Felipe II», artículo publicado en el diario «ABC» (4 de mayo de 1968): «Madrid, como capital, es consecuencia de la integración de la España del Sur (la España nueva, completada por la conquista del reino granadino) y de la España del Norte. Poco después de ultimada la unidad, el primer rey que se la encontró ya hecha, Carlos V, alternaba sus estancias entre Toledo y Valladolid. Por la necesaria proyección de una y otra parte del Estado, iba y venía de la Ciudad Imperial —puerta de todo el Sur— a la recia sede norteña, arcaica y renacentista a la vez, engarce de Castilla y León y que era como un pivote de la España vieja. Y a la mitad del camino, paraba el Emperador en Madrid, cuyo Alcázar mandó arreglar para que sirviera de acomodo a la Corte».

Más enfáticamente, en el artículo «Madrid desde América (o el misterio de la capitalidad)», publicado en el diario «Arriba» (9 de octubre de 1969), escribe ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: «En el paisaje de Madrid, las más hondas raíces de historia universal. ¡Que no se nos enfrenten otra vez el Sur y el Norte! Y que nuestra capitalidad se haga ya siempre espíritu. Y vuelva a ser alma de todas esas Américas por Madrid fundadas».

(14) ENRIQUE DE AGUINAGA. «Madrid, empresa nacional», conferencia pronunciada en el Aula de Cultura del Ayuntamiento (Curso sobre Historia de Madrid) el 22 de junio de 1967 y publicada el mismo año, en la colección correspondiente al Curso, por Artes Gráficas Municipales.

(15) ANTONIO TOVAR. «Madrid, ciudad, civilización, civismo», artículo publicado en «Gaceta Ilustrada» (16 de febrero de 1975) a propósito del libro de FERNANDO CHUECA «Madrid, ciudad con vocación de capital» (Editorial Pico Sacro, Santiago de Compostela, 1974), cuyo título está tomado del de un artículo del propio Chueca publicado en el diario «ABC» (15 de mayo de 1958).

(16) ALVARO FERNANDEZ SUAREZ. «Madrid o la ironía», artículo publicado con el título de «Descubrimiento de Madrid», en la revista «Índice», correspondiente al mes de enero de 1960: «La única punta cáustica y externa de la ironía de Madrid la suscita el propio oyente o el espectador extraño cuando no entra en el juego, no percibe la intención sutil y toma en serio la parodia. Esto les sucede a no pocos españoles en sus contactos, sobre todo lejanos, con el espíritu de la capital cuando toman la «chulapería» como un verdadero ser de Madrid. Entonces caen en la trampa de no advertir que están en presencia de un actor en trance de burlarse de sí mismo».

(17) JAVIER MARTIN ARTAJO. «Madrid, Distrito Capital», artículo publicado en el diario «Ya» (12 de marzo de 1978): «El título de este artículo anticipa nuestro parecer sobre lo que consideramos que debiera ser Madrid para cumplir la misión que le incumbe llenar en lo sucesivo: Madrid capital, cuya demarcación estaría definida por los límites del actual Municipio; y Madrid Distrito Capital, que alcanzaría a todo el territorio comprendido en la actual provincia madrileña. La denominación pura y simple de Madrid corresponderá a la capital de España y la enunciación de Distrito Capital —D. C.— sería el común denominador de los partidos judiciales y municipios en ellos comprendidos, que hoy integran la provincia. Madrid Distrito Capital sería la entidad comarcal autónoma que facilitaría a la capital el mantenimiento digno de su personalidad y el cumplimiento eficaz de las funciones que, como tal, debe llenar en el futuro español... La dotación de un Distrito propio para Madrid resuelve, en primer lugar, el problema que hoy le plantea la autonomía de las regiones. Podrían disputarse su adscripción la región de la Mancha, Castilla la Nueva o Castilla la Vieja, como regiones limítrofes que son. Pero la verdad es que Madrid, por su condición de capitalidad, unida a la posición de centro geográfico de España, requiere demarcación propia».

La idea del Distrito Capital ya había sido expuesta por JUAN MANUEL FANJUL SEDEÑO en su artículo «El Gran Madrid», publicado en el diario «ABC» (7 de enero de 1978).

(18) PEDRO LAIN ENTRALGO. «Ética de Madrid», artículo publicado en el diario «Arriba», el 26 de marzo de 1950.

(19) «Barcelona, capital provisional de España» editorial de la revista «Punta Europa» (número 53), correspondiente al mes de mayo de 1960.

(20) ANSELMO CARRETERO Y JIMENEZ. «Las nacionalidades españolas», Hyspamérica Ediciones, San Sebastián, 1977: «De esta manera la villa de Madrid dejó de ser cabeza de una pequeña república comunera de Castilla para elevarse a corte de una gran monarquía imperial: la Villa y Corte por antonomasia; y dejó también —cada nueva generación más— de ser propiamente castellana para convertirse en genéricamente española y madrileña en particular».

(21) MANUEL AZAÑA. Discurso en el Ayuntamiento de Madrid, el 13 de noviembre de 1937.

(22) Tertulia previa al almuerzo ofrecido por el Alcalde, conde de Mayalde, a los informadores municipales en el Club Puerta de Hierro, el 30 de diciembre de 1953. A esta tertulia se sumó Ramón Serrano Súñer acompañado por Dionisio Ridruejo.

(23) LUIS AGUIRRE PRADO. «Madrid, capital de España», folleto publicado en la colección «Temas españoles», Publicaciones Españolas, Madrid, 1961: «Del empujado toledano al cabezo madrileño por obra del Rey de dos mundos que soslayó el consejo paterno, dado con deje de desaliento: «Si quieres aumentar tus reinos, lleva la Corte a Lisboa; si quieres conservar los que tienes, déjala en Valladolid; y llévala a Madrid, si los quieres perder». En la imperial advertencia irá toda una lección de gran política y una concreta determinación de fortaleza española a influjo de las aguas que enlazan y dan posibilidades de rectoría. Estrofas de Camöens en apoyatura del gran pensamiento del Emperador:

*Do Tajo a China o português impera,
de um polo a outro o castelhano voa,
y os dos extremos da terrestre esfera
dependen de Sevilla o de Lisboa».*

(24) MANUEL AZAÑA. Discurso en el Ayuntamiento de Valencia, el 21 de enero de 1937.

(25) ANTONIO MACHADO. De un texto fechado en Valencia a 29 de julio de 1937 y recogido en «Madrid. Album de homenaje a la gloriosa capital de España», editado por el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad de la República Española, en Barcelona.

(26) «Aniversario de una capitalidad heroica», editorial del diario «Arriba» (28 de marzo de 1951).

(27) LEWIS MUMFORD. «La cultura de las ciudades» (tomo II), Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.

(28) FRANCISCO RUBIO LLORENTE. «Madrid, ¿distrito federal?», artículo publicado en «Diario 16» (18 de enero de 1977): «Yo puedo imaginar sin gran esfuerzo la indignación y



Ramón Serrano Súñer



Pedro Laín Entralgo



Ernesto Giménez Caballero

hasta el odio que en los catalanes o en los vascos despertarían los esfuerzos por desarraigar sus lenguas y castellanizar sus nombres, pero tampoco necesito gran esfuerzo para palpar la dolorosa sorpresa que en muchos españoles suscita el intento de hacer de España un nombre impronunciable que forzosa y grotescamente hay que sustituir por la expresión de «Estado español», so pena de ser tenido por centralista furibundo y reaccionario. Sobre todo, cuando se trata de españoles que quizá no regatearon esfuerzos y sacrificios para oponerse al régimen franquista y que no acaban de entender la asimilación que frecuentemente se establece entre ese régimen y Madrid, precisamente Madrid, la ciudad que durante tres años de guerra fue en todo el mundo el símbolo de la resistencia a Franco y la última en rendirsele».

(29) SALVADOR CUESTA S. I. «Madrid, capital de España. Del sacerdote Jaime Balmes al Generalísimo Franco», artículo publicado en la revista «Razón y Fe» (número 636), correspondiente al mes de enero de 1951.

(30) SALVADOR CUESTA. Artículo publicado en la revista «Razón y Fe» (número 631), correspondiente al mes de febrero de 1953.

(31) «Madrid, ciudad imposible» se titula el editorial del diario «Madrid» (11 de enero de 1967), en el que se proponía como solución a los problemas de la capital no sólo su traslado a cien kilómetros de distancia, sino también la prohibición de la inmigración y del establecimiento de nuevas industrias, así como el traslado de los estudiantes a las ciudades cercanas. El mismo 11 de enero, replicó ENRIQUE DE AGUINAGA, en su «Crónica de Madrid» titulada «Soluciones radiales», difundida por la Agencia Pyresa.

(32) En la primavera de 1968 la revista «La Actualidad Española» hizo circular entre Procuradores en Cortes, Presidentes de Diputación, Alcaldes y Directores de periódicos de todas las provincias, una encuesta con la pregunta: «¿De qué acusa a Madrid?». La encuesta ampararía un trabajo contra el centralismo, pero no debió tener mucho éxito, porque la revista, meses más tarde, sólo ofreció siete respuestas con las que encabezó el artículo de JOAQUÍN BORDIU titulado «Las provincias acusan a Madrid», publicado el 3 de octubre de 1968. Replicaron a «La Actualidad Española», JUAN ANTONIO CABEZAS en «ABC» (13 de octubre), y ANTONIO IZQUIERDO, en «Arriba» (4, 5 y 6 de octubre). ENRIQUE DE AGUINAGA, al tener noticia de la realización de la encuesta, la refutó en su «Crónica de Madrid», titulada «En el banquillo», difundida por la Agencia Pyresa el 25 de mayo.

(33) FERNANDO CHUECA GOITIA. En su artículo «Centralismo o pluricentralismo», artículo publicado en el diario «El País» (23 de agosto de 1977): «Ayer Madrid era un motivo de orgullo para las mismas gentes que hoy le condenan iracundas. Eran las mismas que las que empujaban a Madrid, a golpe de millones de habitantes, hacia su desmesura y catástrofe urbanística».

(34) LUIS GIL FERNANDEZ. «La nacionalidad madrileña», artículo publicado en el diario «El País» (27 de enero de 1977): «Desde que en Madrid se asentó la Corte, han llovido sobre ella las críticas más acerbas, que los madrileños toleraron siempre con el mejor talante. Pero hay una cuya injusticia clama al cielo: la que pretende presentar a esta ciudad como una sanguijuela que chupa hoy la sangre del país y absorbió ayer la de su imperio... Se acusa al régimen franquista de haber fomentado este desarrollo industrial en detrimento de la periferia, cuando en realidad es que fue el capitalismo periférico el que puso sus industrias de transformación en Madrid por la comodidad de distribución de los productos desde el centro peninsular. El caso es que Madrid, con sus tres millones y medio de habitantes, es actualmente uno de los centros creadores de riqueza más importantes de España y una de las fuentes más saneadas de ingresos del Estado español. Por el contrario, pese a cuanto digan maliciosamente los detractores del centralismo, las prestaciones del Estado español a los madrileños son muy inferiores a las concedidas a cualquier provincia».

JOSE BUGEDA insiste en el tema con su artículo «Y Madrid, ¿qué?», publicado en «Pueblo» (19 de enero de 1978): «Los madrileños nos negamos desde ahora mismo a cargar con la factura de un centralismo que espesamente a nosotros a quienes más ha perjudicado. Porque la primera víctima del centralismo ha sido sin la menor duda nuestra ciudad. Quisiera que alguien me dijera en qué se ha beneficiado Madrid por alojar a un poder excesivamente centralista. La ciudad más deteriorada por la aglomeración política centralista ha sido precisamente la nuestra... Me gustaría que alguien me diese la cifra de en qué proporción contribuye Madrid al presupuesto de ingresos del Estado español. Sospecho que es tan alta que nadie ha querido ni siquiera calcularla».

(35) ENRIQUE DE AGUINAGA. «Céntrico Madrid», conferencia publicada en la revista «Villa de Madrid» (número 30).

(36) JOSE MARIA GIL-ROBLES Y GIL-DELGADO. «¿La capital a 250 kilómetros de Madrid? La solución no es esa», artículo publicado en el diario «Informaciones» (11 de septiembre de 1976).

(37) JOSE MARIA DE AREILZA, candidato al Congreso por Madrid, en desarrollo de su anterior afirmación: «Yo creo que Madrid no debe integrarse en ninguna región autónoma». Entrevista con Angel del Río, publicada en el diario «Ya» (11 de febrero de 1979): «Madrid debe tener un estatuto de capitalidad. Este estatuto debe suponer que el Estado debe subvencionar a Madrid, de una manera copiosa y generosa, porque es una parte esencial de la máquina del Estado; debe tener estatuto propio, donde no entren en juego las legítimas aspiraciones de Castilla la Nueva, que tiene problemas absolutamente ajenos a lo que es realmente la problemática de la capital de España».

ENRIQUE DE AGUINAGA. «Madrid de mañana. La previa reforma interior», artículo publicado en la revista «Villa de Madrid» (número 3).

(38) JESÚS GONZÁLEZ PÉREZ. «El régimen especial de Madrid y Barcelona», publicado en «Revista de Administración Pública».

(39) JESÚS GONZÁLEZ PÉREZ. Op. cit.: «En España, hasta la fecha, no se ha previsto régimen especial alguno para las grandes ciudades. Pero la modificación introducida en la Ley de Régimen Local por la de 7 de noviembre de 1957, prevé la posibilidad de que por el Gobierno se apruebe con carácter de Ley un régimen especial para Madrid y Barcelona, así como para otras ciudades cuyo número de habitantes e importancia de sus problemas también le aconseje... Dentro de las grandes ciudades destacan con vigorosa personalidad las capitales de los Estados. Resulta indudable que buena parte de los problemas que ofrece la capital de un Estado son comunes a los de la gran ciudad. Pero, al lado de estos problemas comunes, la capital del Estado ofrece otros que son propios de la misma. No se dan por el hecho de ser gran ciudad, como por el hecho mismo de ser capital del Estado. De aquí que otras de las tendencias que se observan en el Derecho comparado es la existencia en casi todos los países de un régimen especial de capitalidad».

(40) REGLAMENTO DE PRECEDENCIAS Y ORDENACIÓN DE AUTORIDADES Y CORPORACIONES. Decreto 1.483/1968, de 27 de junio («B.O.E.» del 12 de julio), y su modificación por Decreto 2.622/1970, de 12 de septiembre («B.O.E.» de 24 de septiembre).



Antonio Tovar



Anselmo Carretero



Agustín Lara

DE LA COGIDA, MUERTE Y ENTERRAMIENTO DE JOSEPH DELGADO, YLLO

Por Marcelino TOBAJAS

LA trágica muerte de **Pepe-Hillo**, o **Yllo** como más bien se escribía en su época, ocurrida prácticamente a la vista del público, fue sin duda la causa de que se le olvidaran muchas precisiones, tanto sobre sus últimos momentos como sobre el entierro y la tumba del malogrado torero sevillano, a quien escribió de ello, su amigo José de la Tixera. La **relación** o **carta** que se conoce está falta de precisión, que es lo que aquí trato de subsanar con algunos documentos ignorados u olvidados.

José María de Cossío, en su obra monumental **Los Toros**, estudia detenida y extensamente la vida, obra y muerte del torero **Yllo**, aunque en trabajo tan meritorio y autorizado no deja de apreciarse el que algunos puntos resultan poco tratados, quizá porque le parecieron poco interesantes o por carencia de documentos (1).

Con los datos que hoy publico se puede hacer más precisa la biografía del torero en sus últimos momentos, en su entierro, aunque continúa sin esclarecer un punto tan trascendental como es el de su enterramiento actual.

Sabido es que la última corrida que toreó **Yllo** fue en la que encontró la muerte, la del lunes 11 de mayo de 1801, celebrada en Madrid, en la plaza de toros situada extramuros, junto a la Puerta de Alcalá y frente al Real Sitio del Buen Retiro, en la manzana actual formada por las calles de Alcalá, Serrano, Conde de Aranda y Claudio Coello.

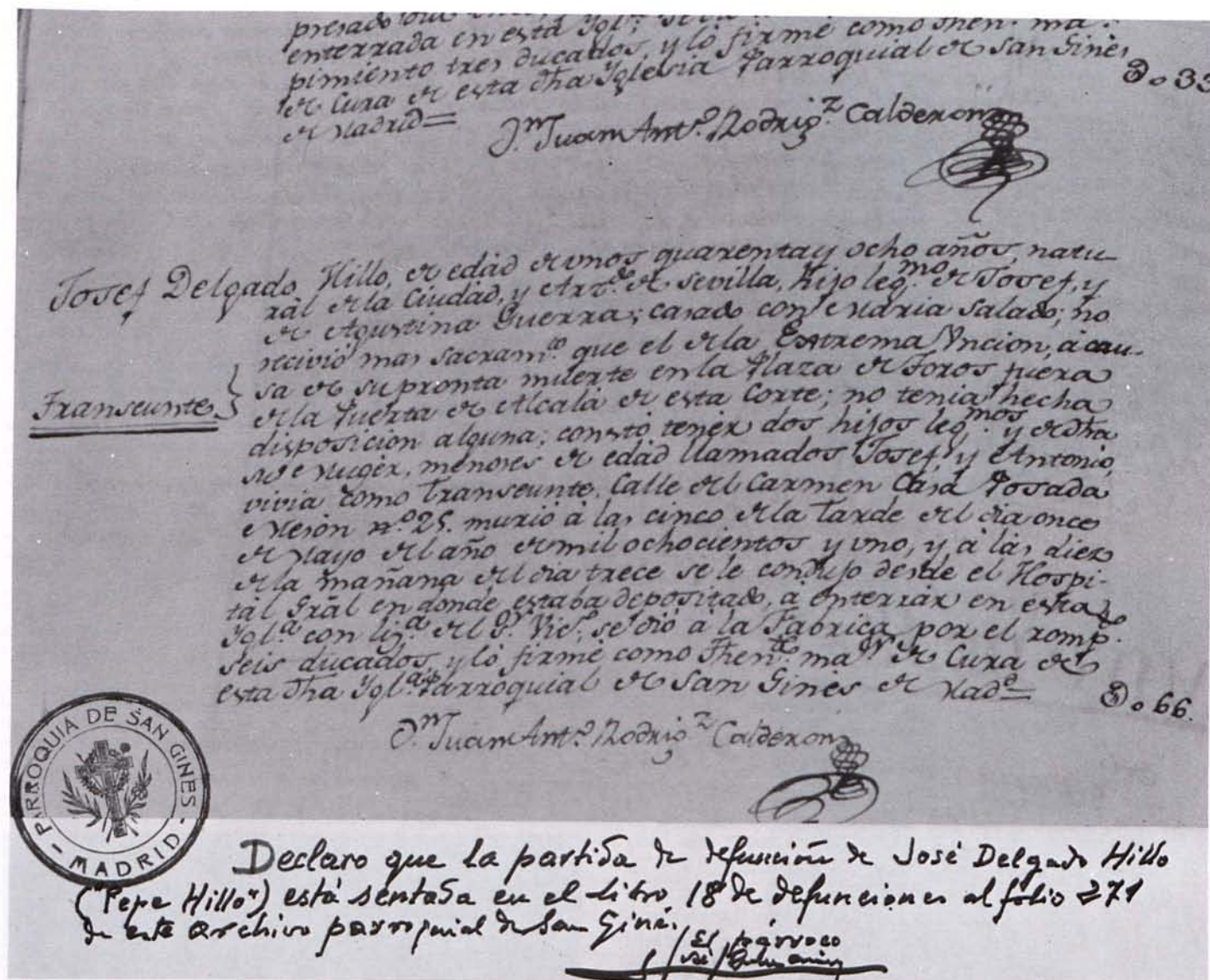
Según era costumbre el festejo se partía en dos mitades, una por la mañana y otra por la tarde. Junto a **Yllo** figuraban otros dos espadas: José Romero, hermano de Pedro, y Antonio de los Santos, protegido del espada sevillano.

A lo largo de esta corrida se habían de lidiar diez y seis toros, dos de ellos de la vacada de don José Gabriel Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte. Precisamente uno de estos animales, el llamado **Barbudo**, ocasionó la muerte a José Delgado, alias **Yllo** (2).



Mediado el siglo XIX permanecía vivo el recuerdo de la atroz cogida de Yllo. (Detalle del cuadro del pintor complutense Eugenio Lucas).

La narración clásica de su cogida y muerte es la que escribió —como ya he dicho— su amigo José de la Tixera, supuesto autor de **La Tauromaquia** que firma aquél. Hay otra, brevísima como se verá, que nos importa por algún punto que en ella se toca y porque, además, su autora fue la reina



La partida de defunción que se guarda en el archivo parroquial de la iglesia de San Ginés.

María Luisa. En realidad se trata de una carta que escribió a Godoy. El valido, por aquellos días, se ha puesto al frente de las tropas españolas que van a tomar parte en aquel simulacro bélico con Portugal, que pronto sería conocido como **Guerra de las Naranjas** (3).

El párrafo que dedica la reina a enterar a Godoy de la tragedia es el segundo de la carta, y de él se desprende la fama de Yllo en la Corte y la importancia que se dio a su muerte en Palacio. Dice María Luisa: «Se me olvidó decirte en mi última la desgracia de Pepeillo q.º quedó de una sola cornada muerto allí mismo.» Cuando la reina habla de su **última** se refiere a la carta que escribió a Godoy el día 12, es decir, al siguiente de la cogida y muerte del sevillano. Las palabras que siguen en el texto demuestran que la reina fue informada detallada y prontamente, y que al escribir guardaba los datos en su memoria o, lo que es más probable, tenía a la vista el informe. Después de haber acertado «con la espada en el Toro, le pilló, le levantó el gueso esternon q.º es del pecho le partió el estomago le subió arriba el igado le corto p.º el medio el intestino colon y le rompió p.º un lado 4 costillas y por el otro 6. dejó toda su sangre en la plaza y estuvo un rato en las astas».

Sin duda, las palabras de la reina están tomadas de algún extracto del testimonio de la autopsia, ajustado en sus términos a la falta de conocimientos anatómicos de que por fuerza había de adolecer María Luisa (4), quien agrega sin ocultar su temor por lo que le esperaba para corridas sucesivas, visto lo ocurrido: «se partieron m.ºs gentes de la Plaza, y yo amigo Manuel q.º no gusto m.º de ellos q.º será aora.»

Como bien se sabe, el lenguaje de María Luisa, sobre todo cuando se dirige a Godoy, era abierto, coloquial, espontáneo, y buena prueba de ello es todo lo transcrito anteriormente. Hay un dato que quiero destacar, el que hace referencia a que «se partieron muchas gentes de la Plaza», porque no lo he visto citado por Cossío, ni en la relación de José de la Tixera. Es sumamente curioso, ya que demuestra la impresión que causó la cogida y muerte de espada tan famoso. Junto a las palabras de la reina, las estremecedoras de Tixera: «quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caídos y hecho un objeto de la más insignificante compasión» (5).

Así acabó aquel torero, todo gracia, garbo y agilidad, el rival de Pedro Romero. Ninguno de ellos habría podido suponer, a lo largo de tantas tardes de competencia, que



Retrato de Pepe-Hillo en sus últimos años. (Autor desconocido).

sería un hermano del rondeño, José, quien habría de acabar de dos estocadas con la vida de **Barbudo**, toro huidizo, manso, que malentaba a los caballos.

Muy pocos días después de la tragedia hacen su aparición las estampas de la cogida y muerte de **Yllo**. Una vez más se impone la imagen a la letra. La **Gazeta**, en el espacio de veintiún días, anuncia la aparición de tres estampas. Es muy curiosa la redacción de los anuncios, tan distinta de la actual: «Estampa de la desgracia acaecida á Joseph Delgado (Hillo) en la plaza de toros de Madrid el día 11 de Mayo por la tarde. Se hallará en las librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y en la de Esparza, puerta del Sol, á 2 rs.» (6).

El segundo anuncio es sin duda fruto del trabajo de otro estampero, ya que los puntos de venta son distintos. Se busca ahora dar un mayor interés al documento y, cómo no, aumentar el incentivo para el público: «Nueva estampa de la desgraciada muerte de Joseph Delgado (alias Hillo) que manifiesta la catástrofe según acaeció, y la posición de los toreros que acudían á libertarle; se ha estampado en papel de holanda, é iluminado con propiedad y perfección, á fin de que puedan tener una estampa regular los que gusten conservar la memoria de este hecho. Se hallará á 4 rs. en las librerías de Castillo, frente á las gradas de S. Felipe, y de la viuda de Cerro, red de S. Luis» (7).



«La desgraciada muerte de Pepe-Illo en la Plaza de Madrid». (Goya, grabado de «Treinta y tres estampas que representan las diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar Toros»). (1816).

Pocos días después, nuevo anuncio de nueva lámina. Se busca ahora reunir en una sola ilustración toda la tragedia: «Estampa que representa en 3 figuras las posiciones en que estuvo Joseph Delgado Hillo en su pronta muerte. Se hallará en la librería de Esparza y Cerro, en Sevilla en la de Herard y compañía, en Cádiz en la de Pajares, en Zaragoza en la de Polo, en Salamanca en la de Barco, en la Coruña en la de Soto, y en Bilbao y Aranjuez» (8).

Como se puede inferir de este último anuncio, la noticia, al correr, hace que se aumenten las posibilidades de venta; por eso es por lo que no se olvida el ponerla a la venta en el Real Sitio de Aranjuez, donde la Corte está de Jornada.

No contentos con las estampas, los libreros dan en la idea de vender una «Colección de 10 retratos de los más acreditados lidiadores de toros, dibujados por D. Anastasio Rodríguez, y grabados por D. Roberto Pradez, á la que da principio con el de Joseph Delgado (Hillo)». Se vendía a cuatro reales (9).

No deja de ser curioso que el día 1 de mayo, también en la *Gazeta*, se hubiera anunciado la venta de *La Tauromaquia*, que firmaba **Pepe-Yllo**; «única en su especie, ha sido deseada del pueblo español, no habiendo hasta ahora ningunas reglas escritas; y queda desempeñada segun dictamen de sugetos inteligentes en la materia; va adjunto el retrato del autor. Se hallará en la librería de la viuda de Cerro, red de S. Luis, y en su puesto, calle de Alcalá, á 6. rs.» (10).

Como hace observar Cossío, **Yllo** era torero «radicalmente antiacadémico, y pocas contradicciones tan flagrantes podemos encontrar en el arte taurino como la existente entre su doctrina de la tauromaquia y su conducta en el ruedo» (11).

Para su toreo las condiciones físicas óptimas eran indispensables y, a sus cuarenta y siete años no podían serlo como en otros tiempos. Aquel mismo día, en la corrida de la mañana, había sufrido un puntazo, toque de muerte, preludio del fin de su vida. «Esta -dice Tixera- la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles a la piedad más religiosa» (12).

Aquí nos encontramos con que la reina María Luisa, en su carta a Godoy, dice lo contrario: «sin q.^e la Uncion llegase a tp.^o».

Veremos en seguida una tercera versión, pero antes quiero citar otras palabras de José de la Tixera; las que cuentan

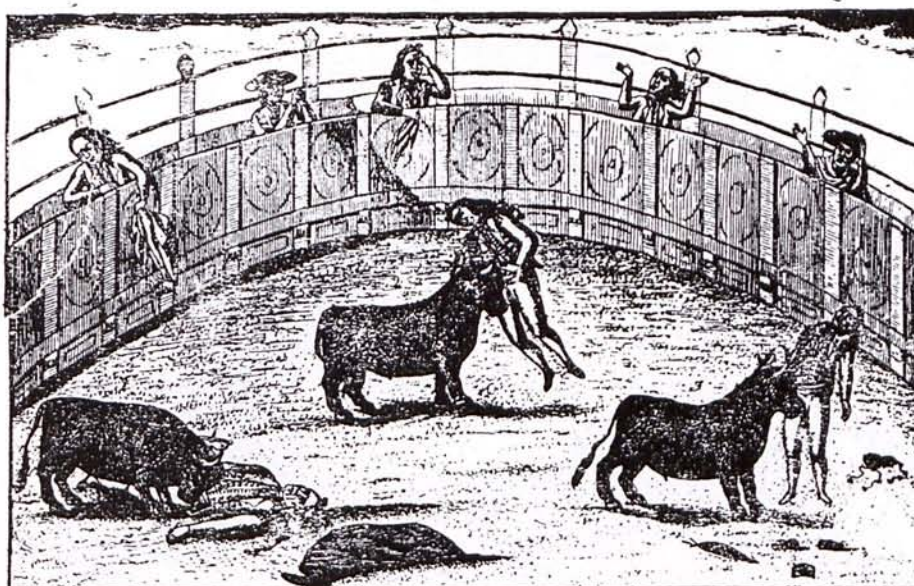
el entierro de **Yllo**. Dice Tixera que la compasión que había despertado su muerte «se renovó en la mañana de hoy por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Ginés en que fue sepultado y conducido con una laudable y edificante procesión dispuesta por la gratitud de su amado discípulo e inseparable compañero Antonio de los Santos» (13).

La pregunta que se suscita es inmediata: ¿por qué se enterró a **Yllo** precisamente en la parroquia de San Ginés? El texto de la partida de defunción nos dice que se le enterró en tal parroquia porque «vivía como transeúnte calle del Carmen, casa posada mesón, número 25». Esta condición de transeúnte, como se puede ver, queda bien patente en el margen izquierdo del documento, que con su lenguaje nos suministra datos precisos e inéditos, según creo: que «murió a las cinco de la tarde», y que la conducción del cadáver tuvo lugar «á las diez de la mañana del día trece».

Hay otro punto en esta partida que la muestra en abierta contradicción con los datos contenidos en la narración de Tixera y en la carta de la reina María Luisa: los Auxilios Espirituales que se prestaron **Yllo** en sus últimos momentos. Tixera nos ha dicho que «se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles a la piedad más religiosa». Por su parte, la reina dice «q.^e quedó de una sola cornada muerto allí mismo sin q.^e la Uncion llegase a tp.^o». Finalmente, la partida de defunción precisa sin lugar a dudas que «no recibió mas Sacram.^o que el de la Extrema Uncion, á causa de su pronta muerte». Por mi parte, me inclino a creer que la verdad se encuentra en este último documento, tan escueto y claro.

Se puede explicar la postura de Tixera, su afán de creer —o hacer creer, que es peor— que **Yllo** había recibido todos los Sacramentos, si tenemos en cuenta la mentalidad de la época, que a veces se excedía en demostrar ostensiblemente su fervor con actos externos o que los hacían aparecer como tales. En este caso que nos ocupa les atañía a cuantos rodearon a **Yllo**.

Por otra parte, se debe tener en cuenta la posibilidad de que la persona o personas que dieron cuenta a la reina de lo ocurrido se vieran impedidas de comprobar este punto, dada la premura con que sin duda se hubo de proceder. Téngase en cuenta que la cogida se produjo a las cinco de la



Las tres posiciones de la cogida de Pepe-Illo, según la estampa que se anunció en la Gazeta del 9 de junio de 1801.

tarde del día 11, y que ese mismo día, o por la mañana del 12 la reina había recibido en el Real Sitio de Aranjuez la noticia de la desgracia acaecida al torero.

Me voy a ocupar ahora de un punto oscuro por demás, pese a las diversas averiguaciones que he tratado de efectuar; me refiero al lugar del enterramiento de **Yllo**, aunque mejor sería hablar de **sus enterramientos**, porque todo me lleva a suponer este extremo.

Partamos de un punto poco conocido, al que ni Mesonero Romanos ni Fernández de los Ríos hacen referencia clara (14): en el edificio de la iglesia de San Ginés coexisten, desde mediados del siglo XVII, la parroquia y la Real e Ilustre Congregación del Santísimo Cristo de San Ginés (15). Desde este punto recordemos que en la partida de defunción se dice clarísimamente que se le condujo «á enterrar en esta Igl.^a», como estaba dentro de las costumbres de la época, pero no se precisa más. Hay que suponer que fue en el interior más que en la lonja de entrada, que también era cementerio, mas carezco de otros datos. No quiero dejar de traer aquí una noticia que debo a la gentileza del actual párroco de San Ginés, don José Ignacio Marín Núñez de Prado, quien me ha referido una tradición, según la cual en el pasado siglo se veía en el muro que hay tras el cancel, y a la izquierda de la pila de agua bendita situada bajo el lienzo de la Virgen de la Paloma, un azulejo con la inscripción que sigue: «En el cementerio de ésta iglesia está sepultado D. José Delgado Pepe-Hillo, matador de toros». El párroco, según me dijo, conocía esta noticia por el ya fallecido don Pedro Palomeque, industrial aledaño, quien la había escuchado de labios de su padre, en vida del cual existía el tal azulejo.

Esta noticia no agrega nada a nuestro intento, si no es el confirmar que, cuando ya va de vencida el siglo XIX, se conservaba clara la idea de que **Yllo** sigue enterrado en la iglesia. Cabe entonces suponer que los restos del torero no desaparecerían en una de las clásicas **mondas** que con regularidad se efectuaba en los cementerios de las iglesias. Hay que admitir que así sucedieron las cosas, sobre todo cuando aparece un nuevo elemento de información por demás sorprendente: una fotografía que incluye Cossío en su obra, con pie tan escueto como expresivo: «Exhumación de los restos de **Pepe-Hillo** (1933)» (16).

Hace años mostré esta foto al párroco de San Ginés, e inmediatamente identificó a uno de los dos sacerdotes que figuran en ella; este sacerdote, llamado don José Alcocer, era el año de la exhumación capellán de la cofradía del Santísimo Cristo. Aunque muy anciano —me dijo el párroco— aún vivía don José, y fui a visitarlo en la parroquia madrileña del Cristo de la Victoria, sita en la calle de Blasco de Garay. Ya se me había advertido que don José tenía la memoria casi perdida, pero pese a ello quise probar fortuna. En el rato no muy corto que estuve con él habló de muchas cosas, con la facundia que lo caracterizaba y que hacía las delicias de los parroquianos al escuchar sus homilias, pero en la cuestión del enterramiento de **Yllo** su memoria flaqueaba, aunque a mi pregunta, repetida varias veces a lo largo de la charla, contestó invariablemente «que estaba enterrado en la capilla del Santísimo Cristo», y no hubo forma de que recordara algún dato de la exhumación. Mejor que en la capilla debería haber dicho que **Yllo** estaba enterrado en la bóveda que para tal fin existe en el subsuelo, con entrada por la calle de Bordadores (17).

La foto de la exhumación nos hace suponer que fue obtenida en lugar que se puede considerar como la tal bóveda. Esto, por una parte; por otra, el que don José Alcocer estuviera presente en el acto no puede significar más que una cosa: la intervención de la Cofradía, aunque ignoro las razones causales.

Mis intentos de hallar pruebas documentales no han dado resultado, porque no existen en la parroquia. En cuanto a los posibles papeles de la Congregación, que no he visto, me tengo que limitar a repetir lo que me ha dicho muy recientemente el capellán: «no hay nada».

Asunto enrevesado. Ya es sintomático que Cossío se limitara a reproducir la foto sin hacer en el texto referencia alguna al hecho. En mis intentos de búsqueda del original de la foto tampoco he obtenido resultados, pues no es propiedad de la editorial en que se publicó la obra de Cossío; fue éste quien llevó la foto y luego la retiró. Su silencio me hace suponer que se debía a que no pudo contar con más datos de este suceso. Por mi parte, la revisión que he hecho de la prensa del año 1933 ha sido muy incompleta y negativa en lo hecho hasta ahora. Quizá una revisión detenida —que espero realizar— abra camino en este asunto



La fotografía de la exhumación de los restos de Pepe-Illo en 1933; en el centro, el sacerdote don José Alcocer.

curioso por demás, pues de encontrarse los restos de Yllo se les colocaría en lugar preciso, y los ramos de flores que llevan algunos toreros —según se me dice— podrían colocarse efectivamente sobre su tumba.

Entretanto me permito aventurar la hipótesis de que Yllo fue enterrado desde un principio en tierra propiedad de la Congregación del Santísimo Cristo, cosa que puede suponerse si tomamos al pie de la letra una frase de la partida de defunción: lo trajeron «á enterrar en esta Igl.^a», sin que se haga mención explícita a la parroquia hasta sólo

dos líneas más abajo, precisamente cuando da fe don Juan Antonio Rodríguez Calderón, que firma «como Teniente Mayor de Cura de esta Iglesia Parroquial». Cabe preguntarse, ¿se disimulaba con las palabras primeramente transcritas una cuestión de competencia celosa entre parroquia y congregación? Es muy posible. ¿La «laudable y edificante procesión» de que habla Tixera no alude a los congregantes del Santísimo Cristo? Me tengo prometido tratar de aclarar estos puntos en cuanto disponga de algún tiempo con más sosiego.

NOTAS

- (1) José María de Cossio, *Los Toros*, tomo III, págs. 221-231, sexta edición, Madrid, 1969.
- (2) *Ibidem*, pág. 228.
- (3) La carta está fechada en Aranjuez, el día 14 de mayo de 1801. Archivo del Palacio Real de Madrid. «Papeles reservados de Fernando VII», tomo 94.
- (4) El cadáver presentaba «una herida en el epigastrio inmediatamente por debajo del cartilago xiloides, de seis pulgadas de extensión, la que se hizo penetrante a la cavidad del vientre, en cuyo sitio lisió el homento, dividió la porción transversal del intestino colon, hirió el estómago en su cara posterior cerca de la pequeña corvadura, dividió enteramente el pequeño lóbulo del hígado, desde cuyo sitio se dirigió al grande lóbulo, y en él hizo un grandísimo destroz, separando todas las adherencias que tiene con el diafragma, en el que hizo una herida de tanta extensión que todo el lóbulo mayor del hígado pasó por ella a la cavidad del pecho, hiriendo también el pulmón derecho. Pasó el mediastino, dividió el pericardio, y salió la punta de una de las astas por la parte superior del pecho de uno y otro lado, produciendo dos heridas de dos pulgadas de extensión cada una, entre la segunda y tercera costillas verdaderas del lado derecho por su porción interior, y algunas por su parte media y posterior; dislocó la cuarta por su articulación vertebral; fracturó otras cuatro de las verdaderas, con una dislocación de la sexta, y habiendo dividido en todo este trayecto muchos y considerables vasos, se siguió un gran derrame sanguíneo en la cavidad vital, y en su consecuencia, se verificó la muerte momentáneamente, pues cada una de las heridas, por sí solas, era mortal» (Antonio San Martín, «Apuntes biográficos de los principales personajes de la zarzuela titulada *Pepe-Illos*. Madrid, 1870. En Cossio, ob. cit., t. III, pág. 230).
- (5) José de la Tixera, en Cossio, *ibid.*

- (6) *Gazeta de Madrid*, del martes 19 de mayo de 1801, núm. 40, pág. 492.
- (7) *Gazeta...*, del viernes 29 de mayo de 1801, núm. 44, pág. 528.
- (8) *Gazeta...*, del martes 9 de junio de 1801, núm. 50, pág. 576.
- (9) *Gazeta...*, del viernes 3 de julio de 1801, núm. 63, pág. 694.
- (10) *Gazeta...*, del viernes 1 de mayo de 1801, núm. 35, pág. 432. *La Tauromaquia o arte de torrear* se había publicado en Cádiz en 1796. Los ejemplares que se anuncian pertenecían a esta edición.
- (11) Cossio, ob. cit., t. II, pág. 60, quinta edición, Madrid, 1969.
- (12) En Cossio, ob. cit., t. III, pág. 230.
- (13) *Ibid.* Este Hospital General es el edificio en el que estuvieron hasta hace pocos años la Facultad de Medicina y el Hospital de San Carlos.
- (14) Ramón de Mesonero Romanos, «Manual de Madrid», en o. c., t. III, págs. 54-55. BAE. Ángel Fernández de los Ríos, «Guía de Madrid», págs. 292-293, Madrid, 1876, 3.ª ed. facsimilar, Madrid, 1976.
- (15) Fue fundada esta Congregación el año 1651, ya «existía en una capillita situada a los pies de la nave del Evangelio de esta Iglesia» (Miguel Kreisler Padin, «Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés», en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, año VI, julio, 1929, núm. XXIII, pág. 333).
- (16) Cossio, ob. cit., t. III, pág. 230.
- (17) «Aquel mismo año (1666) parece que surgió la idea de adquirir el terreno para labrar una bóveda donde enterrar a los congregantes difuntos y celebrar los ejercicios, que andando el tiempo hubieron de hacerse tan populares en la Villa y Corte.» (Kreisler, ob. cit., pág. 335).

EL CENTRO CULTURAL VILLA DE MADRID, EN 1979

Por Eduardo HUERTAS VAZQUEZ

HACE aproximadamente, dos años y medio, un telón de agua bronco, decidido, inmisericorde, anunció al pueblo de Madrid que una insólita función iba a comenzar. Sin, apenas, calentar motores ni adecuada puesta a punto, se abría, entre arrogante y medroso, el también insólito Centro Cultural de la Villa de Madrid, en el día 15 de mayo de 1977. Infantiles jardines, masas acorazadas en sus lomos. Y en el corazón de la tierra, donde Colón, el Almirante, hinca, con firmeza, sus pies y su triunfo, un constante rumor de colmena, múltiple, polícromo, que da fe de un ininterrumpido trabajo en los dominios del Arte y de la Cultura. Y es que tanto se ha introducido el Centro Cultural en el corazón de los madrileños y de los visitantes, de los espectadores y de los creadores, que malamente se puede concebir al Madrid espectacular sin el Centro Cultural. Para bien o para mal, —porque nunca llueve a gusto de todos—, ahí están los trabajos de su «fragua bajo las aguas» multiformes, varios, de cuyo último crucero natural, el año 1979, vamos a dar noticia rápida y somera.

Fácil por su centrada ubicación, escandalosamente asequible para todos por el precio de las localidades, a la mitad y a un tercio del precio de mercado, de pingües ren-





dimientos por la largueza de sus porcentajes, cómodos para todos, el Centro Cultural sigue pugnando por realizar su vocación de servicio público y por encontrar la senda de una auténtica cultura popular, que, sin menoscabo de la calidad, pueda ser fácilmente comprendida y degustada por todos.

Cinco salas, como siempre, ha puesto el Centro Cultural a disposición del ciudadano espectador y creador. Su auditorio cómodo, elegante, fácil. La sala segunda, mimada en su penumbra, como un estuche de maderas nobles. Y las tres salas de exposiciones, descarnadas, informes, con el hormigón a flor de piel.

El teatro ha sido, durante el año 1979, la actividad cultural que mayor grosor ha tenido. Obras, casi todas, de autores españoles. Durante los tres primeros meses del año «Angelina o el honor de un brigadier», de Jardiel Poncela, siguió atrayendo al Centro a un público generoso que aplaudió el humor del autor, la buena interpretación y la brillantez de su puesta en escena. A esta pieza siguió otra de autor es-

pañol contemporáneo. Nos referimos a «El extraño mundo de Nacho Larrañaga», de Torcuato Luca de Tena, interpretada y dirigida por el argentino Guillermo Gencile. Desgraciadamente, esta obra marcó un desnivel claro con la anterior, especialmente en cuanto a la afluencia de público, que fue evidentemente escasa. Otra vez, pasado el maratón estival de zarzuela, nos encontramos con una obra de autor español que, desde hace bastantes años, no ha subido a un escenario. Y tuvo suerte «La Señorita de Trévez», de Carlos Arniches, pues el público la acogió con agradecida asistencia. Especialmente por la cabecera del elenco. Irene Gutiérrez Caba y Antonio Garisa tienen un fuerte tirón.

En las postrimerías del año, el Centro Cultural se dispone a preparar el tercer centenario del más sublime de los dramaturgos españoles, el madrileño Pedro Calderón de la Barca. Y es el eminente actor Fernando Fernán Gómez, el que pone en escena e interpreta, con su habitual magistralía, «El Alcalde de Zalamea». Mejor pórtico para un centenario de un autor madrileño y

en un local de un Ayuntamiento democrático, imposible. El Centro Cultural de la Villa pone esta primera piedra, con antelación suficiente, al gran edificio del Centenario calderoniano que, el Ayuntamiento, antes y más que nadie, debe construir. Pues madrileños como Calderón de la Barca, hay muy pocos.

Y pues que en celebraciones estamos, otras dos han tenido lugar en el Centro Cultural. Manuel Canseco hizo un precioso espectáculo, dramatizando, con finura, la vida y las coplas de Jorge Manrique, en el V Centenario de su muerte, «Recuerde el alma dormida...». Otro tanto ha hecho, en este aspecto, Antonio Guirau con el apropiado espectáculo dramático-musical «Antonio Machado. Retrato de un poeta», a los 40 años de su muerte. Este espectáculo tuvo una excelente acogida entre los escolares, que, a raudales, acudían al Centro Cultural por la evidente vertiente pedagógica que tenía el espectáculo.

Otras tres muestras heterogéneas de buen teatro. «Un día es un día. Los sobrevivientes», del dramaturgo

actual español Jorge Díaz. I Premio del Festival Internacional de Teatro Universitario de París. «Magrinyana», pieza dramático-musical, en la línea del Roy Hart, puesta en escena por el Brau Theatre. Y «¿Conoce usted la vía láctea?» de Warl Wittinger, por la Cooperativa cántabra «Caroca».

En el verano, como en años anteriores, el Centro Cultural realiza el Gran Festival de Zarzuela. Su éxito de público fue absoluto, a pesar de la competencia oficial del Teatro de la Zarzuela y de la oficiosa del festival de la Plaza de Toros de Las Ventas. Este año el festival estival de zarzuela estuvo dividido en dos ciclos. El primero lo realizó la Compañía Lírica Española, dirigida por Antonio Amengual. Doce piezas de los mejores maestros y libretistas puso en pie esta Compañía. Entre ellas dos óperas. La clásica «Marina», de Camprodón y Arrieta, y la poco conocida ópera cómica «Don Gil de Alcalá», del maestro Penella. El segundo ciclo lo llevó a efecto la Compañía Lírica «Isaac Albéniz», dirigida por Angel F. Montesinos. Siete títulos aparecieron en cartelera. Entre ellos, en repetición del año anterior, las dos famosas operetas de Franz Lehar «La viuda alegre» y «El conde de Luxemburgo» y la reposición de «La Calesera», del Maestro Alonso.

A escala más reducida y como experimento cara al gran público, han tenido lugar en la Sala segunda del Centro Cultural dos acontecimientos significativos en el dominio del arte lírico. El Primer Ciclo de ópera popular y el Concierto Antológico de ópera española e italiana. Estructurados ambos sobre la base de recitales, excelentes cantantes de ópera han tenido a bien ofrecer al público los más famosos y asequibles pasajes de la historia de la ópera, al popular precio de ciento cincuenta pesetas.

La actividad cultural para niños ha sido en este año particularmente amplia y variada. Era el Año Internacional del Niño. Se han desarrollado a lo largo del curso dos campañas importantes por su marcada proyección pedagógica en el campo de la actividad cultural infantil. La muy cuidada III Campaña de iniciación a la música ha ofrecido a los escolares más de setenta conciertos, por la Orquesta «Collegium Musicum». Todas ellas comentadas y explicadas, gratuitas y en horas lecti-



vas de la semana. En el mismo sentido, también el Teatro Municipal Infantil ha dado cerca de cuarenta sesiones gratuitas para colegios, de la obra de teatro «Los Payasos», sobre textos de Juan de la Encina y Antonio Machado, dirigida por Antonio Guirau. Dos obras infantiles de Jorge Díaz «Cara sucia» y «El Mariscalito» fueron puestas en pie por el Grupo Los Trabalenguas, bajo la dirección de Alberto Miralles. Dos espectáculos variados de ballets, hechos por niños, el de Marieli Merino y el de Rosa M.^a Blanco.

Y entre espectáculos mixtos de música y teatro, mimo y pantomima, circo, payasos, guiñol, acordeón, la «Semana de la magia» y las «Jornadas sobre el niño, la cultura y el tiempo libre» fue transcurriendo fecundamente el año cultural infantil en el Centro. De él queremos reseñar, para terminar, la celebración, durante una semana, de las Jornadas de cine y mimo para niños sordos, y la Muestra Internacional de Cine para niños que se desarrolló durante quince sesiones en la que se mostraron películas de los más importantes países del mundo. Y, nuevamente, con «El Carro Trota mundos», el Teatro Municipal Infantil comienza su cruce que terminará a final de curso, como toda actividad escolar. Este teatro es una actividad escolar más, sin lugar a dudas.

También, en este año, el Centro Cultural ha concelebrado con otras entidades el aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En tres campos de cultura ha tenido lugar la celebración. Una exposición de pintura, una semana de cine y un Symposium Internacional, organizado por el Centro de Estudios Constitucionales. El núcleo, la atención y la preocupación de todo ello era, en efecto, los derechos humanos.

En el dominio de la actividad musical, el Centro Cultural se ha diversificado hasta el infinito. Tantos, tan variados y vertiginosos han sido los conciertos y recitales que han navegado por sus salas. La música y los intérpretes de América del Norte y del Sur, de Europa Oriental y Occidental, de la España de arriba, de abajo y del centro. Imposible reseñarlos todos.

Como en años anteriores, la Banda Municipal, única en su género, ha desgranado con su habitual seguridad, sus espléndidos conciertos en las frías matinales del invierno. Todo madrileño ha tenido oportunidad de escuchar los más inusitados conjuntos e intérpretes de música clásica. El famoso Trío de Moscú, el organista americano Ed Galley, maestro de todos los estilos, el joven pianista Andreas Pistorias, en el XXX Aniversario de la República Democrática Alemana, el pia-



nista polaco, ciego, Edwain Kowalick, especialista en Chopin y moderna música polaca, el norteamericano Frederick Marvin, en el Aniversario del Padre Soler, el soviético B. Petrushanski, excepcional intérprete de los más difíciles compositores rusos. Y el Maestro del violín H. Shering cerrando el ciclo de conferencias y grabaciones de Beethoven.

Y en émula hermandad con la música clásica, todas las especies musicales de ayer y de hoy, de acá y de allá. Abundante Jazz, Cante jondo, Rock, folk, country, negros espirituales en homenaje a Gershwin, canción melódica española y de los pueblos, gentes y regiones. Y la rica música de los pueblos hispánicos de América en todos sus niveles y variedades. Las guitarras, las arpas, el laúd, la bandurria, la flauta india y la quena... Pablo Neruda, siempre presente, en las cantatas populares en ritmos folklóricos. «Los Libertadores» y «Los versos del Capitán».

La atención a la divulgación científica y humanística también ha tenido cabida en las actividades del Centro. El Aula Municipal de Cultura ha desarrollado su cuidado curso, en conexión con el Instituto de Estudios Madrileños. El tema de la historia de Madrid, especialmente ceñido al Siglo XVIII y XIX, ha sido tratado desde distintos ángulos

por profesores especializados e investigadores de prestigio. También la Asociación de Escritores y Artistas ha dado un curso completo, que abarcó los diversos dominios del arte y la literatura. Y otras muchas conferencias y coloquios sobre los más diferentes temas del campo de las Ciencias Humanas, sobresaliendo el Symposium Internacional sobre los Derechos del Hombre, organizado por el Centro de Estudios Constitucionales. Y los ciclos de conferencias, con diapositivas y audiciones, sobre Beethoven y G. Mahler, llevados con exquisito pulso por el Profesor Machado de Castro.

Igualmente, el dominio más estrictamente científico y técnico tuvo también su presencia en el Centro Cultural. Como ejemplos, es suficiente entresacar muestras tan dispares como las apasionantes jornadas sobre el «Tráfico y el Transporte público en Madrid» organizadas por OCIDUR, y el Symposium Internacional sobre las lesiones de la rodilla, organizado por Mapfre. La semana de coloquios sobre el problema energético en España o el pequeño y gracioso ciclo sobre el futuro de la fiesta nacional de los toros.

Actividades del más insospechado cuño han tenido lugar, durante el año, en el Centro Cultural, que no pueden ser ni meramente reseñadas. En cine, por ejemplo, campo en que la actividad no ha sido

grande, se ha estrenado en el Centro la película rusa «Maratón de Otoño», Primer Premio del Festival Internacional de San Sebastián 1979. También, como continuación al año anterior, se ha desarrollado el Segundo Ciclo de Cine Internacional Amateur, con una programación excelente y ubérrima.

Las Artes Plásticas han llenado las tres Salas de exposiciones sin apenas espacio. La irregularidad de especies tiene su causa en los compromisos nacionales e internacionales. Como es casi habitual, la exposición de nacimientos y de libros infantiles y juveniles, con actividades anexas, abren y cierran el año con algarabía juvenil desbordante. También en estos actos el Año Internacional del Niño ha tenido sus celebraciones. Una Exposición Internacional de pintura infantil, organizada por AMADE. La gran muestra, organizada por el Colegio de Arquitectos, «Madrid visto por los niños» testificó verdaderas visiones de la ciudad y auténticas obras de arte. Y una tercera, también infantil, con un marcado sentido pedagógico, organizado por el Colegio Senara.

Sin duda, la muestra más monumental y completa de todas ha sido la exposición antológica del gran muralista mexicano José Clemente Orozco, organizada por el Centro Iberoamericano de Cooperación. Y la más pedagógica y científica, significativa por su rareza, fue la exposición que montó Kodak Internacional con el nombre «El descubrimiento del cuerpo humano».

Todas las técnicas, todos los estilos, todas las especies plásticas, españolas y extranjeras, han desfilado por la áspera pasarela de hormigón de las Salas de Exposiciones del Centro Cultural.

El Centro Cultural de la Villa sigue su rumbo sin pestañear, contra todos los vientos y todas las mareas. Porque, en arte, hay gustos para todos. El Centro Cultural, sin lugar a duda, se ha creado una personalidad muy peculiar, que se ha abierto paso en la cotidianeidad de los madrileños, haciéndose connatural a ellos. Pues, hoy por hoy, el Centro Cultural atrae, aglutina, facilita las relaciones de convivencia ciudadana y gratifica la estancia de nuestros visitantes foráneos. Madrid siempre ha sido una ciudad agradecida y acogedora. Y esto lo testifica, sin duda, el Centro Cultural de la Villa.



RESPUESTA MULTITUDINARIA A UNA INICIATIVA MUNICIPAL

*Del 1 al 9 de diciembre se celebró
la Semana Popular del Árbol*

Durante la Semana Popular del Árbol, 20.000 madrileños entusiastas se lanzaban a los desmontes que rodean la M-30 en un ejercicio colectivo de reparación de culpas y de penitencia ecológica, cuyas causas más inmediatas habría que buscarlas en el hecho de vivir en una aglomeración urbana que desde hace muchos años ha declarado la guerra a los peatones, a los niños y a los árboles.

Antonio de Miguel Gil

Fotos: Manuel López Rodríguez

«En la larga historia de España se encuentran múltiples manifestaciones que demuestran interés por el árbol». Así comenzaba el folleto explicativo editado por el Ayuntamiento con motivo de esta Semana. Continuaba: «... Como también durante siglos se han producido destrucciones masivas que provocaron el empobrecimiento de la población y la emigración masiva». Este indómito espíritu arborícola del español hacía necesario el cerrar dicho folleto con la siguiente frase: «Es injusto que los árboles, que todo nos lo dan sin pedirnos nada, tengan necesidad de guardas que los protejan. Cada madrileño tiene que ser el defensor y guarda de sus propios árboles». Consideración que resultaría insólita dirigida a los ciudadanos de Hamburgo o de Berna, pero que en Madrid se nos antoja particularmente realista.

Sin embargo, existen antecedentes alentadores en el mismo Madrid. Ya el 26 de mayo de 1896 se celebró, la primera Fiesta del Árbol, que organizaron el Ayuntamiento y la Diputación. En aquella ocasión, 4.000 escolares repoblaron el «Cerro del Centinela», cercano a la colonia Prosperidad. A partir de entonces se crearon en numerosas localidades sociedades de Amigos del Árbol y, en 1915, se declaró la celebración del Día del Árbol oficial y obligatoria para todos los municipios del país.

La potenciación de una Semana del Árbol que pusiera en juego a gran parte del aparato municipal lograra la movilización popular —no sólo simbólica— fue una preocupación constante de la corporación municipal surgida el 3 de abril de 1979. Y dentro de esta semana se consideró desde un principio objetivo prioritario la forestación de la M-30, principal arteria viaria de Madrid. Ya en agosto, en un informe preliminar del primer Teniente de Alcalde, Ramón Tamames, se describía la situación de esta vía en un tono no exento de cierto aliento literario:

«... La forestación y embellecimiento del cauce de la M-30 se presenta como una de las primeras operaciones a realizar, puesto que una cifra entre 500 y 800.000 madrileños que diariamente transcurren en sus vehículos por un segmento más o menos largo de la citada vía, contemplan el paisaje descarnado de la mayor parte de sus taludes y la rala vegetación, cuando existe, completamente agostada en el verano, lo cual da una perspectiva entre ciudad tercermundista y paisaje de gran aridez difícilmente imaginable en lo que ya prácticamente es la primera vía de circulación de Madrid.»

El recorrido de norte a sur provocaba en el munícipe desoladoras conclusiones:

«... Pasado el puente de Ramón y Cajal todo el margen izquierdo del llamado parque de San Juan Bautista presenta un aspecto lamentable, en taludes que prácticamente son vertederos, sin otro recubrimiento vegetal que los yerbajos completamente agostados.»

«... Otro tanto puede decirse del área que media entre el puente de Moratalaz y el de la autopista de Valencia. A partir de este último, se inicia el paso elevado sobre la Avenida de la Albufera, que es sin duda una de las zonas más atormentadas de la M-30, con todo su paisaje urbano de ciudad carcomida en el llamado Barrio de las Adelfas (a la derecha de la dirección de la marcha...)»

La importancia concedida a la forestación de la M-30 dentro de la Semana del Árbol quedaba de manifiesto al destinar a



ella 17.000 de los 32.000 árboles plantados en toda la ciudad, así como al haberles dedicado a esta labor el fin de semana. Con la ambiciosa operación de la M-30 —que exigía un complejo planteamiento logístico— iba a culminar la Semana que había inaugurado el Alcalde plantando su árbol el 1 de diciembre en la Ciudad Pegaso.

Hubieron de elegirse, en primer lugar, las especies a plantar —alternando las de hoja caduca con las de hoja perenne—, que fueron proporcionadas por ICONA y por la Diputación Provincial. El césped, una solución aparente y decorativa utilizada a veces por las urbanizadoras para cubrir las apariencias, se deshechó desde un

principio; imposible convertir la reseca llanura madrileña en un «green» inglés, costoso de mantener y de nula utilidad para el ciudadano.

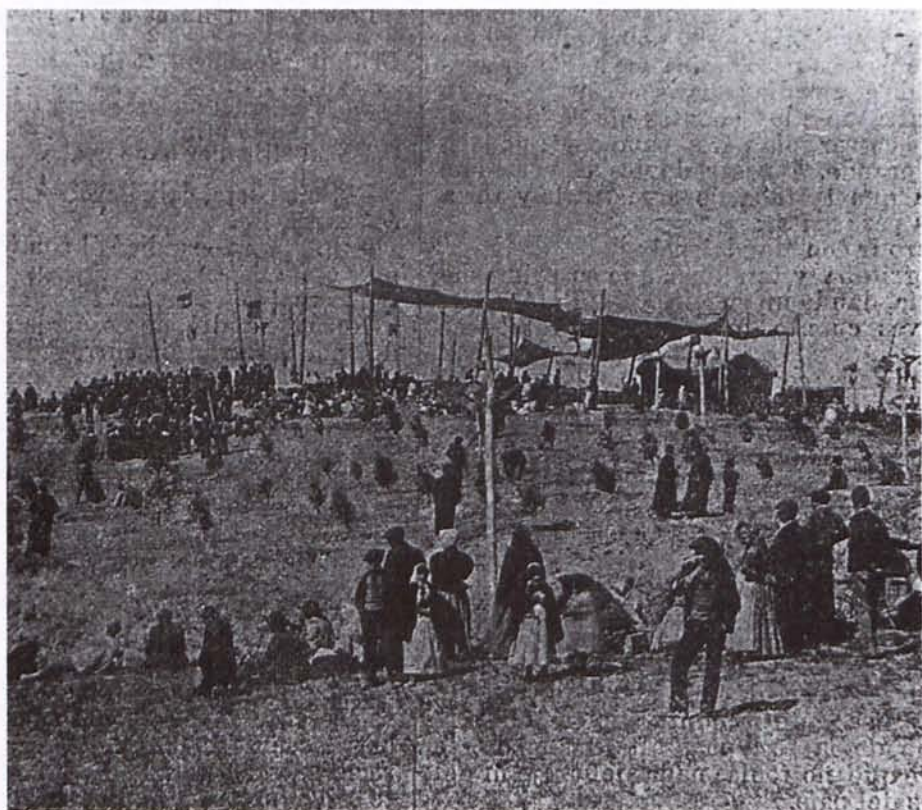
El MOPU colaboró en la preparación de los terrenos y en la instalación de los conductos de agua para el posterior riego. Como afirmaba algún malintencionado: «No vaya a pasar como el año pasado, que se plantaron árboles donde no existían bocas de riego y ya no quedan ni las raíces». La Cruz Roja puso en juego un dispositivo de apoyo que incluía puestos de socorro en los seis puntos de actuación.

Las 30 parcelas en las que se plantaron los 17.000 árboles habían sido escogidas —tras exhaustivos estudios técnicos y su



1. Plantan lo los árboles.—2. Esperando la merienda.—3. El Cerro del Centinola.—4. El reparto de las provisiones.—5. La merienda.—6. Grupo de bebedores.
7. SS. AA. HH. las infantas D.^a Isabel y D.^a Eulalia disponiéndose a plantar un árbol en representación de S. M. el Rey.
(Del natural, por Comila.)

El primer Día del Arbol (1896), en la «Ilustración Española y Americana».



Aspecto del campo.



La Fiesta del Arbol.—Pabellón de Honor.—Grupo del elementol oficial.

A finales del siglo pasado, la Fiesta del Arbol alcanzó entusiasta concurrencia popular, no faltando las autoridades. (Fotografías de «Nuevo Mundo»).

posterior dotación de servicios de riego— por su fácil acceso para los vecinos, acceso al que coadyuvó la puesta en servicio de varios autobuses municipales que trasladaban a los vecinos de cada distrito al nudo de la M-30 correspondiente. Frente a la impericia de algunos quedaba el recurso de los más de 100 empleados de Parques y Jardines que se prestaron voluntariamente para asesorar a los vecinos a lo largo de la única jornada, ya que estando previstos el sábado y domingo, días 8 y 9, para la plantación, en la mañana del sábado ya se habían agotado las existencias, por lo que el domingo no se trabajó. Hubo hasta exceso de celo; los vecinos de Vallecas, habiendo plantado en poco tiempo la parcela que correspondía a su distrito, se dirigieron a las restantes para «echar una mano», llevados de un loable furor ecológico.

Notable fue también la aparición de una expedición llegada del distrito de Latina —por el que no pasa la M-30—, capitaneada por el presidente de la Junta de Distrito. El delegado de Obras y Servicios, Juan Claudio de Ramón, escrutaba el cielo de Madrid, encapotado durante toda la mañana, pero que no rompió a llover hasta que hubo finalizado la febril actividad plantadora: «El tiempo ha estado con nosotros. También lo teníamos planeado», sentenció ante los periodistas.

Alrededor de la una llegaba al nudo de O'Donnell el Alcalde, Enrique Tierno, acompañado del Ministro de Cultura de Nicaragua, el combativo poeta Ernesto Cardenal. Mientras tanto, miembros de la asociación ecologista AEPDEN repartían furibundas excomuniones ecológicas a los desgraciados que se dedicaban a grabar fechas y nombres en la joven corteza de los plantones. Frustraban así las expectativas de las últimas parejas romántico-arbóreas.

En menos de cuatro horas se habían cubierto los objetivos previstos para dos jornadas de trabajo. Y lo más importante de todo: la participación vecinal superó todas las previsiones municipales. La Semana del Árbol había hecho así honor al calificativo de Popular.

No podía ser de otra manera. Los madrileños, arborícolas convictos y confesos, redimían culpas propias o ajenas en los descampados de la M-30, rodeados de un paisaje urbano amenazador, cuyos perniciosos efectos ambientales pueden ser paliados con iniciativas como la de la I Semana Popular del Árbol, que gozan de apoyo ciudadano y que deben institucionalizarse con criterios de continuidad.

Como afirmaba al final de la jornada un empleado de Parques y Jardines con lacerante mesetario: «No ha ido mal, no ha ido mal...»

LA FIESTA DE SANTIAGO EL VERDE ROMERIA DEL SOTILLO

Por Francisco VEGA DIAZ



Madrid al fondo, Puente de Segovia en el centro. A la derecha islote del Sotillo. En primer plano, llegada de la carroza real con trompeteros y clarineros en dirección al Puente de Segovia en acto oficial a juzgar por la comitiva y las fuerzas militares que la preceden. Grabado del siglo XVII, de autor desconocido.

Al Instituto de Estudios Madrileños

EL Madrid de los siglos XVI, XVII y XVIII, especialmente el del XVII, se aprovecha de los beneficios de la capitalidad y sufre sus consecuencias. Es esa capitalidad, con todas sus prerrogativas de mezcolanza social (Maravall), lo que ha dado a las fiestas de Madrid enjundia y bullanguería. Allí el plebeyo soñó con la grandeza y el aristócrata y el cortesano noble gozaron descendiendo a nivel popular (Deleito). Y como el primero no sabía mantenerse en un sitio para el que no estaba dotado, y el segundo sólo de chirigota podía hacerse pasar por pobre, el resultado fue la aparición de la populachería. A esto contribuyó más el segundo que el primero, porque la

única manera de simular un nivel social bajo, está en exagerar la apariencia de plebeyez; que eso es lo populachero: «propio para halagar al populacho, o para ser comprendido y estimado por él» (Dicc. Leng. Esp., Real Acad.). Corte, nobleza y pueblo construyeron, sobre todo bajo el reinado de Felipe IV, el amasijo que fueron los festejos populares en Madrid. Cuando Deleito puso a un libro el título de «*También el pueblo se divierte*» dio en el quid de la vida madrileña, solamente con utilizar el adverbio *también*; no sólo se divertían los ricos merodeadores de la realeza, sino las gentes de toda la escala social; y en algunas ocasiones muy conjuntamente.

En Madrid y durante siglos no hubo feria importante sin fiesta simultánea. Pero hubo muchas fiestas que no se acompañaban de feria. Esto todavía sucede por los barrios. No obstante, lo que en Madrid hoy se llama feria, de lo que es paradigma la de San Isidro, ha perdido un noventa y nueve por ciento de su contenido festivo.

De las fiestas de Madrid se han ocupado muchos autores cuya relación sería interminable. Ellas dieron musa literaria, entre los clásicos, a Lope de Vega, Francisco Quintana, Calderón, Quevedo, Rojas y otros. Jerónimo de la Quintana, Almansa y Mendoza, Quiñones de Benavente, Barrionuevo, León Pinelo, Remiro de Navarra, Brunel, Castillo de Solórzano, Juan de Zabaleta, etc., nos han aportado datos numerosos para su estudio documen-



Tipos de Madrid con vestimenta del siglo XVII. En el centro del río el Sotillo con arbolado. El Puente de Segovia junto a las piernas del varón. Al fondo Madrid. Los trajes permiten hacerse una idea de las galas con que se asistía a la fiesta de Santiago el Verde.

ción característica, a la sociedad barroca, porque responden a las circunstancias de la misma». Más adelante volveré sobre este tema.

* * *

Entre las fiestas del Madrid de los siglos XVI al XIX las había netamente religiosas, religioso-profanas y sólo profanas. Veamos una sucinta relación general, sin seguir orden cronológico ni de categorías:

1) La del Molino de Viento (siglo XVII). 2) La de Migas Calientes (siglos XVII y XVIII). 3) La de San Antonio el Grande o Abad, en Madrid San Antón. 4) La de San Blás. 5) Las Carnestolendas (mascaradas y moji-gangas), con las bromas de Carnaval y, como colofón, el Entierro de la Sardina. 6) La fiesta o romería del Trápillo. 7) La de Santiago el Verde. 8) La de las Mayas de la Cruz de Mayo. 9) La de las mayas y los mayos de todo ese mes. 10) Nuestra Señora de Atocha. 11) San Juan Bautista. 12) San Isidro Labrador. 13) San Antonio de Padua o Lisboa, aquí de la Florida. 14) La del Santo Angel de la Guarda. 15) La de San Pedro Apóstol, y otras fiestas que relata sucintamente

tal. Entre los modernos, Fernández de los Ríos, Carlos Ortí, Mesonero Romanos, Répide y más especialmente G. de Amezúa, Deleito, Piñuela, Sáinz de Robles, Herrero García, Maravall, Romero, Viñas Mey, Caro Baroja y otros.

Muchas de las fiestas principales del Madrid de las épocas anteriores a la irrupción del actual transporte motorizado podían, en cuanto a la localización de sus actos profanos, ser entendidas como ribereñas del Manzanares y primaverales. Para máximo solaz y más sana alegría, la gente huía del centro callejero de aquella ciudad seca,

relativamente pequeña, por comparación con la actual, en dirección al Manzanares con sus verdores. Eran, pues, fiestas que necesitaban del frescor ambiental del río para disfrute de los romeros, que bailaban los llamados «bailes del río» (Cotarelo). En su magnífica interpretación de la España del barroco, dice Maravall que «la fiesta, aunque se realice en un lugar campestre, próximo o relacionado con la ciudad... supone, en cualquier caso, la conexión con un medio urbano, respondiendo a los aspectos sociales del barroco». Y en otro lugar: «Las fiestas van ligadas, como manifesta-

La ciudad de Madrid Capital del Reino de España. A la derecha, en el medio del río Manzanares, el Sotillo arbolado. Grabado del siglo XVIII.





Madrid. Ciudad Capital del Reyno d'España y Real Corte de los Reyes Católicos. Vista desde la puente de Segovia. Grabador Marx Abraham Ruprecht (... 1733-1800). En el título hay un error de perspectiva ya que el primer plano lo constituyen los terrenos de la Casa de Campo con sus caminos y el Puente de Segovia, que cruza el río está a la derecha; más a la derecha, la isla del Sotillo. Coche de finales del siglo XVII con tres troncos de caballos haciendo juego de color, ligeramente enjaezados. A finales del XVI y comienzos del XVII el palafrenero montaba el caballo a la derecha del primer tronco. El coche ya llevaba pescante (siglo XVII).

a pie de página Deleito. Rodríguez Solís habla de otras tres de las que conozco pocos detalles: la romería de la Cara de Dios, la del Cristo de los Traperos y la del Cristo de Rivas, ésta colindante con Madrid. Muchas de ellas eran, y algunas siguen siendo, las de los barrios madrileños con sus advocaciones y verbenas. Las que llevan nombre de santo eran, en su mayoría,

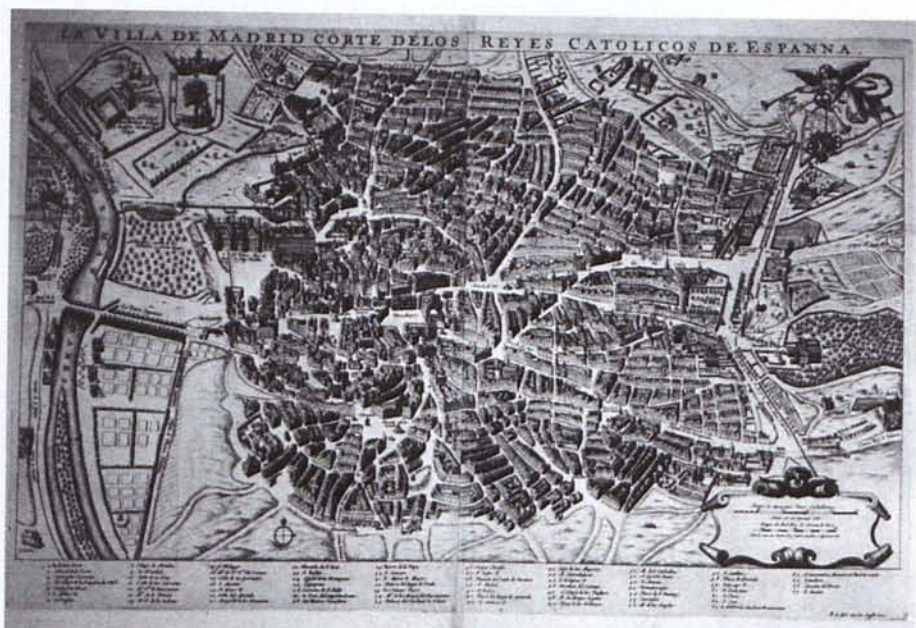
religioso-profanas; algunas puramente religiosas como la de Nuestra Señora de Atocha. Las otras única o predominantemente profanas.

De estas fiestas persisten, aún cálidas, aunque adaptadas al tiempo actual, las de San Isidro y San Antonio de la Florida; han desaparecido la del Molino de Viento, la de Migas Calientes, la del Trapillo, la de Santiago

el Verde, la de las «Mayas», la de San Juan, y otras, de la mayoría de las cuales los madrileños de hoy no han oído ni hablar; por esta razón deberían ser incluidas en lo que Sampelayo llama «diccionario del Madrid perdido». En trance de desaparición están las Carnestolendas que sólo se celebran ya en locales cerrados y en el interior de las casas, y el En-



Vista de la ciudad de Madrid. En el río Manzanares, con bastante caudal, barcas e incluso veleros. A la derecha islote del Sotillo. Vestimenta de la época. Grabado de autor desconocido, siglo XVII.



La Villa de Madrid Corte de los Reyes Católicos de España. En el ángulo inferior izquierdo el gran Sotillo, en el río Manzanares. Poco más arriba el Puente de Segovia. «La Galerie Agreeable du Monde...» Leide. Pierre Vandez Aa.

tierra de la Sordina con el miércoles de Ceniza, que ingenua y castizamente todavía hace renacer anualmente un puñado de entusiastas encabezados por el pintor y anticuario Serafín Villén, feliz de poder conservar la tradición. Las de los santos advocados en los barrios son hoy simples verbenas, unas localizadas y varias centralizadas en lugares determinados para evitar problemas de tráfico y, según se ha dicho, para eludir ruidos callejeros, en la ciudad que proporcionalmente y sin necesidad de fiestas, más ruidos de motores tiene en el mundo.

Como mera introducción a la descripción de la de Santiago el Verde, voy a referirme, muy por alto, a algunas de esas fiestas, quizá las más famosas.

a) La de San Antón tenía lugar en la zona de la calle de Hortaleza, antes camino de Hortaleza. Solía celebrarse delante de la iglesia de los Escolapios y hubo tiempos en los que, al decir de Répide, era una fiesta interesante y bravía que conducía a un espectáculo poco edificante y bárbaro, «como una saturnal o como un aquelarre», a pesar de que la gente bebía las aguas milagrosas de Santa Polonia (Santa Apolonia de Alejandría). En ella se celebraba la coronación de los cochinos, tan violenta como escandalosa. Desde finales del siglo XVIII ha evolucionado hacia un simple desfile, para recibir la bendición de animales ataviados que todavía perdura.

b) La de San Blas se celebraba el día 3 de febrero en el entonces piadoso

Cerrillo de San Blas, donde hoy está el Observatorio Astronómico y estuvieron la Escuela de Caminos y el Instituto Cajal. Como San Blas era solicitado para curar las enfermedades de la garganta, la gente cantaba:

«Si a la ermita de San Blas
vas a coger la verbenas,
pedirás que la garganta
el Santo te ponga buena.»

c) La romería del Trapillo (del Trapo la llama Remiro de Navarra), el 25 de abril. Ya primaveral, dedicada en un comienzo al evangelista San Marcos, tenía lugar en una pradera llamada Los Castillejos, en los alrededores de una ermita que estaba entonces en el Portillo de Fuencarral o Puerta de Santo Domingo, al final de la calle de San Bernardo, donde ahora está la Glorieta de Quevedo y empieza la calle de Bravo Murillo. Era una romería concurridísima de gente barriobajera, a la que los romeros iban «andrajosos y mugrientos» y cuyo paso contemplaban los ricachones de la época, desde los balcones o desde los portales, como visionarios de un espectáculo de plebeyez; según Deleito era la más «zarrapastrosa y populachera». Precisamente del modo como la gente se vestía procede la frase «ir de trapillo» (Zabaleta, Fernández de los Ríos). Vergara Martín comentando la Fiesta del Trapillo y la casi inmediatamente posterior de Santiago el Verde dice que «los enamorados madrileños» del siglo XVIII cantaban en la fiesta del Trapillo esta copla:

«No me los ame nadie
a los mis amores ¡eh!;
no me los ame nadie
que yo me los amaré.»

Esa misma copla constituye un estribillo que seis días más tarde, en la fiesta de Santiago el Verde, se cantaba como final del verso que por delante dice:

«Dejan el Sotillo todas,
llevando sobre las frentes,
guirnalda entretejida
de rosas y de claveles.

Con gran fiesta y regocijo
hacia el Sotillo se vuelven
por la puerta segoviana,
cantando de aquesta suerte:

No me los ame nadie
a los mis amores ¡eh!
etc., etc.

Tal fiesta del Trapillo daba paso a las importantes del mes de mayo florido; de la de Santiago el Verde voy a ocuparme hoy con mayor extensión.

c) La de la Cruz de Mayo, para solemnizar la Invención de la Santa Cruz. «Las Mayas de la Cruz de Mayo» se databa en el día 3 de mayo. En su poema «La Maya de Leganitos» repetía Ángel R. Chavés:

«Ayer fue Santiago el Verde,
la Santa Cruz es mañana...»

Y Pedro de Répide cita estos versos que se decían:

«Hoy la Emperatriz Elena,
madre del gran Constantino,
halló el precioso tesoro
de la Cruz de Jesucristo.»

Aquel día, en todos los portales se colocaban altares pequeñitos con la Santa Cruz rodeada de flores y velas encendidas. Como no había *Lignum Crucis*, las cruces solían hacerse con cartones, papel de colores y flores naturales o de papel, y se pedían limosnas a todos los viandantes. Muchos de los que vivimos hemos visto, pero sólo por calles y hasta sólo por barrios, las simpáticas cruces de mayo. El tema ya había empezado a degenerar en los siglos XVIII y XIX, quizá por los avatares de la política social, pero seguía habiendo muchos altares en las esquinas o en las porterías donde, en lugar de la cruz, se ponían estampas profanas y, a veces, incluso antirreligiosas. Deleito dice que ponían cromos de «Los amores de Pablo y Virginia», de «Hernán Cortés y Doña Marina», etc.

d) La fecha de la maya o las mayas. Se dice, en plural, las mayas, porque cada barrio de Madrid elegía a la jovencita más bonita, por mayoría de opiniones. Según descripción de Castellanos, que tomo de Caro Baroja, «se la vestía y adornaba con las joyas



Vista de la Villa de Madrid. En el medio del río tres islotes, uno de ellos cruzado con el Puente de Segovia. Dos tipos diferentes de coches de caballos; según la categoría social de los propietarios, uno o dos trancos. El del centro procede de la Casa de Campo y lleva lacayos.

y prendas más suntuosas de las familias ricas» y la llevaban junto al árbol designado como «Mayo», donde se la coronaba de flores y allí tenía lugar la fiesta de baile en la que la proclamaban como reina de la belleza. En los siglos XV y XVI las mayas podían ser solteras y casadas; a partir del XVII, solamente las primeras y con menos de veinte años. Su domicilio era también adornado con flores. También se hacía desfilar a una vieja con corona de ajos y otras cosas que provocaran

la hilaridad pública. Sólo podían ver de cerca a la maya anual aquellos que dieran más dinero, pues a todo lo largo de la fiesta sus compañeras y amigas se dedicaban a colectas para aumentar la calidad de la juerga, con lo que se propiciaba el escándalo. En el citado entremés de Quiñones de León, el personaje, don Pasquín dice:

«¡Jesús, Jesús, que pena!
¡Jesús mil veces, como cuando truena!
¡Que halle uno pesadumbre sin buscalla!
¿Dónde me esconderé de esta canalla?

No sé por dónde vaya
que no tope una maya y otra maya.
Maya, aquí, maya allí ¡Donoso talle!
Mayando está en Madrid cualquier calle.»

(Tomado de Deleito)

Testimonios más antiguos (Rodrigo Caro con respecto a Sevilla; Quiñones de Benavente en su entremés *La maya*; Lope de Vega en su auto *La maya*), todos citados por Caro Baroja, sugieren que se celebraba el 3 de mayo, coincidiendo con la fiesta que cito a continuación. En Madrid no creo posible que se celebrara el día 1 porque en esta fecha todo quedaba eclipsado por la de Santiago el Verde. Lo que parece cierto es que esta fiesta se prolongaba a lo largo de todo el mes. «Tanto duran las Mayas como Mayo» (Dicc. Autors. 1734).

e) La de San Isidro Labrador. Desde que en 1528 la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, ordenó construir una capilla en el mismo lugar en que San Isidro había hecho brotar el agua milagrosa que curó al príncipe don Felipe (San Isidro fue canonizado en 1622), esta fiesta, también feria, ha sido la más importante y sigue siendo la más duradera y conocida de Madrid.

f) San Antonio de la Florida. En los terrenos de una vieja ermita reedificada por Carlos IV, con la aureola de los frescos de Goya y en la zona donde éste viera los fusilamientos de

Madridum-Madrit. En el centro del Puente de Segovia, y a la derecha, el Sotillo. Grabado del siglo XVIII. Con el número 3 el Puente de Segovia. A la derecha, el Sotillo. Grabador: Marx Abraham Ruprecht (... 1733-1800). En alto, a la izquierda el emblema con el oso y el madroño, que desde Alfonso VIII (1248) ostentaba Madrid (Fernández de los Ríos).



1. Palatium Regium 4. Templ. S. Dominici 7. Templ. S. Francisci
2. Gazophylacium 5. Mons. Inarnationis 8. Hospitale
3. Siveque pons 6. PP. Iesuite 9. PP. Recolecti

10. S. Iacobi Templ. 13. Hospit. de S. Iacobi
11. S. Barbara 14. Hospit. de S. Iacobi
12. S. Hieronymi 15. S. Pauli Templ.

1. el Palacio Real 4. Santo Domingo 7. San Francisco
2. la Puerta de San Juan 5. Mons. Inarnax 8. Hospital
3. el Puente de Segovia 6. PP. de la Compañía 9. Recolectos

10. San Juan 13. Hospital de S. Iacobi
11. Santo Barbara 14. Hospital General
12. San Gregorio 15. San Blas



Angulo inferior izquierdo del «Plano topográfico de la Villa y Corte de Madrid». Río Manzanares, a la izquierda y en la parte alta, el Sotillo. Autor: Antonio Espinosa de los Monteros (1769).

la Montaña del Príncipe Pío, lindes en el Manzanares, tienen lugar las verbenas anuales en conmemoración del Santo, con los trajes del tipismo madrileño en la juventud y chocolate con churros mañaneros. Afortunadamente persiste con gracia inconfundible entre modistillas y estudiantes, aunque ya aminorada en asistencia pública.

* * *

Pero vayamos a lo nuestro: la fiesta de más tronío y mayor resonancia, mientras existió (siglos XVI, XVII y XVIII), hasta el punto de haber sido tratada, como ya se ha dicho, por muchos escritores del siglo de Oro y posteriores: la de Santiago el Verde.

Mayo fue y es, en Madrid como en muchos otros lugares del globo, un mes de fiestas, de romerías y de verbenas, porque en él alcanza la primavera su máxima explosión florida. La de Santiago el Verde se celebraba el día 1 de mayo, fecha conmemorativa de Santiago el Menor y de San Felipe, Apóstoles. Cosa extraña esta vinculación de la fiesta madrileña al primero de esos santos; nadie sabe a ciencia cierta porqué la encabezaron con su nombre, ni porqué se le calificó de verde. Poco podría decirse respecto a San Felipe en relación con Madrid, sino fuera porque ha sido descrita la existencia de una ermita dedicada a a los dos santos.

Felipe el Apóstol, griego de origen, que estaba junto a Jesús el día de la multiplicación de los panes y los peces, fue elegido por Felipe II como su patrón y dio su nombre a la fortaleza belga de Philippeville en Namur (Reau); y Rui de Villalobos dio el nombre de Islas Filipinas en honor de su príncipe Felipe II. ¿Acaso la fiesta de Santiago el Verde pudo ser, antes

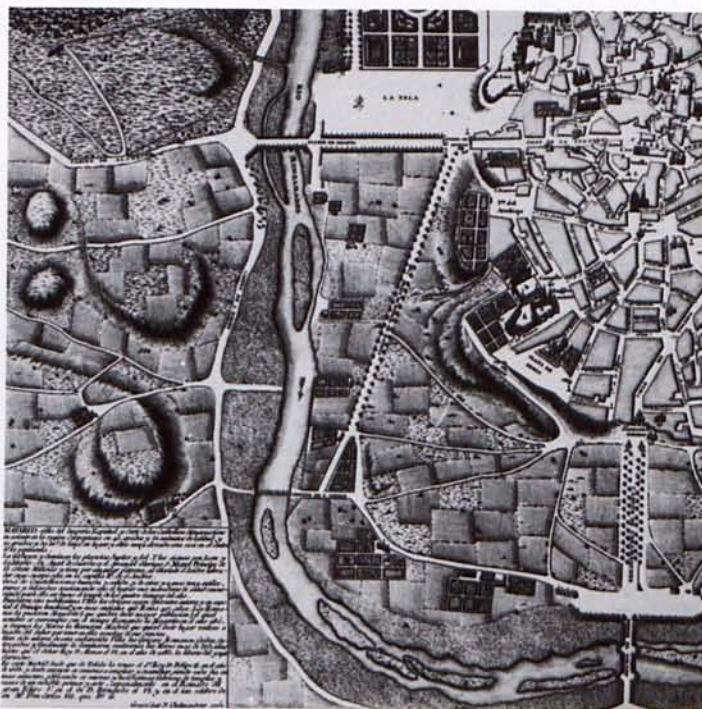
de recibir esa denominación, un festival conmemorativo de los Felipes que entre el siglo XVI y el XVII se sucedieron? Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María Cleofás, hermano de Judas Tadeo (no Judas Iscariote), pariente de Jesús por línea de María; seguidor y creyente de Jesús desde antes de la Pasión, y después obispo de Jerusalén. De ascetismo y austeridad ejemplares, sencillo en su oratoria pastoral, fue llamado por San Pablo «columna de la Iglesia». Helenístico por sus raíces, con cultura neoplatónica, fue también designado como Santiago el Justo. Hay dos detalles en su vida que podrían interesar, en contrapuesta conexión con la fiesta que nos ocupa. El primero se refiere a que, según las leyendas, Felipe no comía carne, ni bebía vino, ni se bañaba, ni se ungía, ni se cortaba el pelo, aparte de ser

célibe. En la fiesta que hoy comentamos se hacía todo lo contrario y hasta desaparecía con frecuencia el celibato. El otro detalle está en sus palabras glorificantes de la pobreza («el mayor de los honores») y humillantes de la riqueza («se agostará el rico en sus caminos»). Pero en la fiesta de Santiago el Verde reyes y villanos, nobles y plebeyos, ricos y pobres convivían en las comilonas gulosas, en las bebidas sin medida, en el acicalamiento, en el holgorio enloquecido. Se cita una frase de Santiago el Menor que resultaba grotescamente fustigada en las bacanales de la fiesta de Madrid: «Adúlteros ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?». Podría pensarse, pues, que nuestra fiesta fuera una irónica burla del santo del día.

A Santiago el Menor se lo representa iconográficamente con báculo y hábito episcopales y con una o dos herramientas de batanero (en la Alemania de la Edad Media); se le considera patrón de los bataneros y de los verdugos. En Barcelona hay un precioso retablo del siglo XIV dedicado a este santo, en la Colección Plandiura del Museo de Arte Antiguo. Pues bien, en ninguna reproducción iconográfica se lo representa con atributo alguno relacionable con Madrid, ni con el color verde.

* * *

La fiesta se celebraba en un sitio denominado «el Sotillo», «pequeña isleta» arbolada en el medio del río Manza-



Angulo inferior izquierdo del «Plano geométrico y historia de la Villa de Madrid y sus contornos». Autor: Charmandrier, 1761. En el centro del río y del plano las islas del Sotillo.

nares cerca de donde estaban los insignificantes restos arquitectónicos de la citada ermita de San Felipe y Santiago. Digo restos porque no he encontrado una sola descripción de la ermita completa; se habla de trozos de muros y de piedras que eran recuerdos de la ermita. Zabaleta ridiculiza las escasas dimensiones de esos muros o paredes que quedaban. Jerónimo de la Quintana es el único que en su *Historia de Madrid* dice, en 1629, que esa ermita «estaba en pie y en funciones» (?). Pero en su capítulo de Ermitas y Humilladeros solamente habla de las ermitas de San Isidro, San Blás y del Ángel de la Guarda; y entre los humilladeros menciona el de Atocha y el de San Francisco. En la relación de ermitas que cita el *Índice General del Archivo de Secretaría*, existente en el Archivo de la Villa, entre 1512 y 1885, no se menciona ninguna dedicada a San Felipe o a Santiago el Menor, ni a Santiago el Verde. Tampoco Tormo en su libro sobre las Iglesias Madrileñas del siglo XVII, ni Gómez Iglesias en el suyo sobre etapas históricas anteriores hablan de tal ermita. Esto se contradice con las informaciones de Zabaleta y de Jerónimo de la Quintana. Por otra parte, si cuando estos últimos escribieron sus comentarios sobre la ermita o sus restos hubiera estado vigente alguna tradición a propósito de la misma, no se explica que se la dejara hundirse estructuralmente y que desaparecieran después, por igual, ruinas y tradiciones (1).

Pero Viedma, en 1868, todavía escribía «en tiempo presente» esto:

«Y esparcidas por el césped
se ven unas piedras pardas,
de una ermita de Santiago
reliquias mal conservadas.»

Sospecho que Viedma solamente hizo un recuerdo histórico-poético.

Estos restos estaban, dice Jerónimo de la Quintana, «media legua del lugar, río abajo, que por la grande frescura y amenidad de actos por donde se va a ella la llaman comúnmente de Santiago el Verde». Zabaleta dice que el Sotillo era «un pedazo de tierra que dista de Madrid por cualquiera de sus salidas más de un cuarto de legua. A la ida muy cuesta abajo». La actual

calle de Santiago el Verde (sin nombre en el plano de Teixeira, pero con él en el de Espinosa de los Monteros) y las que discurren paralelamente van muy cuesta abajo.

El Sotillo, trozo aislado del gran Soto de Madrid, estaba, no como se ha dicho con frecuencia (Fernández de los Ríos, Peñasco y Cambrero, Répide, Deleito), en el Manzanares y entre el Puente de Toledo y el Portillo de Embajadores; Répide dijo que «a orillas del río, a la izquierda de la Puente Toledana y donde ahora es la pradera del Canal» (1914). Estaba en el centro del río frente por frente de la

Dehesa de la Arganzuela. En todo caso, enclavado en o contiguo a la orilla derecha, es decir, más cerca del otro lado del Puente de Segovia, que había que cruzar para llegar con más facilidad al Sotillo, a veces sin mojar-

(1) Azorín describe en una obra de 1909 una ciudad castellana que no he podido filiar, pues leí este dato cuando él ya había fallecido, en la que habla de una iglesia de Santiago el Verde, «bella edificación gótica del siglo XVI», con «un pequeño patio silencioso, embaldosado con grandes losas, con un pozo de labrado brocal». Supongo que esta descripción haya sido un invento literario del autor, como otra de Valle Inclán que citaré más adelante.



Perspectiva de la calle de Santiago el Verde en la actualidad. Fotografía tomada desde la calle de la Huerta del Bayo; puede verse el letrero en la casa de la izquierda. Al fondo, en la parte baja de la calle, aparecen todas las construcciones contemporáneas de la orilla opuesta del río Manzanares.

se. Al salir del puente, una vez cruzado el Sotillo, quedaba a la izquierda. Así se deduce de Jerónimo de la Quintana y Lope de Vega en su comedia *«Santiago el Verde»*. Recientemente lo han demostrado Romero y Herrero García. Este último es concluyente en la localización, demostrando, sin lugar a dudas, que para ir a la romería del Sotillo había que cruzar el Puente de Segovia o, por lo menos, pasar a pie o cabalgando o en coche el río Manzanares, que solía tener poco calado. Herrero García trae a colación estos versos:

Sotillo:

«Con su puente el Sotillo
tienes presente.»

Benita:

Señor, ¿por dónde vino?

Sotillo:

¿Yo? Por la puente.

Y este otro:

Mujer:

«Mozo, pásame el río
con grande tiento.»

Por otra parte, antes de que Juan de Herrera construyera el Puente de Segovia, había otros puentes o puentecillos; uno que estaba más al norte, frente a lo que era camino de Extremadura o de Alcorcón. En el siglo XVI había unos caminos comunicados que podrían haberse llamado «ruta de los puentes»; comenzaban en las tapias de la Casa de Campo.

Como se ve en grabados de la época, el Soto estaba dividido en varios islotes; pero cuando el Manzanares llevaba poca agua, las divisorias eran simples regueros. La mayoría de los años el caudal era tan escaso que parecía como «si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva» (Zabaleta). Góngora hace esta filigrana a propósito de *«Señora Doña Puente Segoviana»*, con referencia al mínimo calado de las aguas:

...; no hay castellana
lavandero que no llore de pena
y Fulano Sotillo se condena
de olmos negros a loba luterana...

De Tirso de Molina, en un conocido romance, son estas palabras referentes a esas divisiones isleñas del Manzanares:

«Mas como estudiante flojo,
por andaros con floreos,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos.»

En los versos de Juan Viedma (1868) se lee esta otra perfecta transcripción:

«Orillas del Manzanares
y en islotes separada
hay una vieja alameda
que el vulgo el Sotillo llama.»

Francisco de Quintana escribió (1626) que el Manzanares cobra

«... las pensiones de unas fuentes,
Tan escondidamente se dilata,
Que parecen hurtadas sus corrientes.»

Y más adelante, a propósito del caudal escaso del río:

«Que por no dar, de no tener se huelga.»

Pero algunos años había riadas que lo echaban todo a perder, como en 1494 y 1495 que destruyeron los puentes de Toledo y de Segovia (Sáinz de Robles). En la fiesta que nos ocupa, se atascó en el río un coche ocupado por dama de alto copete sin que pudieran sacarlo dos mulas (Barrionuevo, *«Avisos»*; 9 de agosto de 1658). Y en su comedia, Lope de Vega recuerda el caso de una señora a la que tuvieron que sacar en brazos del agua. Remiro de Navarra describe o inventa lo sucedido con otro coche, portador de cuatro damas casquivanas, que se quedó parado al cruzar el río. Dice que los jamelgos «estaban quedos», lo que al principio fue atribuido a que estaban orinando; pero cuando «luego no vieron crecer el río», las mujeres se asomaron a la ventanilla a gritar «arre y arre en tanto que los caballos se mantenían inmóviles erre que erre»... Fuera de esas desbordantes y esporádicas riadas, el Manzanares era un río tan poco caudaloso, que se prestó a innumerables bromas y a ser calificado por Quevedo de «arroyo, aprendiz de río»; y el autor de uno de los grabados con que ilustramos este tra-

bajo lo titula de «ruisseau». Ramón Gómez de la Serna pone, con su privilegiado estilo, este ejemplo: «Todo lo que le han dicho y le van diciendo le ha vuelto río de ironías, por lo que nos llaman a los madrileños ballenatos, naciendo el mote un día en que la riada, llevándose las cubas de un tabernero ribereño, le hizo prorrumpir en gritos de desolación: ¡Que va llena! ¡Va llena!, quedando una leyenda de burlonas ballenas que algunos aseguraban haber visto».

En ese mismo Sotillo localizó Francisco de Castro (1720) su *«Mojiganza del Barrendero»*; y quizá se celebraron allí, por ejemplo, las fiestas que, posteriormente, recogieron Goya y Bayeu en sus pinturas. Ni el puente que aparece en el cuadro de Goya llamado *«Fiesta Popular»* (Museo de Buenos Aires), ni el que se ve en el de Ramón Bayeu *«Cantando y bailando en el Manzanares»* (Museo del Prado) son el Puente de Segovia. Hubo otro puente que fue llamado Puente Verde, cuyo sitio se cita todavía en la *«Guía Práctica de Madrid»* de Roldán y González (mapa del distrito 9.º, Palacio), del que seguramente se encontrará más información en una concienzuda investigación.

No se dispone de datos cronológicos seguros respecto a cuando empezó la fiesta de Santiago el Verde o del Sotillo, o del Soto, como decía Remiro de Navarra. Está plenamente confir-

(Continúa en la pág. 77)



Perspectiva de la calle de Santiago el Verde en la actualidad. Fotografía tomada desde la calle del Casino. Al fondo, en lo alto de la calle, fachada de una casa de la calle de la Huerta del Bayo.

RECUERDOS DE UN SUPERVIVIENTE EN EL LX ANIVERSARIO DE LA HEMEROTECA MUNICIPAL (1918-1978)

Por Manuel ROSON AYUSO

(II)

PRONTO fue insuficiente el primitivo local de la Plaza Mayor, 3, no tanto porque el número de lectores era cada vez más creciente, sino porque el material allí acumulado exigía un nuevo acomodo. Así, en la primavera de 1922, se efectuó el traslado a la sede actual.

El Ayuntamiento había adquirido un viejo caserón situado en la mismísima Plaza de la Villa, cuyo primer propietario debió ser hombre de buen gusto, a juzgar por los detalles que pudieron apreciarse con motivo de las obras de restauración allí realizadas.

Situado entre la histórica Casa de los Lujanes y el Convento de las Carboneras, ofrece restos de alguna edificación anterior, como lo demuestran el mudéjar arco apuntado de su puerta y las columnas renacentistas del delicioso patio.

He aquí otras referencias relacionadas con el antiguo edificio que nos ocupa:

«En el número 3 de la Plaza, llamada antiguamente de San Salvador, y en una de las casas de Ocaña, denominadas después de Luján, se ha instalado la Hemeroteca.»

(Memoria y Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas presentadas por la Hemeroteca Municipal de Madrid en la Exposición Internacional de Prensa de Colonia. Madrid, 1928.)

«Al lienzo frontero de las Casas Consistoriales están las antiguas llamadas de los Lujanes, que pertenecieron a esta antigua familia madrileña. Estas de la plazuela de San Salvador fueron anteriormente de



Gonzalo de Ocaña, señor de la Casa de los Ocañas, regidor y Guía de esta Villa, y de su esposa, doña Teresa de Alarcón, parienta muy cercana del capitán Hernando de Alarcón, el cual trajo a esta Villa y colocó en dicha Casa al rey Francisco I de Francia.»

(Mesonero Romanos. «El antiguo Madrid».)

La fachada ha sido reflejada magistralmente en una magnífica acuarela del que fue ilustre arquitecto municipal don Felipe Trigo.

El estilo de la que fue noble mansión corresponde en general, no obstante lo anotado, al siglo XVII, con casi excepcional pureza. El amplio zaguán, las bellísimas puertas de la más rancia y pulcra artesanía castellana y la severa solemnidad que ofrece su interior, retrotraen al curioso visitante a épocas muy pretéritas.

La inteligente restauración de la casa fue obra de un magnífico artífice cordobés, don Enrique Guijo, que tenía un taller de encuadernación en la calle Mayor, frente por frente al edificio que en la actualidad ocupa el Gobierno Civil, y muy cerca, por tanto, de la primera Casa Consistorial.

Guijo era muy amigo de don Francisco Ruano, y pronto se convirtió en contertulio de Fuente y Asenjo. Solía ir a charlar con ellos a la antigua sede de la Plaza Mayor, y cuando quedó formalizado el traslado de la Hemeroteca a la nueva, en el verano de 1922, Guijo ya había realizado en ella una concienzuda y magnífica obra de restauración.

El viejo caserón había sido utilizado últimamente por alguna institución que organizaba bailes y reuniones dominicales, que debían celebrarse en el gran salón de la primera planta. Este salón estaba recubierto —porque eran varios— de papeles rameados de pésimo gusto, y la gran sorpresa surgió cuando Guijo y sus operarios procedieron a quitar aquella costra infecta. Entonces apareció una pintura al temple de estilo pompeyano, y como el viejo maestro cordobés era hombre culto y cuidadoso, propuso a Ruano la restauración de aquella pintura, descolorida en algunos trozos de pared, pero bien conservada en otros.

No regateó esfuerzos el Ayuntamiento para que el trabajo del maestro Guijo alcanzara la plenitud proyectada, y así, con perseverante entusiasmo, la actual y noble mansión que alberga a nuestra Hemeroteca se convirtió en una de las de más puro y españolísimo estilo.

Sólo las dotes organizadoras de Asenjo fueron capaces de ordenar y acoplar el nuevo recinto a las necesidades que la realidad exigía.

La planta baja fue dedicada a salón de lectura, recepción y registro de publicaciones y ordenación de los ricos materiales que constituían su ya importante «fondo», y el amplio sótano, del que desaparecieron, después de no pocos trabajos de saneamiento y afirmado, las voraces ratas, y las viejas humedades, que habrían sido tan perniciosas para la conservación de los periódicos, fue habilitado para almacenar los diarios y revistas en rama, dispuestos para su envío a la encuadernación municipal.

La planta noble quedó consagrada a dirección, oficinas y secretaría, mientras el bellísimo salón pompeyano era dedicado a los lectores que solicitaran publicaciones de cierta antigüedad, establecida ésta desde «La Gaceta de Madrid» (1661) hasta finales del siglo XIX.

Ya habían sido adquiridas magníficas colecciones que Asenjo calificaba, pintoresca y certeramente, por lo que se refiere a las comprendidas en el siglo XVII, de «incunables» de la Prensa. Y entonces, surgió el problema de conservarlas adecuadamente, teniendo en cuenta no tanto su valor intrínseco como la decisiva importancia histórica de aquellos periódicos. Se procedió, pues, a instalar, en previsión de cualquier incendio, varios armarios metálicos que, en el caso de tan funesta contingencia, retrasaran durante unas horas su destrucción, y se encargó al Servicio de Incendios la colocación de aparatos extintores.

La amplitud del nuevo local permitió que, pronto, pudieran contarse por kilómetros los espacios de estantería consagrados a contener las publicaciones que constantemente eran ofrecidas en venta o las donaciones que generosamente materializaban particulares y entidades.

Pero lo importante era que lo verdaderamente difícil quedaba ya muy atrás, y que de la provisional instalación en la Plaza Mayor se había dado tal paso decisivo de acomodar la Hemeroteca digna, adecuada y permanentemente.

Ya en el nuevo domicilio, se incorporaron sucesivamente a la plantilla otros periodistas: José María Carretero, Manuel Iglesias, Alejandro Larrubiera, Enrique Ruiz de la Serna... Bien es cierto que se habían producido otras bajas: las de Joaquín Dicenta, consagrado por entero a su fecunda creación teatral, y Víctor Espinós, que

pasaba a dirigir la Bibliotecal Musical que hoy rige su hija Juanita...

MUERTE DE FUENTE Y NOMBRAMIENTO DE ASEÑO

Don Ricardo Fuente fue un gran periodista, cuya inquietud le llevó a las más extraordinarias empresas, tanto en el aspecto profesional como en el político.

Su sólida cultura, adquirida con tenaz voluntad pero con desordenado esfuerzo, se conjugaba perfectamente con su monstruosa memoria. Parecía increíble que retuviera no ya párrafos enteros de lecturas muy pretéritas, sino la numeración de las páginas en que los textos interesados se encontraban. Pertenecía al tipo de periodismo batallador y polemista, tan acorde con la época de sus mejores éxitos, y, gracias a su fabulosa erudición, era temido por algunos de sus coetáneos, de quienes en más de una ocasión, puso al descubierto los manantiales en que habían bebido, las ideas que presentaron como propias.

Hombre de los que entonces se calificaban de ideas avanzadas, hubo de refugiarse en París, donde trabajó, durante un largo quinquenio, en la Casa Garnier, como traductor, lo que le permitió perfeccionar sus ya sólidos conocimientos de la lengua de Molière, hasta el punto de hablarla y escribirla no ya como un francés, sino como un auténtico parisién. Fueron unos años de intenso trabajo, en condiciones muy duras, pues cobraba por páginas traducidas, y no con sueldo fijo, lo que le obligaba a intensificar el esfuerzo. En aquel entonces la Casa Garnier enviaba a la América que nos es común —la América Latina— obras francesas en versión castellana, y hay que agradecer a Fuente, a Nicolás Estébanez Calderón, Luis Bonafoux, Alejandro Sawa y Constantino Román Salamero, sus compañeros, que nuestro idioma no experimentase los perniciosos efectos de quienes utilizaban el diccionario cual única arma. En aquel entonces, cursaba crónicas parisiñas, para «El País», con el seudónimo de Federico Riviere.

Volvió a Madrid, a finales de siglo, para ingresar en «El País», gracias a sus amigos Antonio Palomero y Alejandro Lerroux, que le presentaron a don Antonio Catena, su propietario. Fue auxiliar de don Eduardo Benot en la confección de su famoso Diccionario de Ideas Afines, que completarían los hermanos Machado, y hubo de

regresar a París, a uña de caballo, por la campaña que hizo desde «El Progreso» contra el general Martínez Campos, a su regreso de Cuba. Conspiró en la capital francesa hasta su expulsión, para pasar a Bélgica, donde corrió la misma suerte, y para dar luego el salto a América. Fundó en Buenos Aires «El Diario Español», para volver nuevamente a España y asumir en Madrid la dirección del diario lerrouxista «El Radical».

Entró al servicio del Ayuntamiento de Madrid en el año 1914, y trabajó en él incansablemente, tanto en el Archivo como en la Biblioteca, para fundar, posteiormente, en 1918, gracias a la ayuda incondicional de Ruano, la Hemeroteca.

Pero ya estaba herido de muerte y, a última hora, la enfermedad que padecía se había cebado en él. Su afasia le torturaba implacablemente y, a lo último, sobre todo en los dos postreros años, le impedía también escribir con aquella su meridiana claridad.

Don Ricardo murió en Madrid, el 12 de enero de 1925, cuando ya estaba en marcha la obra que con tanto entusiasmo creara.

Y aquel mismo año, el Ayuntamiento, siendo Alcalde de Madrid el conde de Vallengano, nombró a don Antonio Asenjo jefe de estudios periodísticos y director de la Hemeroteca Municipal de Madrid.

TRES GRANDES DIARIOS ESPAÑOLES

«La Gaceta de Madrid» fue lamentablemente suprimida en 1939. Menos mal que, al cumplir su tercer siglo, en 1961 fue reivindicada su gloriosa e histórica denominación al hacerla figurar como subtítulo del Boletín Oficial del Estado, su sucesor. Pero lo cierto es que, con muy buen acuerdo, y con gran espíritu de equidad, se hacen figurar sus años, como si se pretendiera devolverle marchitos honores que la refundición del antiguo con el nuevo periódico oficial no podrá ya reanimar. Así las cosas, nos queda, al menos, la satisfacción de que existe un periódico español que, aún absorbido en el aspecto oficial que pretéritas circunstancias le habían asignado, por el que le acoge en la actualidad, mantiene enhiesta la máxima antigüedad de la Prensa periódica mundial, pese a su condición presente de publicación estrictamente depositaria de prosa ministerial.

«La Gaceta» —«Relación o Gazeta de algunos casos particulares, así



*D. Ricardo Fuente Asencio
(Primer director, 1918-1925).*

políticos como militares, sucedidos en la mayor parte del mundo, hasta fin de diciembre de 1660», que tal es la denominación de la primera aparecida con cierta periodicidad en Madrid—comenzó en 1661, en la imprenta de Julián de Paredes, «impresor de libros, en la Plazuela del Angel». Tenía cuatro hojas en cuarto menor y estaba redactada por el borgoñón don Francisco Fabro Bremundan, joven, políglota y literato que actuó de secretario de don Juan José de Austria cuando éste gobernaba Flandes. Al ser relevado don Juan del mando de aquellos ejércitos, trajo consigo a su secretario, que se estableció primero en Consuegra y posteriormente en Madrid. Cuando don Juan volvió a la gracia real y fue encargado del mando de los ejércitos de Portugal, dispuso que se publicara en Madrid de modo periódico una «Gaceta», «al estilo de las que se imprimen cada semana en las más populosas ciudades de la Italia, Flandes, la Francia y la Alemania». Así, pues, hay que considerar a Bremundan como el primer periodista oficialmente reconocido que convirtió en profesión el arte de redactar noticias.

Nuestro periódico, que se publicó también con otros títulos, aunque conservando siempre el primitivo de «Gazeta», adoptó definitivamente el de «Gazeta de Madrid» en 1697. En 1762 sería vendido al Estado por su entonces propietario, el conde de Saceda, y desde entonces pasó a ser órgano de los gobiernos españoles.

La «Gaceta», la publicación más genuina y castizamente española que ha existido en nuestro país, apareció ¡ciento veinticuatro años! antes que el «Times», que tampoco se llamaba así cuando en 1785 vio la luz el «Daily Universal register», convertido en el «Times» en 1788. Si la «Gaceta» adoptó definitivamente su denominación en 1697, la diferencia entre ambos títulos es de noventa y un años.

Tan arraigado está el periodismo en España, no obstante las trabas y cortapisas que siempre han dificultado su libre profesión, que todavía nos queda otra reliquia venerable: el «Diario de Barcelona», que comenzó en primero de octubre de 1792, ciento treinta y un años después de la «Gaceta» y sólo siete más tarde que el «Times». El «Brusi» es ahora el segundo periódico del mundo en antigüedad.



*D. Antonio Asenjo
(Segundo director, 1925-1940).*

Nuestra vieja cotorrón (¡mientes más que la «Gaceta»!), celebró su segundo centenario en 1860, dedicándole su entonces director, el formidable periodista don Aureliano Fernández Guerra, un admirable trabajo, en el que se condensaba la historia del popularísimo periódico, que no sólo publicaba toda clase de noticias, sino que dedicaba una buena parte de su espacio al cultivo de la literatura. El «Times» cumplió en 1935 sus primeros ciento cincuenta años, publicándose entonces un bellissimo libro ilustrado en el que se registraban las vicisitudes —que no han sido pocas— que ha experimentado a lo largo de tan dilatado espacio de tiempo; y el «Diario

de Barcelona» confirmó los suyos en 1942. Al hacer el siglo, su entonces director, aquel benemérito don Juan Mañé y Flaquer, estudió sobria y delicadamente la ejecutoria del gran periódico en un magnífico artículo titulado «Un aniversario». El «Brusi» ha cumplido no hace mucho, en 1967, sus «primeros» ciento setenta y cinco años.

Y todavía en 1918 dejaron morir otra gran publicación, que fue el «Diario de Madrid» (Diario Noticioso, Curioso, Erudito, Comercial, Público y Económico) que había sido fundado en 1758, y que pasó a mejor vida a los ciento sesenta años de su publicación. Murió llamándose «Diario Oficial de Avisos de Madrid», título que ostentaba desde 1843. El «Diario» y sus «diaristas» fueron famosos. Lo fundó aquel portentoso, diabólico y prolífico periodista aragonés que fue don Francisco Mariano Nipho. El «Diario» influyó grandemente en la vida social madrileña, y en 1835 lo dirigió Mesonero Romanos, que le dedicó dos curiosos textos en sus «Escenas matritenses». El «Diario de Madrid» sirvió de modelo para el de Barcelona, según se dice en el número prospecto de este último, en septiembre de 1792.

El último director literario de la «Gaceta» fue don Carlos Frontaura, famoso periodista que también dirigió, hasta su muerte, la «Ilustración Española y Americana». Desde últimos de siglo, la «Gaceta» no era ya más que una publicación fría y estrictamente oficial, saturada de gerundios, que sólo aceptaba en sus columnas documentos de interés general.

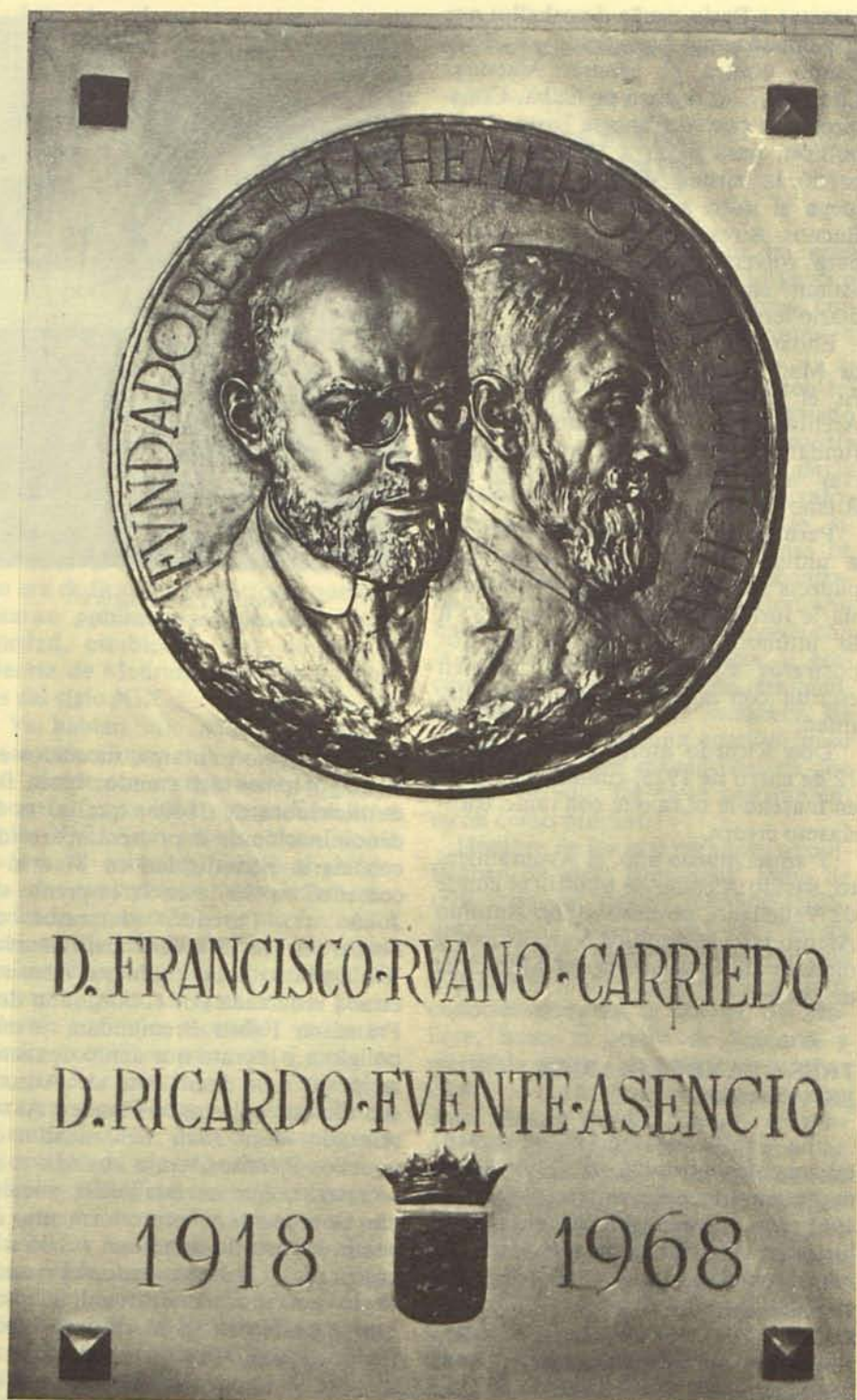
Ya durante el reinado de Carlos III, al incorporar éste a la Corona el privilegio de imprimir la «Gaceta», había adquirido ésta un carácter de publicación oficial, que luego se reflejaría, principalmente, en la Real Orden de 22 de septiembre de 1836, según la cual, «todos los Decretos, Ordenes e Instrucciones del Gobierno que se publiquen en la «Gaceta» serán obligatorios desde el momento de su publicación». Y para remacharlo más, medio siglo después, en 11 de agosto de 1886, se establecía que el diario contendría «solamente documentos de oficio y de interés general oficial», determinándose, incluso, el orden de prioridad en la inserción, por lo que la «Gaceta» se convirtió desde entonces en órgano de expresión legislativa y reglamentaria, que no difiere en mucho del «Boletín Oficial del Estado» de nuestros días.

En 1936 fue cambiado su título por el de «Gaceta de la República», deno-

minación ésta que constituía un error, pues si bien condensaba el espíritu oficial que se pretendía infiltrarle, rompía, sin provecho alguno para el periódico, la continuidad de un nombre mantenido durante siglos, y que sólo fue alterado por los trastornos derivados de la invasión napoleónica. Hubiera sido igualmente ridículo haberle llamado, en otros tiempos, «Gaceta del Reino» o «Gaceta de la Regencia».

No obstante, si la histórica y gloriosa

«Gazeta de Madrid» liquidó en 1886 su deslumbradora etapa informativa para consagrarse a los gerundios oficiales y ser definitivamente suprimida en 1939, aunque a partir de 1961 aparezca su título subordinado al del «Boletín Oficial del Estado» y con su antigüedad expresada en los categóricos números romanos (CCC-VII), lo cierto es que, pese a tal simbolismo, podemos enorgullecernos los españoles de poseer la publicación más antigua del mundo.



Placa en escayola, conmemorativa del cincuentenario de la Hemeroteca Municipal. Es obra de Yebra.

Pablo Iglesias, concejal de 1905 a 1910

Por BOROBO

AL promulgarse, el 26 de junio de 1890, la Ley de Sufragio Universal, se abre al Partido Socialista Obrero Español la posibilidad de participar en los comicios electorales, pues bajo el anterior sistema de sufragio censitario quedaban excluidos prácticamente del voto los trabajadores manuales, que constituían entonces la casi totalidad de los afiliados y los potenciales votantes del PSOE. Por ello, en el II Congreso del Partido, celebrado en Bilbao, en agosto de ese año, se acordó participar en las inmediatas elecciones a diputados en Cortes y que «en las elecciones posteriores, así municipales como provinciales o de diputados a Cortes, el Partido resolverá, según los medios de que disponga, si ha de tomar o no parte en ellas».

Enseguida decidió el PSOE intervenir en las primeras elecciones municipales que se celebraron mediante sufragio universal, las de mayo de 1891, presentando candidaturas en varios ayuntamientos. Ello dio motivo a que, por vez primera, salieran elegidos candidatos socialistas: cuatro en Bilbao y uno en San Salvador del Valle, municipio de la cuenca minera vizcaína. Todos ellos eran obreros, pero de los cuatro electos en Bilbao, únicamente quedó un solitario edil socialista, pre-



cursor de los miles de correligionarios que tantos años después habrían de figurar en las corporaciones locales.

La Ley de Administración Local sólo consentía que fuese concejal aquel ciudadano que, aparte de ser elector, poseyera un título académico o pagara determinada contribución. «Un iletrado servía para legislador; un hombre culto no servía para concejal —comentaba J. J. Morato en su libro sobre El Partido Socialista Obrero—. Así de los cuatro socialistas elegidos en Vizcaya en 1891 sólo el correligionario dueño de una carbonería pudo ejercer cargo».

A pesar de esa mínima presencia del PSOE en los Plenos Municipales, el Congreso siguiente del Partido, reunido en Valencia, en agosto de 1892, consideró conveniente elaborar el primer Programa socialista municipal, que fue aprobado por dicha asamblea. Era un programa para una sociedad de bienestar, que tanto distaba en esos días de ser la española: abolición de todos los impuestos que perjudiquen a la clase trabajadora; salario mínimo y jornada de ocho horas para los empleados y obreros municipales; cantinas escolares donde además de comida, se daría ropa y calzado a los hijos de los obreros; asistencia médica y servicios farmacéuticos gratuitos; asilos, casas de maternidad, casas de baños, etcétera. Y un punto que tardó ochenta y siete años en cumplirse: retribución de las funciones municipales con arreglo al salario máximo que perciban los trabajadores, a fin de que los concejales obreros puedan desempeñar sus cargos.

Tres candidatos socialistas triunfaron en las elecciones municipales de 1895: Facundo Perezagua, en Bilbao, y los otros en El Ferrol y en Mataró. Dos años después, en las de 1897, pasaron a ser tres los concejales socialistas de Bilbao; siguió habiendo uno en El Ferrol y otro en Mataró y, por añadidura, salió elegido otro en Gallarta. El Gobierno de Cánovas del Castillo anuló las actas de los electos en Vizcaya, menos una, pero el PSOE hizo una intensa campaña de agitación, por un lado, y elevó, por otro, recurso a la Sala de lo Contencioso, defendido por Ossorio y Gallardo, quien ganó el caso.

En los últimos comicios municipales del siglo XIX, los de 1899, salieron elegidos cuatro ediles socialistas en Bilbao y uno en cada uno de los siguientes términos: Gallarta, Baracaldo, Burgos, Manresa y Córdoba. Las elecciones municipales de 1901 elevaron a ocho el número de concejales socialistas en Bilbao y otros veintisiete regi-



Pablo Iglesias, concejal del Ayuntamiento de Madrid, en la manifestación del 1 de mayo de 1906.

dores del PSOE se distribuyeron entre veinte concejos.

ENCASILLAMIENTO RECHAZADO

La Agrupación Socialista Madrileña había presentado para estas elecciones, de 1901, al Ayuntamiento de la villa y corte, a cuatro candidatos: Pablo Iglesias, Antonio García Quejido, Matías Gómez Latorre y Juan José Morato, típoграфos los cuatro. Al último de ellos le llegaron ciertas insinuaciones amistosas que aseguraban el triunfo a todos sólo con «dejar hacer». Morato relata el episodio con detalle, no en su popular biografía de «Pablo Iglesias, educador de muchedumbres», sino en la semblanza biográfica del fundador del PSOE, más breve, pero mucho más enjundiosa, que publicó el año 1927 en La Libertad (recogida en Líderes del movimiento obrero español, 1868-1921). Lo narra así:

«El señor Sagasta y el señor Moret —ministro de la Gobernación— querían encasillarnos y de ello se habló a Iglesias por conducto lejano. Mas al que suscribe le hablaron claro amigos suyos, que, por serlo, podían hacerlo, y éstos eran el subsecretario señor Sánchez Pastor —compañero en la redacción del Heraldo de Madrid— y el señor Abril Ochoa, abogado de la Sociedad de Obreros Cocheros, más un tercero que no se nombra.

«Este amigo cordial, generoso, desinteresado, que llegó a ministro —y se

calla su nombre— indicó que, a pesar de todo, seríamos concejales.

«—No —le dije—, porque si se nos eligiera por votos que no fueran nuestros, yo publicaría lo que aquí hemos hablado.

«Epílogo. Los candidatos republicanos, que tenían óptimamente organizadas las «cuadrillas volantes» que suplían el execrable abandono del elector, nos acusaron de encasillados. El lector ve que tenían razón: no estábamos. Ahora que de acuerdo «no dejamos hacer», y «dejar hacer» era lo que se nos pedía...»

En las elecciones de 1903 alcanzó el PSOE representación en veintitrés municipios, con un total de cincuenta ediles, tampoco ninguno de ellos en Madrid. Un bienio después, treinta ayuntamientos contaban ya con concejales socialistas, siendo la cifra de éstos setenta y uno, de los cuales tres eran, al fin, de la capital de España.

Pues, en los comicios municipales de 1905, el pueblo madrileño había elegido tres ediles socialistas: el presidente del Partido, Pablo Iglesias, que salió por el distrito de Chamberí; un vocal del Comité Nacional del PSOE, Rafael García Ormaechea, abogado y publicista; y Francisco Largo Caballero, que ya había sido del Comité del Partido y entonces lo era de la UGT. «¿Cómo pudo ser esta victoria? —pregunta que hace y responde Morato en su extensa biografía del Abuelo—. Pues echando mano de iguales recursos que otros candidatos, o sea, haciendo que un

mismo individuo votase en varias secciones. Fue un ardid ingenioso, en el que incluso se aprovechó la habilidad profesional de los tipógrafos».

EL REPARTO DE LAS CREDENCIALES

Los tres concejales socialistas fueron recibidos cortésmente en el Ayuntamiento de la villa de las siete estrellas. El alcalde les saludó amablemente, congratulándose de que, por fin, hubiera en el seno de la Corporación dignísimos representantes de la clase obrera.

Pablo Iglesias agradeció los elogios y expuso los propósitos de la minoría socialista en el Concejo:

«Tenemos un doble deber que cumplir: como representantes legales del pueblo hemos de velar por los intereses de todos; como representantes de hecho de los obreros hemos de mirar por los intereses de éstos.

»Nuestra acción nos creará enemigos; no nos importa. Merecer el odio de los que envenenan al pueblo, de los que roban, de los que le toman como cosa explotable, será para nosotros una honra.»

Uno de los primeros actos de la minoría socialista fue renunciar al reparto de credenciales, pidiendo, en cambio, que el ingreso en el Ayuntamiento fuera siempre por concurso u oposición, y que los ascensos se diesen a la antigüedad y al mérito bien demostrado. Completaba esta proposición otra pidiendo que, en tanto recaía acuerdo, quedase suspendido todo movimiento de personal. La Cámara de Comercio de Madrid se adhirió a la iniciativa moralizadora de los socialistas, que fue coreada por la nutrida asistencia a un mitin exclusivamente dedicado a esta cuestión. A pesar de ello, la proposición fue desechada por el Pleno municipal.

Los demás ediles acogieron muy satisfechos la renuncia de los socialistas a utilizar las credenciales que les correspondían, pues de esa manera a ellos les tocaban a más. Ocurrió, por ejemplo, que una plaza de delineante que le pertenecía proveer a Largo Caballero, pero que éste no usó, le fue concedida a un muchacho de dieciocho años, sin nociones de dibujo y suspendido en ejercicios de escritura al dictado, vástago de un alto funcionario municipal.

Bien es cierto que los afiliados al PSOE y a la UGT no presionaban a sus dirigentes en procura de un empleo en el Ayuntamiento. Lo reconocía así Pablo Iglesias en el informe que sobre

la actuación de la minoría socialista dio al VIII Congreso del Partido, celebrado en Madrid el año 1908: «Debo hacer constar un hecho que honra a los obreros madrileños, y es que ni aun en las épocas peores, en los tiempos de hambre y penuria, de los 24.000 trabajadores del Centro ni uno se ha acercado a nosotros para pedirnos una mala plaza de peón».

Era natural; el respeto que imponía la austera figura de Iglesias a quienes comenzaban a llamarle Abuelo, coartaba cualquier deseo de rogarle que asegurara su cocido con la inclusión en la plantilla municipal. Aunque había excepciones, fuera de los correligionarios, pues una vez refirió el líder socialista, en una sesión del Pleno, que le había visitado una pobre mujer pidiéndole colocación para su marido: «Se la pido a usted —le dijo— porque no tenemos cuarenta duros».

Y es que, a la sazón, había regidores que vendían las credenciales que le sobraban. Es decir, que no las necesitaban para sus inexcusables compromisos políticos o para colocar a sus parientes. Solución ésta que era la más frecuente y la más censurada por la opinión pública. Tanto que, según una encuesta realizada por los propios municipales socialistas, ateniéndose solamente a los datos de cuarenta y un concejales y ex-concejales, quedó en claro que había empleados en el Ayuntamiento dos ex-concejales y la siguiente parentela: un padre, un suegro, un nieto, cinco primos, nueve cuñados, dieciséis sobrinos, veinte hermanos y veinte hijos.

CONTRA ESTO Y AQUELLO

Cuando, pasado un cuarto de siglo, hablaba Andrés Saborit, en la Escuela Socialista de Verano, acerca de la Intervención socialista en los Ayuntamientos, aleccionaba a sus jóvenes correligionarios sobre el modo que se debía actuar dentro de la esfera municipal en la II República. Y el más competente edil que tuvo el PSOE en toda su historia, recomendaba entonces:

«No se puede ir hoy a los Ayuntamientos a hacer una labor de crítica como la que hicieron en la primera época en que Iglesias, Ormaechea y Largo Caballero fueron al Ayuntamiento de Madrid: hablar mal de los burgueses, de los tenderos, de los tenientes de alcalde, de los empleados, etcétera. Eso no se puede hacer hoy».

Evidentemente, no podía ser igual el papel de los socialistas en el Muni-

pio, cuando Saborit era primer teniente alcalde y la personalidad de más prestigio dentro de la mayoría municipal republicana-socialista, que a principios de siglo en que Pablo Iglesias y sus dos compañeros utilizaban el salón de actos de la Casa de la Villa como la única tribuna a su disposición dentro de los organismos públicos españoles, pues el Abuelo no consiguió, hasta 1910, entrar en el Parlamento.

De ahí que fuese esencialmente política, más que administrativa, la acción de los socialistas en aquel primer cuatrienio de su presencia en el Municipio. Oposición sin paliativos, sin tregua ni cuartel, a la Monarquía, al Gobierno, al Ejército, a la Iglesia, a la Banca, en fin, a todas las instituciones, y a cuantos logreros se aprovechaban de la fuerza de ellas para amparar los turbios asuntos en que se hallaban mezclados. Singularmente, en el Ayuntamiento de Madrid, escenario de alguno de los casos de corrupción que desacreditaron al régimen instituido por Cánovas.

«La interesante labor que la minoría socialista realizaba en el Ayuntamiento madrileño —recuerda Isaac Pacheco, en su breve biografía del Abuelo— dió a las sesiones municipales una gran importancia, viéndose la tribuna atestada de público que luego ovacionaba a Pablo Iglesias por sus valientes intervenciones. Aquel ejemplo de civismo no se había dado nunca, pues las reuniones se concretaban únicamente a aprobar lo que convenía a los concejales burgueses. Pero con la llegada de los socialistas se logró cambiar el ritmo de las sesiones, dándoles categoría política y convirtiéndolas en debates que defendían el progreso de la villa del oso y del madroño, así como los derechos de los madrileños en los amplios problemas del Municipio.»

Dentro de la actuación estrictamente política de los socialistas en su primera etapa municipal madrileña, Morato detalla una serie de votos negativos: contra los gastos de funciones religiosas y la asistencia a ellas, así como a la conmemoración del 2 de mayo; contra los créditos para agasajar a los reyes de Portugal y para festejar las bodas del Rey de España; contra la felicitación a la Real Familia por haber salido ilesa del atentado en la calle Mayor; contra el telegrama de protesta enviado a Lisboa por el asesinato del monarca portugués y de su heredero; contra la conducta del Gobierno durante la Semana Trágica de Barcelona; contra la erección de estatuas a cuatro héroes de la campaña del Rif...

ALGO MAS QUE PEQUEÑECES

Todo ello, claro está, enfurecía, a veces hasta el paroxismo, a los demás ediles y, particularmente, a los sucesivos alcaldes. Uno de éstos acusó a Pablo Iglesias de ocuparse tan solo de pequeños. Fue cuando el concejal socialista le pedía cuentas de lo gastado para festejar las bodas del Rey. Pero Pablo Iglesias, auxiliado por sus dos compañeros, no obstante estar agobiado, como siempre estuvo hasta su muerte, por el trabajo que le daban las presidencias del PSOE y la UGT y la dirección de El Socialista, todavía le restó tiempo para una considerable labor puramente municipal. La resume Morato de este modo:

«Iglesias censuró las lenidades y descuidos de los tenientes de alcalde en la vigilancia por que el pan, por ejemplo, tuviese el peso debido; denunció toda clase de gatuperios, grandes y chicos; fue defensor incansable de los asilados, de los recogidos como mendigos en locales inmundos, cien veces peores que rediles, y también de los obreros y de los empleados humildes, mejorando en lo que pudo la condición de éstos y la alimentación de los asilados, y, por el

contrario, fue tacaño en votar gratificaciones para los altos empleados.»

ULTIMA LECCION MUNICIPAL

El día 1.º de enero de 1910 se renovó la corporación municipal. Pocos días antes de las elecciones correspondientes, se había formado —el 7 de noviembre de 1909— la Conjunción Republicana-Socialista, a la cual Iglesias se opusiera durante tantos años, y que ahora le facilitaba su acceso a las Cortes, como candidato de ella. De los socialistas incluidos en la candidatura municipal, obtuvieron acta de concejal Antonio García Quejido y Vicente Barrio, hombres fundamentales de la UGT; Quejido había sido su fundador y primer presidente y Barrio fue su sucesor en la secretaría que aquél ocupara cuando Iglesias accedió a la presidencia. Dejaban, pues, los tres concejales salientes del PSOE, digna sucesión en el Ayuntamiento madrileño.

Pablo Iglesias se despidió de la Corporación con sobrias y sinceras palabras: «Hemos cumplido lo que prometimos; ello nos ha valido la antipatía de ciertas gentes y la enemiga de otras.

En cambio, tenemos la satisfacción de haber hecho lo que debíamos.

«Enemigo de convencionalismos —añadió—, no diré cosas que no siento. Saludo cortésmente a todos: a alcalde y concejales; para algunos tenemos cierto afecto; para varios amistad. Cuanto a los empleados de la Casa, nos despedimos también de ellos, como han hecho todos, para que no se crea que nuestra actitud es despectiva; pero diré que muchos de ellos nos recibieron muy mal y alguno nos maltrató de palabra. A su conducta hemos respondido con gran nobleza, procediendo siempre con todos con gran espíritu de justicia. Sírvalos esto de lección para que no hagan con otros lo que con nosotros hicieron.»

A continuación, don Joaquín Dicenta encomió la tarea realizada por los concejales socialistas, de la cual había sido testigo durante un bienio, como edil republicano, elegido en 1908. El autor del famoso drama social, Juan José, estaba muy cerca en sus ideales de los de Pablo Iglesias, pero su socialismo era vaporoso, sentimental, muy distante de la rigidez, más guesdiana que propiamente marxista, del Abuelo en aquel tiempo.

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS

Por Juan SAMPELAYO

XIX

I. Vega Carpio. Fray Lope Félix. Madrid 1562 - 1635. Madrid. Presbítero. Poeta. Comediógrafo.

II. Fue en enero de 1861 cuando el académico don Ramón de Mesonero Romanos elevó un escrito a la Real Academia Española de la Lengua pidiendo que en la casa número 15 de la calle de Cervantes, que antiguamente se denominó de Franco, se colocara una lápida recordatoria de que en ella vivió el Fénix de los Ingenios: Fray Félix Lope de Vega Carpio, casa de la que saliera su entierro.

La Comisión encargada de examinar la propuesta de Mesonero Romanos, acordó, después de consultas con el escultor Ponciano Ponzano, que se colocara la lápida entre los dos balcones centrales de la fachada de la casa en que vivió Lope de Vega. Se determinó que fuera al cumplirse el tercer siglo del nacimiento de Lope de Vega cuando se llevara a cabo la inauguración de dicho monumento mural, al que habría que añadirse otra inscripción, no con carácter lapidario que ya figurara sobre la puerta de la casa de Lope. En la organización de estos actos, muy detalladamente programados, tomaron parte don Ventura de la Vega, don Ramón de Mesonero Romanos, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Antonio Ferrer del Río y don Cándido Nocedal.

III. La lápida se ajustaba al carácter arquitectónico del siglo XVII, y debajo del busto de Lope de Vega, bellamente esculpido y colocado dentro de una especie de hornacina, con los títulos de dos de sus comedias «El mejor Alcalde el Rey» y «El Acero de Madrid», en los bordes, se ve un medallón elegante y de tamaño proporcionado, con la inscripción siguiente:

«Al Fénix de los Ingenios Fray Lo-

pe Félix de Vega Carpio, que falleció a 27 de agosto de 1635 en esta casa de su propiedad, la Real Academia Española, año de 1862».

Esta lápida, al inaugurarse, se encontraba, como hemos dicho, en la fachada de la casa, figurando hoy en el portal de entrada a la misma.

En la actualidad otra lápida de menores dimensiones y de gran sencillez ocupa aquella y su inscripción dice de este modo: «En esta casa vivió y murió Lope de Vega 1562-1635. La Academia Española la restauró en 1935.

Sobre el dintel de la entrada figura hoy en día la inscripción primitiva que dice así:

**«Parva propiria magna:
magna aliena parva».**

En el día inaugural, los dueños de la casa que fuera de Lope dedicaron a la Real Academia Española una lápida de mármol negro con la siguiente inscripción:

«A la Real Academia Española en memoria de la sesión pública y extraordinaria que celebró en esta casa el día 25 de noviembre del presente año, aniversario del nacimiento del ilustre madrileño Lope de Vega, con motivo de inaugurar el monumento que le consagra; los sucesores actuales en la propiedad, viuda e hijos de don Francisco María López de Morelle, año de 1862». Dicha lápida no figura hoy en aquel lugar.

IV. En la citada casa de la calle de Cervantes número 15 tuvo lugar el acto de la inauguración de la lápida en el día 25 de noviembre, que era martes, al mediodía. Allí se reunió la Academia para celebrar sesión extraordinaria, presidiendo la sesión en ausencia y por enfermedad del Director de la Corporación, Duque de Rivas, el académico más antiguo don Eusebio María del Valle. Se encontraban presentes los académicos señores don Ventura de la

Vega, Marqueses de Molins y de la Pezuela, don Ramón de Mesonero Romanos, Alcalá Galiano, Segovia, de la Puente, Cueto, Cañete, Tamayo y Baus, Nocedal, Cutanda, García Gutiérrez, Ferrer del Río y don Juan Valera.

Para que el local tuviese más cabida, se habían derribado los tabiques, formándose así un salón corrido. Sobre el estrado, un retrato de Lope de Vega y como decoración en las paredes colgaduras de damasco.

Toda la casa estaba alhajada conforme a la época. Abierta la sesión, el Presidente pronunció un discurso excusando la ausencia del Duque de Rivas y poniendo de manifiesto las tareas que habían conducido a la inauguración de la lápida que en su día propuso don Ramón de Mesonero Romanos. Pasó después el Presidente, señor del Valle, a ensalzar la figura de Lope de Vega y, a continuación, «el patriotismo, la buena voluntad, el desinterés y la cortesía con que los actuales dueños de la casa se habían prestado a cuanto pudiera mejor contribuir al brillo de la ceremonia».

El Secretario de la Corporación, don Antonio Ferrer del Río, leyó la escritura de venta de la casa al adquirirla Lope de Vega, así como su testamento que suscitó gran interés entre los asistentes.

A continuación, el notario señor Garamendi leyó la escritura que otorgaban la Real Academia Española y los actuales poseedores de la citada casa y por la cual la primera se obliga a mantener y los segundos a consentir el monumento mural a Lope. La escritura fue firmada por doña Josefa Poyatos y sus hijos doña Juana, don José y don Epifanio López de Morelle de un lado, y, por otro, de todos los académicos presentes, así como por numerosos testigos entre los que se encontraban, ci-

tamos tan sólo algunos, el Alcalde de Madrid, Duque de Sesto, los señores del Valle y Losada, de la Congregación de Presbíteros Naturales de esta Villa, a la que perteneció Lope, de los Académicos de la Historia señores Benavides y Fort, de don Juan Montenegro, de la de Bellas Artes; don Salustiano Olózaga y Don Modesto Lafuente, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; numerosos poetas, actores y periodistas y del escultor del monumento don Ponciano Ponzano.

Ausente por enfermedad don Juan Eugenio Hartzenbusch, leyó un romance de este a la memoria de Lope el también académico don Manuel Cañete. Romance en el que se bosquejan a grandes pinceladas la vida del poeta y en el que se describe la ceremonia de su entierro.

Terminado este acto académico, salieron a los balcones centrales el Presidente de la Academia y el Alcalde de Madrid, procediendo a descender las cortinas de damasco que cubrían el monumento mientras que en la calle, donde se reunía un muy numeroso público, pese a lo desapacible del tiempo, la Banda de Ingenieros interpretaba un himno, y un piquete de guardias civiles veteranos, allí destacados para mantener la mayor compostura, presentaba armas. Se dio también cuenta en la reunión anterior de las excusas para asistir al acto de destacadas personas invitadas, entre ellas el poeta y académico don Ramón de Campoamor y don Adelardo López de Ayala, que había de representar a los autores dramáticos.

* * *

I. D' Halmar: Augusto. Augusto Geominne Thomson. 1882 - Valparaíso (Chile) 1950 Santiago de Chile.

II. Se encuentra situada esta lápida en la fachada de la casa número 8 de la calle de Loreto y Chicote, en la que vivió el renombrado escritor chileno Augusto D' Halmar. La misma fue colocada a instancias del Ayuntamiento madrileño.

III. La lápida de mármol con letras de bronce lleva la siguiente inscripción: «Aquí vivió y escribió lo mejor de su obra el ingenio de Chile, Augusto D' Halmar. Los escritores de Chile exaltan su memoria en el Madrid que tanto amó. A su eterna memoria esta lápida dedica el Excelentísimo Ayuntamiento, en 29 de octubre de 1958.

IV. El acto de la inauguración de la lápida se celebró en el mediodía del

miércoles 29 de octubre de 1958. Presidió la ceremonia el Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento madrileño señor Soler y Díaz Guijarro, en representación del Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde; El Embajador de Chile en España, don Oscar Sala, el Cónsul don Carlos Sander, el Director del Instituto de Cultura Hispánica don Blas Piñar y el Teniente de Alcalde, Marqués de Grijalba.

El señor Soler y Díaz Guijarro explicó la significación del acto evocando en muy bellos párrafos el Madrid en el que viviera D' Halmar, que con tanta fidelidad llevara éste a su obra. Terminó ofreciendo la lápida como expresión de gratitud del Concejo madrileño.

Acto seguido, el Embajador chileno leyó unas cuartillas de agradecimiento por el homenaje que se tributaba al gran escritor y que venía a poner de relieve los vínculos de amistad y amor entre Chile y España.

Por último, el Cónsul de Chile, don Carlos Sander pronunció un elocuente discurso, acabada semblanza de Augusto D' Halmar «poeta de la Hispanidad —dijo—, que a través de todos los caminos dejó su sangre, su pensamiento y su ilusión para beber en las tierras de España la prosa que constituye en sus obras un magnífico ejemplo de literatura».

Todos los discursos, así como el acto del descubrimiento de la lápida que efectuó el señor Soler, fueron acogidos con grandes aplausos por el público allí congregado, entre el que figuraba una muy nutrida representación de la colonia chilena en Madrid y de estudiantes de aquel país.

* * *

I. Jardiel Poncela. Enrique. Madrid 1901 - Madrid 1952. Humorista, escritor y comediógrafo.

II. En el mandato presidencial de la Sociedad General de Autores de Joaquín Calvo Sotelo, se inauguró en la casa número 29 de la calle de Augusto Figueroa, donde nació el gran comediógrafo y escritor, una lápida en su recuerdo.

III. El texto de la lápida reza así: «A la memoria del escritor Enrique Jardiel Poncela, que nació en esta casa el 15 de octubre de 1901. La Sociedad General de Autores de España. MCMLXVII».

IV. Al mediodía del sábado 18 de febrero de 1968 y ante la casa donde vivió Jardiel Poncela se celebró el acto inaugural de la mencionada lápida, ceremonia a la que asistió un numeroso

público entre el que figuraban actores y actrices de los teatros madrileños.

En primer término habló para hacer el ofrecimiento de la lápida el Presidente de la Sociedad, don Joaquín Calvo Sotelo, quien destacó la figura de Jardiel Poncela y su contribución tanto al teatro como a la literatura de humor. A continuación hizo uso de la palabra, agradeciendo en nombre del Ayuntamiento madrileño esta lápida, quien a la sazón era Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Madrid, don Jesús Suevos, quien destacó el madrileñismo de Jardiel. Por último, en nombre de la familia dio las gracias la hija de Jardiel, Evangelina, que señaló que Jardiel vivió allí poco tiempo.

* * *

I. Mesonero Romanos. Ramón. Madrid 1803 - Madrid 1882. Escritor. Cronista de Villa. Concejal.

II. La lápida que recuerda la memoria de uno de los grandes cronistas de la Villa de Madrid, le fue dedicada por el Ayuntamiento de la capital de España y colocada en la fachada de la casa donde vivió y murió, de la Plaza de Vázquez de Mella —antes de Bilbao— número 7, hoy desaparecida.

III. Lápida de mármol color plomizo, con un busto en relieve de Mesonero y una corona de laurel en bronce y con la siguiente inscripción: «A don Ramón de Mesonero Romanos, autor de las «Escenas Matritenses», cronista de la Villa, el Ayuntamiento de Madrid 1885». Fue autor de la misma el escultor don Justo Gandarias.

IV. Copia del acta notarial de la inauguración de la lápida conmemorativa colocada en honor del Cronista de Madrid D. Ramón de Mesonero Romanos, en la casa en que vivió y murió.

«En la muy heroica villa y corte de Madrid a treinta de Abril de mil ochocientos ochenta y cinco. Siendo las dos de la tarde, y en virtud de requerimiento y designación del Sr. Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Yo, D. José Gonzalo de las Casas y Quijano, Escribano de Cámara de S. M., vecino y Notario de esta capital y del ilustre Colegio territorial de la misma, me constituí en la casa número seis, plaza de Bilbao, manzana trescientos cinco, segundo cuartel hipotecario de esta corte, propia en la actualidad de los Sres. D. Francisco, D. Santiago, D. Manuel D.^a Mercedes

Mesonero Romanos é Icháso y de la Sra. D.^a María Salomé Icháso, como usufructuaria del quinto de la herencia de su señor esposo, y padre de los referidos cuatro señores antes nombrados, el ilustre difunto D. Ramón de Mesonero Romanos, cronista que fue de Madrid, que murió en dicha casa, con objeto de hacer constar la inauguración y colocación en la fachada de la misma casa de la lápida conmemorativa en honor del mismo, acordada por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital, y cuya ejecución fue encomendada a la Junta directiva de la Asociación de Escritores y Artistas.

Llegada dicha hora y estando en el despacho de la habitación que ocupó el Sr. D. Ramón Mesonero Romanos, cuarto principal de la misma casa, concurrieron los señores que al margen se expresan.

Y así, reunidos por el Excmo. Sr. Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, Sr. Núñez de Arce, se hizo constar:

1.^o Que el Excmo. Ayuntamiento de esta villa de Madrid, en sesión de dos de Marzo del corriente año, tuvo a bien acordar que por la Tesorería municipal se entregase a la Junta directiva de la Asociación, la cantidad de dos mil pesetas, con destino al estudio, construcción y colocación de una lápida conmemorativa en honor del ilustre cronista de Madrid, Sr. D. Ramón Mesonero Romanos; obra que debería llevarse a efecto en la forma y modo que mejor estimase la expresada Asociación, bajo la base de las dos mil pesetas referidas, y cuidando de que la mencionada lápida conmemorativa quedase colocada para el día de hoy, tercer aniversario del fallecimiento del insigne autor de las **Escenas matritenses**.

2.^o Que comunicado este acuerdo al Excmo. Sr. Presidente, en seis de Marzo último, y dada cuenta a la Junta directiva, formado por ésta y aprobado por el Excmo. Ayuntamiento el proyecto de lápida, se encomendó el estudio, construcción y colocación de la misma, al reputado escultor don Justo de Gandarias, que en obsequio de la Asociación de Escritores y Artistas a que pertenece, y con una generosidad digna de especial mención, ejecutó el trabajo llevado del amor al arte y de un sentimiento de consideración a la memoria de tan ilustre escritor, en condiciones superiores a la cantidad destinada para este objeto, pues si bien el coste del trabajo ascendía a cuatro mil pesetas, el autor ha renunciado a percibir las dos mil restantes, por el fin a que dicho trabajo se des-

tinuó; en cuya virtud, la Junta directiva de la Asociación, acordó un voto de gracias a favor del Sr. Gandarias; haciéndolo constar en este acto, como merece su generoso proceder.

3.^o Que ejecutado en tales términos el trabajo artístico y obtenida la competente autorización del Excmo. Ayuntamiento, para colocar la lápida, busto o monumento conmemorativo en honor del Sr. Mesonero Romanos en la casa número seis de la plaza de Bilbao, en que se celebra este acto, en sesión de treinta de Marzo, según comunicación dirigida al Sr. Secretario de la Asociación de Escritores y Artistas con fecha siete del corriente y de acuerdo con la familia de aquél, su señora viuda e hijos que, como queda indicado, son los actuales dueños de la finca, y cumpliendo la Junta directiva de la Asociación con la grata misión y encargo que le está conferido por el Excmo. Ayuntamiento, señaló el día de hoy para la inauguración del referido monumento conmemorativo en honor del insigne escritor, a cuyo fin han sido invitadas las personas y corporaciones presentes y representadas en este acto.

En su consecuencia, el Excmo. Sr. Presidente, mandó proceder a dicha inauguración, descubriéndose acto seguido el citado monumento, dejándose ver a la altura del piso principal de la referida casa una lápida de mármol gris y blanco con el busto del Sr. D. Ramón Mesonero Romanos y la siguiente leyenda:

**A DON RAMON MESONERO
ROMANOS AUTOR DE LAS
«ESCENAS MATRITENSES»
CRONISTA DE LA VILLA
EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
1885**

El Sr. Presidente declaró inaugurado el monumento conmemorativo en honor del esclarecido autor de las Escenas matritenses, como prueba de gratitud del pueblo de Madrid, con satisfacción de todos los concurrentes.

Acto seguido la señora viuda e hijos del célebre escritor conmemorado, los referidos D.^a María Salomé Icháso, D. Francisco, D. Santiago, don Manuel y D.^a Mercedes Mesonero Romanos e Icháso, dueños actuales de la finca en que queda colocada la lápida, deseando contribuir a su perpetuidad, manifestaron que: por sí y a nombre de los que sucedan en adelante en la propiedad o usufructo de dicha finca, se obligan en forma solemne, a conservarla esmeradamente, sin permitir su apeo, y que si éste fuere necesario, por

motivo de obras o reedificación de la casa, deberá ser repuesta en su lugar en la que se construyese, a la misma altura y adosada al edificio como queda inaugurada.

Con lo que se concluyó el acto. Y para que todo conste debidamente levanto la presente acta que firman los señores presentes, previa lectura que hice de la misma y enterados del derecho que les advertí tenían para leerla por sí, al que renunciaron. De todo lo cual y del conocimiento de dichos señores, doy fe.=Gaspar Núñez de Arce.=Por la Academia Española, el Conde de Cheste.=Tomás Rodríguez Rubí.=El Conde de Casa Valencia.=Víctor Balaguer.=Por la Asociación de Propietarios, Juan G. Chicote.=José Santa María.=Alejandro de la Torre.=Por el Ayuntamiento, Manuel Torre Rauri.=Por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros: Braulio A. Ramírez.=Manuel J. de Galdó.=Por la Párroquia, Máximo Segovia.=Por la Prensa periódica; Manuel Ossorio y Bernard, de la **Gaceta de Madrid**.=Justo de Gandarias.=Eduardo Castañer y Cuesta, de **La Correspondencia, Imparcial**.=Por **La Ilustración Española y Americana**, Juan Comba y García.=**El Día**, Vicente Parrilla.=Por el Círculo de Bellas Artes, el Presidente, Bernardo Rico.=Miguel de los Santos Álvarez.=Como autor de las **Escenas montañesas**, José M. de Pereda.=José Feliú y Codina, escritor catalán.=Por la Asociación de Escritores y Artistas, Manuel M. J. de Galdó.=José del Castillo y Soriano.=Manuel de Foronda.=Luis Vidart.=Antonio Cortón.=Luis Cabello y Aso, arquitecto.=F. Guillén Buzarán.=Por **La Madre Patria**, Heliodoro Mas y Pérez.=Faustino Rodríguez San Pedro.=El Capellán mayor de las Trinitarias, Juan Bautista Manzanedo.=Como presbítero de la Congregación de Naturales de Madrid, F. de Villanueva y Peñasco.=Fernando de Castro.=El Capellán mayor de Señoras Comendadoras de Santiago, Felipe Santiago Ineva.=Juan Moreno de Barutell.=María Salomé Icháso, viuda de Mesonero Romanos.=Mercedes Mesonero Romanos.=Francisco Mesonero Romanos.=Santiago Mesonero Romanos.=Manuel Mesonero Romanos.=Signado: José Gonzalo de las Casas. Con rúbrica.

Nota. En veintidós de Mayo del mismo año di copia para D. Francisco Mesonero Romanos en cuatro pliegos, clase décima, números seiscientos sesenta y cuatro mil novecientos cuarenta y siete al cincuenta. Doy fe.=Gonzalo de las Casas. Con rúbrica.

MADRID, EN SUS LIBROS

JUAN DE TORIJA: *Tratado breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid y Policía de ella.* Madrid, en casa de Antonio Pérez de Soto, 1760. Albatros Ediciones. Valencia, 1979.

ES creciente y hemos de afirmar, afortunadamente, el interés que los habitantes de las ciudades y pueblos —en esta ocasión de nuestra Coronada Villa de Madrid— sienten por aquellos libros que constituyen sus costumbres, su historia en suma. Y es cada día más frecuente y otra vez hemos de repetir lo de afortunadamente, como hombres dotados más por la sensibilidad que por afanes de negocio, van dando a la estampa aquellos libros que se pueden considerar virtualmente desaparecidos del mercado librero-anticuario o que saliendo a él lo hacen de un modo inasequible para muchos estudiosos.

La Colección Albatros ha iniciado, bajo un alto patronazgo —un académico, un librero tristemente desaparecido (Francisco Molina) y un impresor-editor—, una serie de libros que, en reproducción facsimilar finamente lograda, nos trae obras matritenses curiosas e interesantes, libros que hoy no se encuentran, me atrevo a decir, por parte alguna en los mejores Catálogos anticuarios.

Uno de éstos que ve la luz en días otoñales es el del famoso Arquitecto y Alarife del XVIII, Juan de Torija. Un innovador de sus días el que escribió estas Ordenanzas que, como muy bien dice su prologuista de hoy —estudioso de gran categoría este Pedro Navascués Palacio—, guardan gran «claridad expositiva en el desarrollo de los distintos temas, lo cual coloca a estas Ordenanzas por encima de las conocidas hasta entonces». Y más aún añadamos de tantas otras que en el correr del tiempo habrían de venir.

El Índice de los temas recogidos por Torija en sus Ordenanzas, que cosa rara, no fueron sancionadas legalmente por Madrid, pero sí editadas por su Municipio en 1661, es muy copioso. Nada se olvida el autor y aún hoy vemos cosas que pudieran muy bien corresponder al momento presente.

Es más que crítica una noticia esta columna para aviso de bibliógrafos matritenses. Y es junto a la alegría que a tantos puede dar este libro en la Colección que Luis Cervera Vera dirige e imprime Soler, un

buen rato de lectura de ellas, tanto como el magistral y erudito prólogo a las mismas puesto por el citado erudito Pedro de Navascués.

JUAN VILLARÍN: *El Madrid de Primo de Rivera, 1928.* Ediciones Nova. Madrid, 1979.

ENTRETENIDO, gracioso, curioso son tres términos que con toda amplitud podemos otorgar a este volumen de más que mediano formato y que con muy diversas y raras ilustraciones ha escrito con estilo de buen reportaje periodístico Juan Villarín García.

Sobre estas virtudes que atribuyo al libro de Villarín y que podrán comprobar los lectores de la obra, hay que señalar cómo siendo un hombre joven el autor, que por tanto no llegó a conocer los días del Madrid primoriverista, parece en muchas de las ocasiones que fuera cliente de las francesas de la calle de la Montera o tertuliano de ésta o aquélla, que en aquel Madrid proliferaban en sus cafés, que bien puede decirse se abrían al diálogo y al café con leche y media tostada en una esquina sí y otra no de la Villa de las Siete Estrellas.

Villarín no vivió el Madrid de aquellos tranquilos y baratos días, pero los ha revivido con una singular minuciosidad en las páginas de diarios y revistas, dándonos cosas olvidadas algunas y otras que ni los más curiosos de dicho período conocían.

Transportes, galanterías, negocios, escritores, barrios tantas y tantas más cosas que formaron el perfil de un Madrid ya más que lejano y más aún en costumbres que en años, son los que desfilan por las páginas de este volumen cuyas ilustraciones —su búsqueda y reproducción me refiere— constituyen algo de tan singular valor como el curioso texto. Un texto que se lee con encanto por los más y que para muchos constituye para un momento dado un centón de utilísimos datos difíciles de buscar y ahora merced a este libro fácil de hallarlos reunidos.

Un libro de pequeña historia, que contribuye de modo singular a formar la grande de una ciudad, en esta ocasión cargada de nostalgia: Madrid.

Juan SAMPELAYO

LA FIESTA DE SANTIAGO EL VERDE ROMERIA DEL SOTILLO (Cont.)

(Viene de la pág. 64)

mado que ya existía en el primer cuarto de siglo XVII, con la denominación de «El Sotillo», pues ya, por entonces, da título a una pieza anónima de 1616 «Baile del Sotillo de Manzanares», y a otra, también anónima, de la misma fecha «Baile del ¡Ay, ay, ay! y el Sotillo», descrita por Cotarelo.

La ya citada comedia costumbrista de intriga amorosa «Santiago el Verde», de Lope de Vega, es de hacia 1620, lo que corrobora su existencia, con toda su picaresca, desde tiempos de Felipe III, muerto en 1621. ¿Comenzó a celebrarse a finales del siglo XVI?

Tampoco se conoce el origen de la fiesta. Zabaleta dice que «Este concurso le empezó la devoción y le conserva el vicio»; o sea, que primero fue religiosa y pasó después a ser sólo diversión profana. Pero Zabaleta («moralista malhumorado», según le califica Herrero García) no da datos, ni nadie los ha visto hasta ahora, que yo sepa, sobre el posible antecedente religioso antes referido. Caro Baroja la sigue incluyendo entre las fiestas cristianas, no obstante la relación que establece con la leyenda profana del personaje irlandés *Jack in the Green*. Jerónimo de la Quintana recalca irónicamente que el «innumerable concurso, así de señores como de oficiales que la frecuentan», lo hace «con más regocijo que devoción»; esto hace pensar que tuviera algún contenido religioso.

He repasado algunos legajos del Archivo de Madrid y no he encontrado menciones de la de Santiago el Verde, en tanto que fiesta religiosa, por lo menos desde 1566 para acá. Deleito, sin embargo, menciona un breve pontificio recogido por Pellicer en los «Avisos» (25 de agosto de 1643), en el cual la fiesta de Santiago el Verde (o de San Felipe) no fue suprimida cuando la reorganización por aquel documento ordenada. Lo que parecería indicar que era una fiesta que por tradición había pasado a ser semioficial. En ninguna de las dos versiones

del «Calendario del nuevo año y de las fiestas que se guardan en Madrid», de Quevedo, se cita esta fiesta.

En las colecciones en que se repasan fiestas religiosas, libramientos, desmenuzamiento de gastos realizados en las mismas, reglamentos y licencias, procesiones, festividades de Madrid, supresión de algunas, etc., no se cita la del 1.º de mayo o de Santiago el Verde en ningún documento. Entre las dos fechas extremas de los pliegos impresos, 1746 (*Fiestas y procesiones que la muy noble, leal, imperial y coronada Villa de Madrid celebra cada año por voto y devoción*) y 1826 (*Festividades que Madrid celebra*), no aparece para nada; ni cofradías o hermandades así denominadas (Viñas Mey). En uno de ellos se señalan hasta los turnos que han de seguir las personalidades o autoridades y las comisiones que asistan. No figura el nombre de Santiago el Verde en otros documentos que se refieren a las «Fiestas a las que Madrid asiste por convite», ni en los referentes a otros variados asuntos: fincas rústicas, afueras de la Puerta o del Puente de Segovia, Canal del Manzanares, tierras entre la Puerta de Toledo y el Portillo de Embajadores, otras zonas ribereñas del Manzanares, paseos y caminos, puentes, puertas, privilegios, arbolado, obras municipales, sucesos notables, etc. Tampoco con el nombre del Sotillo.

Esta falta de referencias autoriza a suponer que tal fiesta acaso nunca fue devota, a pesar de las conjeturas de Zabaleta y de Jerónimo de la Quintana. Decía Almansa, citado por Maravall, que «ni en las fiestas religiosas resaltaba la devoción». Por eso extraña que nuestro contemporáneo Pedro de Répide hable de que los madrileños bajaban al Sotillo en la madrugada y en honra devota de los dos apóstoles Santiago y San Felipe, y que Caro Baroja califique a la fiesta de cristiana.

Es difícil, pues, asegurar ahora con bases históricas, que la fiesta de Santiago el Verde fuese en sus comienzos, religiosa, católica. Aun teniendo en cuenta que las fiestas litúrgicas dege-

neran en sentido profano a lo largo del tiempo. Podría incluso ser plausible la idea contraria: que la iglesia española hubiera pensado alguna vez en aprovecharla o asimilarla para beneficios espirituales de incautos o para espantar a las gentes con el pretexto de su casi demoníaco peligro. Este texto de Benassar me parece muy útil para entender el tema: «El largo reinado de la fiesta y de la diversión en España sugiere una resistencia porfiada y, a menudo, victoriosa, a los valores y virtudes burguesas que la fiesta, por su propia naturaleza, tiene que despreciar. Porque la fiesta es, a la vez, ausencia de trabajo, reto al espíritu de ahorro, paroxismo en el consumo y olvido de toda previsión. Y ofrece, además, porque en ella es esencial la participación de las masas, una envidiable ocasión para satisfacer el exhibicionismo y la ostentación. La naciente sociedad industrial se esforzó con tenacidad en acabar con tales actitudes y tales comportamientos. Y una de las razones profundas, aunque desde luego inconsciente, del apego español al catolicismo ha sido quizá la protección y el favor que la Iglesia católica acordó siempre a la fiesta. Y ésta se los devolvió con creces». Creo que, en efecto, la adhesión hispana al catolicismo tuvo y sigue teniendo mucho de inconsciente o de ingenuo; pero la Iglesia no pecó de inconsciencia ni de ingenuidad al promover las fiestas profanas, que eran netamente pecaminosas; y cuando eran exponentes de un claro paganismo las asimilaba a plena conciencia estratégica.

El carácter profano o predominantemente profano de la fiesta se deduce de su inclusión por Remiro de Navarra en su librito «Los peligros de Madrid» y de una breve citación de Salcedo Coronel, según referencia de G. de Amezúa. En la «Descripción de Santiago el Verde», de Francisco Quintana, se entrevé un simple origen profano pues, a pesar de la profusión de detalles que aporta, en ningún punto habla de devociones, advocaciones, ni santos. Al final de la tercera estrofa dice:

... «celebre el día a quien, veloz la Fama
con voz común Santiago el Verde llama...»

Tengo la impresión de que la rome-
ría acaso pudo ser inicialmente con-
memorativa del santo del rey Felipe,
que posteriormente cambió de nom-
bre, para festejar la llegada de los
verdes primaverales en las praderas
que bordeaban el Manzanares y en la
misma isleta del Sotillo; y que se fijó
definitivamente en una fecha mnemo-
técnicamente concreta, el 1.º de
mayo, que era el día de San Felipe y
también de Santiago el Menor. Lógi-
camente sería poco respetuoso para los
reyes ponerles el adjetivo de verde, ya
que en ella y en aquel lugar se desfo-
gaban los ardores humanos que alte-
ran la sangre en primavera, como dice
el refrán.

¿Por qué se puso el calificativo de
Verde sólo a Santiago y solamente en
relación con esta fiesta? La opinión
general es que se debe a la coinciden-
cia con la irrupción de los verdes botá-
nicos de la primavera, a pesar de que
ésta empieza bastante antes (equinocio
de marzo, día 21) y de que las lluvias
de abril («en abril aguas mil») rejuve-
necían a las plantas también antes de
mayo. El verdor primaveral haría la
convocatoria al natural estallido de las
alegrías juveniles y a las apetencias
libidinosas con sus estallidos de amor.
Así parece deducirse de la fábula «*El
cuerpo amante*», de Miguel Mireno,
donde se dice: «Llegó el día de Santia-
go a quien la primavera, de cuyo tiem-
po florido viene, ha dado el justo
nombre de verde».

Lo de «el verde» parece, pues, no
tener relación alguna con el apóstol
Santiago; tal parece deducirse tam-
bién de la dedicatoria que Lope de
Vega pone a «*Las mujeres sin hom-
bres*» (R.Ac. VI, 35), donde habla de
«el 1.º de mayo que llama Verde»).
Acaso el musgo que cubriera a las
piedras residuales de la vieja ermita
contribuyera también a enverdecer el
ambiente. Jacinto Polo de Medina, ci-
tado por Herrero García, al escribir a
una señora que siempre vestía de
verde, le decía:

«Después que reverdeciste,
ya te llaman por ahí
como a Santiago el Verde
Filida la Verde a ti.»

Caro Baroja, en su último libro
sobre las fiestas de mayo, siguiendo a
Rosier, a González Palencia y Mele
y a otros, encuentra similitud o equi-
valencia entre la de Santiago el Verde
y la leyenda irlandesa de *Jack in the
Green*. Es una idea antropofolklorica
interesante, aunque sean diferentes el

hecho de poner el adjetivo de verde a
Santiago (*James*, en inglés), el santo
del día, y el de vestir de verde a ese
diminutivo de *John* (Juan), que es
Jack (Juanito); podría quizá ser más
lógico equiparar tal leyenda a la fiesta
de San Juan, que comienza el solsticio
de verano; pero esta fiesta es mucho
más tardía. Ignoro si el adjetivo verde
podrá tener conexión alguna con una
«maxicomedia» que en aleluyas cita
Varey titulada *Diablo verde* (Pliego
del Museo Municipal).

Queda la posibilidad de otra hipóte-
sis, realmente aventurada: que se utili-
zara el nombre de Santiago aplicándo-
le irreverentemente ese color que, ya
en el siglo XVI, se utilizaba para cali-
ficar a la galantería libre y pornográ-
fica, como sigue haciéndose hoy en día,
dado el desenfreno moral que después
comentará. La adscripción de la pala-
bra verde a las cosas pornográficas o
eróticas es muy antigua. Góngora la
matizó en parte.

Yo me inclino, como la mayoría,
desde Zabaleta a Caro Baroja, a pen-
sar en la influencia de los verdes pri-
maverales; me parece la idea más
razonable.

* * *

La asistencia de romeros a la fiesta
de Santiago el Verde alcanzaba cifras
altísimas. G. de Amezúa toma de Sal-
cedo Coronel el dato de que el Sotillo
era frecuentado «por la mayor parte
de las gentes de Madrid». Respecto al
número de mujeres que iban, Lope
dice en su dedicatoria de «*Las Muje-
res sin hombres*» «Trescientas mil mu-
jeres no le parezcan a Vm. muchas,
pues las he visto en la Corte en un día
del Angel o en el Soto de Manza-
nares el 1 de mayo...». Me parece una
monstruosa y bromista exageración,
porque si el número de hombres no
fuera a la zaga, la cifra total de seis-
cientas mil personas resulta inconce-
bible. Sobre todo si pensamos que la
fiesta se celebrara en aquel o aquellos
isletes, alargados pero pequeños, ricos
en arbolado, a veces acotados por len-
guetas de río, aunque también se re-
uniera la gente en las orillas. El número
de habitantes de Madrid no daba para
tanto, incluso si sumáramos los rome-
ros venidos de otros puntos próximos
a Madrid o del resto de España, cosa
difícil. Sanz del Castillo, también
según referencia de G. de Amezúa,
dijo que «las tres salidas que fuera de
Madrid hacen las damas» (1641) eran
al Sotillo, a la Casa de Campo y a
Nuestra Señora de Atocha; y Remiro
de Navarra menciona los días del So-

tillo, Cruces, San Isidro y Trapo o
Trapillo, como las más concurridas.

Mujeres y hombres de todas las es-
calas sociales gozaban allí en los tonos
más animados y escandalosos; acudían
para merendar, para mercar cosillas y
chucherías en los puestos feriales (li-
moncillos, suplicaciones o barquillos,
almendras, pastillas, limas, tablillas,
aloja, agua de canela, etc.) y para
cenar. Al hablar de las meriendas al
aire libre, Brunel exponía esta triste
opinión: «Los españoles se complacen
tanto en comisquear en el campo
(aunque no sea más que una cebolla,
una ensalada, un plato de jamón o
algún huevo duro), porque suelen
hacer muy malas comidas». Demos de
lado a lo de si hay o no motivos para
esta última afirmación; pero no deja
de ser triste que en aquellas mujeres
perfumadas pudiera ser una cebolla o
un ajo (Villar dice: «trasciende por
doquier el ajo») el concomitante y
oloroso cebo para la conquista de un
amor, que además de ciego podría til-
dársele de anósmico.

En un manuscrito de la Biblioteca
Nacional se lee esta décima:

«Cacharros, esteras, pitos,
Escobas, palas, horquillas,
Mesas viejas, cojas sillas,
Con armarios infinitos.
Dominguillos muy bonitos
Todos puestos con ardid,
Ropas del tiempo del Cid,
Avellanas, cuernos, frutas,
Muchos pillos, muchas ...
Son las ferias de Madrid.»

(Bibl. Nac. Manuscritos, 10995, fol. 102.)

Es una buena descripción de lo que
en las ferias se vendía. También en
«*Las Ferias de Madrid*», de Lope de
Vega, hay detalles en cuanto al tema.

En el decir de Sáinz de Robles el
«día del Sotillo», las jóvenes iban para
enorgullecerse de sus conquistas con
labia y retruécanos; los políticos para
pulsar con sus propias impresiones el
latir del pueblo y divertirse en deva-
neos extracurriculares; los villanos y
plebeyos para distraerse comiendo y
bebiendo y cantando y bailando sin
límites; muchos para galantear con las
esposas ajenas, mientras otros galan-
teaban con las suyas. «Raro era en
verdad el madrileño que en este seña-
lado día dejaba de bajar al Sotillo»
(G. de Amezúa).

Los coches acudían bien adornados
con visillos, flores, embanastados de
personas de todos los linajes («Mujeres
bien honestas y recatadas, bien libres
y desenvueltas; ora con sus padres y
maridos, ora con sus galanes y marte-
los») (G. de Amezúa). Caro Baroja re-
produce versos de otra obra de Lope,

«La Villana de Getafe» que terminan así:

«.....
en saltar, correr, danzar,
llevar un carro enramado
por Santiago el Verde al prado?»

Dice Bennassar que en Madrid «tanto el carruaje como el pasear en él se convirtieron en un culto». En 1684 había un censo de 1.120 carruajes, muchos de ellos carrozas, para un total de mil propietarios (tomado de Fayard). La referencia que hace Remiro de Navarra a lo que, según él, era la fiesta del Soto o del Sotillo como segundo peligro de Madrid, gira alrededor de las conquistas de cuatro damas que bajo la égida de una llamada Terenciana de Aragón acudieron a la romería en un coche. Cuenta también el caso de un caballero que «gitaneando y haciendo escarceos y corvetas» saludó desde lo alto de su caballo a las castigadoras damas con este cuasipiro-pio típico de la fiesta: «No hay más que ver, la gala de Madrid, la flor del Soto».

Se juntaban allí desde el rey al último villano; la corte entera. Respecto al rey es conocida con seguridad la presencia de Felipe IV en 1623 (el año de la «ruinosa cabalgata» de febrero), a los dos años de subir al trono (Andrés Almansa y Mendoza; Pérez de la Sala; citados por Deleito), en 1636 y 1637, aunque se supone que asistiera otras veces, por ejemplo, en 1651, según Jerónimo de Barrionuevo (2). Se desplazaba desde Aranjuez sólo, dice Brunel, acaso en busca de amores clandestinos, pero a veces le acompañaba la reina Isabel, como se deduce de la descripción de Quintana:

«Sin guarda, porque a ser la mejor guarda
La lealtad, quiere honor que se anticipe,
Viene el cuarto Felipe, porque aguarda
Que todo de su visita participe.»

«Y tú bella Isabel otros repiten
Pues reinas en las almas y en los ojos...»

¿Quién sabe si los amores de Felipe IV con la Calderona no habrían empezado en el Sotillo! Dice Bennassar: «En el siglo XVII los *validos* prodigaron las festividades, con la evidente intención de deslumbrar, en especial el Duque de Lerma y el Conde Duque de Olivares. Este... pasaba el tiempo divirtiéndose en bailes, mascaradas y farsas». E. del Villar rememora la fiesta diciendo: «De pronto se arremolina y estruja la gente, acosada por los caballos que se hacen a un lado, la avalancha se detiene y se bajan respetuosamente las cortinas de cuero de los

coches. Escortada por la guardia española, cuyas alabardas relucen al sol, pasa la carroza real, de rico encerado verde, tirada por seis magníficos caballos píos cuyas crines adornan profusión de papillotes de oro y lazos de seda rosa. En el fondo oscuro de los cristales, más se adivinan que se ven los rubios y afilados bigotes, el grueso labio y pronunciado mentón y los severos ojos azules del cuarto Felipe».

No hay datos históricamente consignados de la asistencia de otros reyes anteriores o posteriores a Felipe IV, pero sí de la importancia que tuvo la de éste. Así, en el capítulo «Madrid» de la *Crónica General de España* dirigida por Rosell, se dice que después de las festividades religiosas con motivo de la venida de Felipe IV, «se celebró con más animación aún de lo que era costumbre la romería popular llamada de Santiago el Verde, que consistía en acudir las damas deseosas de lucir sus galas al sitio conocido por el Sotillo y alternar allí en franco regocijo con los galanes que solicitaban sus favores, atraídos por el reclamo de sus encantos» (p. 165). Esto se escribía a mediados del siglo XIX.

Viniendo también de las Puertas de Vallecas, de Toledo o de Valencia la gran masa de gente entraba en el Sotillo entremezclándose y, naturalmente, extraviándose de sus allegados en busca de aventuras casi siempre anticipada y celestinescamente concertadas, como se exhibe en la comedia lopesca, lo que solía acarrear graves riesgos para «la honestidad de las damas y la honra de los maridos» (Sáinz de Robles) y para la ulterior intimidad hogareña; no digamos en lo que se refiere a las recién casadas que fueran ligeras de cascos. Véase lo que dice esta letrilla de Góngora, que reproducen muchos autores:

«No vayas Gil, al Sotillo,
que yo sé,
quién novio al Sotillo fue
y volvió hecho novillo.»

Y también esta canción de Lope en su «Santiago el Verde»:

«En Santiago el Verde
me dieron celos;
noche tiene el día
vengarme pienso.
Alamos del Soto
¿dónde está mi amor?
Si se fue con otro morirme yo.»

El mismo Lope, en «La Carbonera», expone el tono de los amores espúreos que en la fiesta se daban. El personaje Menga, para darle celos a Bras, le dice:

«Mas vale que tú, Benito,
que es más galán y más cuerdo:

.....
hoy escucho sus requiebros,
hoy bailo con él, hoy quiero
que el primer día de Mayo
cante en mis ventanas versos,
ponga un jardín con obleas
y entre los demás mancebos
diga que soy su velada,
su novia, su casamiento...»

La exhibición de la belleza femenina, de sus vestiduras y sus afeites no tenían límites y se preparaba con gran antelación. Brunel, comentando esto en una descripción de la fiesta que yo no he podido consultar directamente, dice que las mujeres no olvidan «ni el bermellón ni el albayalde...». Quevedo habla del olor a cera que en las caras femeninas se notaba al besarlas. Y Lope en «La niñez de San Isidro» al describir los femeninos vestuarios y recordando la fiesta del Sotillo escribió:

«Válgame Santiago el Verde,
y qué de cosas te ensartas...»

Un personaje de Lope dice:

«Bien parecéis forastero,
pues no sabéis que se llama
Santiago el Verde este día
en que las hermosas damas
y las que no son hermosas
van con espantosas galas
al Soto de Manzanares.»

(«Santiago el Verde», acto 1.º, escena 2.ª)

Al flamenco Laurent Vidal le llamó mucho la atención en 1517 el apasionamiento con que las mujeres españolas abusaban del adorno y de los afeites y escribió: «se pintaban y acicalaban demasiado» (tomado de Bennassar). Y en su descripción de cuadros de antaño dice Del Villar que la «única belleza natural que conserva el rostro» de las mujeres en Santiago el Verde era el brillo de los ojos.

Casi lo mismo podría decirse de los hombres en cuanto a sus vestimentas y sus afeites. Maravall reproduce datos de la época que demuestran una intensificación del afeminamiento en el vestir y en los adornos y un exceso en las relaciones sexuales ilícitas, «incluido el homosexualismo», todo lo cual «ponía al descubierto un estado de relajación moral generalizado» (San-

(2) Amador de los Ríos hace suponer que en 1623, el monarca pudo ir con el Príncipe de Gales en ocasión de la visita de éste a Madrid, pero de sus palabras y de las que recoge de Soto y Aguilar, más bien parece deducirse que por aquellas fechas el inglés organizó otra fiesta.

cho de Moncada, Pellicer de Tovas, etcétera).

Los hombres recurrían a toda clase de tretas y de valientes decisiones aventureras. Desde los aristócratas de rango más elevado a los plebeyos, todo el mundo se lanzaba ese día a obtener el triunfo de sus caprichos o de sus sueños de amor. Castillo de Solórzano en «*Tardes entretenidas*» afirma que «toda la Corte [salía] al Sotillo que llaman Santiago el Verde». Imagino que al anochecer las gentes desaparecerían por la alameda, por las orillas del río, o por los más lejanos rincones de aquel gran Soto de Madrid y que las esposas, maridos y parejas de novios verían con tristeza desarticularse sus compromisos. Zabaleta termina el capítulo sobre «Santiago el Verde en Madrid», diciendo: «La plebe ínfima, desgranada por aquellos suelos, ya se junta en ranchos, ya se aparta en pependencias, ya se muele en bailes, ya se apelmaza en tragos...».

Víctimas del alcohol y de la excitación erótica hombres y mujeres también se daban calones y baños en el Manzanares. Jerónimo de Barriónuevo en sus «*Avisos*» escribió que en 1651, el «domingo, día de Santiago, fue apacible y templado; de mar a mar el río de coches y de hombres y mujeres en pelota (3), mediovestidos y desnudos...» y señala que ese año «Festéjé el Rey por grande espacio»; que era Felipe IV, aunque ya estaba fuera de la órbita del Conde Duque de Olivares. Borracheras, retos, lances de amor y hasta asesinatos debieron ser relativamente frecuentes. León Pinelo recuerda, por ejemplo, que el día de Santiago el Verde, el Marqués del Valle a los 26 años, fue matado por unos mozos, «sin darle tiempo a confesarse», como consecuencia de las bebidas y de la bullangería. Tirso de Molina, al hablar de Madrid, «si tempestuoso para inquietos y viciosos», habla de la «pacífica confusión» y del «vasallaje libre» («*El disfrazado*» B.A.E., XXX-III, p. 249). En la «*Mojiganga del Barrendero*», de Francisco de Castro, el barrendero borracho azuzaba y molestaba a los circunstantes.

Piensa Viñas Mey que lo de las borracheras fue una innovación social muy posterior a Felipe II y reproduce palabras de Medina según las cuales en el siglo XVI casi no se bebía vino, mientras que en el XVII las cosas habían cambiado tanto que los mozos parecían «podridos y cocidos en vino», sin duda por la influencia de los europeos del norte que en España y en Madrid habían asentado (Casa de Le-

ruela, Alonso de Herrera, Viñas Mey) pues entraban varias decenas de miles por años.

La juerga y el griterío tenían que ser casi regla. El individuo triste, aburrido, moralista, nada tenía que hacer allí. Unamuno en un artículo de 1932 publicado en *El Sol*, al comentar la obra de Lope de Vega *Santiago el Verde* dice que la fiesta era un «Fuego de amoroso holgorio popular que enciende al Soto». En la comedia de Lope de Vega canta el músico esto:

«Quién dice que éste no es
Santiago el Verde y sus flores
no tenga dicha en amores,
cuéstele mucho interés,
y no de arrayan alegre».

(Acto 2.º).

En un sermón de Ximénez de Embín, citado por Maravall, se considera a España como un racimo cuyos granos... «unos podridos en el estiércol de la lascivia, secos otros de todo jugo de virtud, verdes los demás de devaneos, todos para echados a mal». Y Marañón, en su biografía del Conde Duque de Olivares, da amplias referencias del ambiente social corrompido, aunque no cita la fiesta de Santiago el Verde.

El problema del jolgorio, de las tropelías y del relajo femenino alcanzaba límites extraordinarios para aquellos tiempos, aunque hoy parecerían inoportunas. Herrero García pone en tela de juicio la calidad de las mujeres que allí iban o que allí se transformaban. Quiñones de Benavente habla de que las mujeres pedigüeñas, las cuñadas y las suegras iracundas, las esposas descontentadizas actúan como fieras... y asimila todas las categorías del bello sexo a la fauna selvática. En el «*Entremés del Mago*» dice:

«Mirad las fieras que a pares
se crían en el Sotillo».

El mismo autor también habla de la picaresca en la fiesta del Sotillo en el entremés «*La Capeadora*».

Es natural pensar que allí tenía que haber alguien que aparentase ejercer un cierto control, y Herrero García dice que la autoridad enviaba, para repartir licores y guardar el orden, «nueve alguaciles para cada uno de los seis Alcaldes de Cortes» («*Libro de Alcaldes de Casa y Corte*», 1650, folio 96). Pero esto no impedía que se cometieran tropelías y, hasta vandalismos. La fiesta de Santiago el Verde, era, pues, licenciosa en exceso, algo así como una suelta temporal de libertades reprimidas, lo que siempre presagía conflictos graves, al

menos en la intimidad familiar. Pero no confundamos lo que entonces podía calificarse de licencioso con la pornografía de hogaño. En aquellos tiempos y por razones que no corresponde a este lugar discutir, la «lujuria a la vista» solía ser mínima porque todo transcendía socialmente. Sin embargo, la privada alcanzaba límites altísimos. Las libertades que en Santiago el Verde las gentes se podían tomar eran, como dice Luis Rosales (4), meros prolegómenos de lo que allí empezaba a gestarse o a proyectarse para la ulterior clandestinidad. En el capítulo que Maravall dedica al teatro y a las fiestas en la época de la cultura barroca, dice estas concluyentes palabras: «A las grandes fiestas de la Corte, se añaden las verbenas, bailes, juegos de cañas, toros, máscaras, etcétera, con la organización de festejos que tratan de distraer al pueblo de sus males y aturdirlo en admiración hacia los que pueden ordenar tanto esplendor o diversión tan gozosa. La fiesta [se refiere a todas en general] es un divertimento que aturde a los que mandan y a los que obedecen y que a éstos hace creer y a los otros les crea la ilusión de que aún quedan riqueza y poder».

Los asistentes volvían hacia Madrid, de madrugada o ya entrado el día, beodos o agotados los hombres, las damas con sensación de triunfo por haber logrado la culminación de un sueño prohibido o la inesperada, azarosa y sorpresiva aparición de un amor primero o nuevo. Retornaban cantando cosas típicas de la fiesta, de la fecha, de la región. Allí, lógicamente, se bailarían todos los «bailes del río» y todas las danzas de las épocas durante las cuales la fiesta perduró. Entre otros muchos, el que se cita en el entremés «*El baile del Ay-ay-ay y del Sotillo*» recogido por Cotarelo. De los cantares de este baile son las estrofas de esta escena:

Músicos:

«¡Ay, ay, ay!

estopilla de Cambray.

¡Ay, ay, ay!, que el ¡Ay, ay, ay!

(3) Esto de aparecer «en pelota» podría ser una exageración de Barriónuevo, pues en aquellos tiempos y con tanta perspectiva de complicaciones sociales, el desnudismo no se practicaba ni para la vida más íntima; pero Remiro de Navarra, al describir el peligro IX de Madrid, «de los baños de Julio» en las Riberas del Manzanares, pone asimismo ejemplos crudos.

(4) En el coloquio consecutivo a una conferencia pronunciada por mí en los salones de la Marquesa de O'Reilly (1976).

que hasta el alma se me ha entregado;
quien el ay, ay, ay no baila,
el gusto tiene estragado.
¡Ay, ay, ay!

Fregona 1.ª:

En un pocito de celos
¡Ay, ay, ay! estoy metida;
que si el amor no me saca,
¡Ay, ay, ay! yo soy perdida.
¡Ay, ay, ay!

Beltrán:

Todos dicen ¡Ay, ay!
¡Ay, ay! con todos diga.
Mal haya quien no dijere
¡Ay, ay, ay! como yo digo.
¡Ay, ay, ay!

Vergara Martín recoge a esta otra:

«Cómo bailan las manolas,
día de Santiago el Verde,
a orillas del Manzanares
cuando el sol claro amanece».

Pedro de Répide ha dado recientemente esta otra versión del cantar:

«¡Qué bien bailan las serranas,
día de Santiago el Verde,
en el Val del Manzanares
cuando el sol claro amanece!
Dejan el Sotillo todas,
llevando sobre las frentes
guirnalda entretejida
de rosas y de claveles».

Pedro Vargas (citado por Deleito) adapta esa misma versión a la fiesta de San Juan con esta variante:

«¡Qué bien bailan las serranas
día de San Juan el Verde
en el Val del Manzanares,
cuando el sol claro amanece».

y despidiéndose hasta el siguiente año, para entrar en Madrid por la Huerta del Bayo la mayoría de los romeros. Con un remate final derivado de una égloga de Lope de Vega que terminaba así:

«Ninfas del Manzanares y pastores,
ya no hay amor, que aquí murió de amores».

Que aquella fiesta solía dejar importantes residuos para el arrepentimiento y el remordimiento se deduce de estas estrofas de una canción compuesta el siglo pasado por Hurtado Valhondo a imitación de las del siglo XVII y reproducida por González Palencia y Mele:

«A un caballero, madre,
galán y alegre,
por besar a una niña
le han dado muerte.

Se quemó en unos ojos,
picó claveles;

la abeja cuando pica
dicen que muere.

Mala tarde le ha dado
Santiago el Verde:
bajó mozo y con vida,
¡sin ella vuelve!».

Angel R. Chavés, en su poema «La Maya de Leganitos», refiriéndose a las diferentes fiestas de comienzo de mayo, escribe esto:

«Mal haya amen de esta fiesta,
mal haya si; si mal haya;
con ella entró la deshonra
y la muerte en esta casa».

Y un caballero que está oyendo esas palabras, dice:

«Si, razón tiene; mal hayan
fiestas que en memoria dejan
remordimientos al alma».

Hay un aspecto de la fiesta de Santiago el Verde que me desconcierta. En las épocas de Felipe III, Felipe IV, María Ana de Austria y Carlos II, cronológicamente en el siglo XVII, era tradicional que en todas las fiestas importantes, cualquiera que fuese la causa desencadenante (conmemoraciones, actos de la realeza, etc., etc.) (5) se contara con la invención de algún mecanismo ingenioso, de algún artefacto inusitado o de una construcción arquitectónica que, con cartón y madera u otros medios, «aunque sea con materiales deleznable» (Maravall), y con monigotes o muñecos (dragones, tarasca, peleles, autómatas en general), según descripciones de la época recogidas por Varey, por Deleito, por Maravall, por Caro Baroja y por otros muchos. Pues bien, en ninguna de las descripciones de Santiago el Verde se señala la presencia de objetos de ese tipo. Esto resulta extraño, dados el espíritu populachero de la romería del Sotillo, «Acaso la más regocijada y concurrida de la vida madrileña» (G. de Amezúa) y la abyecta ambientación de la misma, con su descarriamiento sexual y su libertinaje máximo, más llamativo que en la precedente fiesta del Trapillo. Esta última era para gente modesta, pero la de Santiago el Verde con gentes de todas las clases sociales, se prestaba más al alcahuetismo.

* * *

No puedo precisar, pues carezco de datos, hasta cuando estuvo celebrándose esta fiesta y cómo y por qué desapareció. En tanto que de otras se conocen fechas concretas de su prohibición, por ejemplo, de la de las

Mayas (bandos de Carlos III en 1769 y 1770), que hubo de ratificar Carlos IV en 1789 (según Rodríguez Solís), de la fecha en que definitivamente se suprimió la de Santiago el Verde o de sus causas no hay informaciones claras.

En esa orden de 1789 se prohibía que las verbenas, todas, se prolongaran más allá de las doce de la noche, pero no se hace referencia a esta fiesta. Todos los autores que de Santiago el Verde se han ocupado soslayan este aspecto. Hay contradicciones importantes; por ejemplo, mientras en muchos documentos de comienzo del siglo XIX ya no se cita tal festividad («Madrid y sus diarios», Inst. Est. Madr. 1961, que se inicia en 1830), en 1665, año de la muerte de Felipe IV (17 de septiembre), se recogían detalles que valoraban la presencia de éste en Santiago el Verde, como ya he dicho. En 1868 publica Juan A. Viedma su ya citada larga, simpática y cursi composición poética que empieza diciendo:

«Mañana es Santiago el Verde.
Santiago el Verde es mañana
y se enloquece la Villa
por devoción a la holganza».

El poema de Viedma es un relato del contenido íntegro de la fiesta y de él podría acaso deducirse que a mediados del siglo pasado todavía se festejaba. En «Madrid Cómico» del día 6 de mayo de 1883 y en la sección titulada «De todo un poco», que escribía Eduardo del Palacio, se dice que la semana empezó con la fiesta del 3 de mayo (la Cruz de Mayo) y termina con las elecciones para concejales. Puede, pues, pensarse que en ese año la fiesta de Santiago el Verde, que era mucho más importante que la de la Cruz de Mayo (aunque ésta se prolongaba casi todo el mes en tono menor), ya no se celebraba. Esto lo corroboran otros dos datos: el título que dio Hartzzenbusch a un artículo publicado en 1847: «Costumbres españolas del siglo XVII. Santiago el Verde en Madrid»; y el hecho de que E. del Villar incluya su relato en la fiesta de 1848 entre sus «Cuadros de antaño». El título de Hartzzenbusch me parece definitivo.

No aparece citada su prohibición o anulación oficial en los «Bandos del Alcalde»... contra los bailes, recogidos por Esquer Torra en su tra-

(5) Bennassar habla de la frecuencia con que cada año se celebraban en España fiestas conmemorativas de hechos que hubieran hecho historia; por ejemplo, del fin de una epidemia mortífera, de un siniestro excepcional.

bajo sobre las diversiones veraniegas del Madrid dieciochesco. En el Archivo de la Villa hay numerosos documentos fichados sobre prohibiciones de fiestas, y aunque no los he estudiado a fondo y con minuciosidad, no he visto citados Santiago el Verde, ni el Sotillo, ni el Soto. También pudo ocurrir, como sucedió con tantas fiestas de Madrid, que empezara a perder «calidades» con las prohibiciones moralistas consecutivas a Felipe IV, para ir quedando reducido a simple verbena y desaparecer totalmente más tarde. De las verbenas de los diferentes barrios, que hasta hace pocos años habían sido fiestas más importantes, sólo perduran, y ya tristemente reducidas en categoría, las de San Isidro y San Antonio de la Florida. Quizá evolucionara de esa manera la fiesta del Sotillo, persistiendo sólo como tal verbena hasta que desapareciera con la última y definitiva canalización del Manzanares (1914). El dato citado de Viedma, los artículos de Hartzenbusch y de Del Villar y la zarzuela de Carlos Ortí «*Santiago el Verde*» (1931) así lo sugieren; en la escena primera del cuadro segundo de esta zarzuela, el coro general canta:

«Manzanares risueño,
Sotillo alegre
tu primera verbena
Santiago el Verde.
En tus paseos
lucen toda su gracia
los madrileños».

Y en otro lugar de la misma zarzuela:

«Id a Santiago el Verde
amigos míos,
y contad con nosotros
en el corrillo».

Por fechas próximas (1920-1930) publica don Ramón del Valle Inclán su esperpento «*Los Cuernos de Don Friolera*» y sitúa las escenas en un pueblo de casas blanqueadas, al que llama San Fernando del Cabo, «perla marina de España», (cerca de Algeciras... ¿El San Fernando de hoy o La Isla de San Fernando?); y en tres lugares del mismo habla de Santiago el Verde. «Costanilla de Santiago el Verde, subiendo al Puerto», dice en la escena segunda al situar la acción. «¡Por eso hacía la señal la campana de Santiago el Verde!», dice su personaje doña Loreta, en la misma escena; y la tercera la sitúa en «el cementerio de Santiago el Verde». ¿Por qué, en el primer cuarto de este siglo, don Ramón, aún trastocando lugares,

saca a relucir una costanilla, una campana y un cementerio de Santiago el Verde lejos de Madrid? Sin duda, porque cuando escribió la obra todavía perduraba la fama de aquella fiesta, y Valle Inclán, enterado de las características de la misma, de su renombre y de su eco social, trasplantó los hechos a donde y cuando literalmente le convenía, como piensan Zamora Vicente y García Sabell de la técnica literaria del gran escritor gallego. Así logró matizar más esperpénticamente la intención burlesca de su obra.

Es posible, pues, que poco tiempo antes de que fuera completada o perfeccionada la canalización del río, la fiesta de Santiago el Verde o del Sotillo hubiera quedado reducida a sólo intrascendente verbena y quizá trasladada de lugar a las cercanías (orillas del canal), para ser, en todo caso, la primera verbena, en el orden cronológico anual, de las vecindades del Manzanares. Lo más probable, pienso, es que la canalización del río, aún dejando a un lado parte de las praderas, hoy con edificaciones, se llevara por delante, como ingenierilmente era lógico y sanitariamente necesario, la zona donde el río remansaba en el islote o los islotes insalubres del Sotillo. Con esa obra se logró el saneamiento público por la desaparición de los mosquitos y del paludismo. ¿Cuántos romeros no habrán adquirido esa enfermedad en esa fiesta? Quevedo, a este respecto, había dicho del Manzanares, entre otras cosas:

«Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos».

A propósito del crecimiento de Madrid y mucho antes de la canalización fluvial, a mediados del siglo XVII, dijo Céspedes (citado por Maravall)... «Los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos y los egidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados» (6). La ermita de Santiago el Verde no tuvo esa fortuna.

* * *

Un aspecto fundamentalmente decorativo de la fiesta era el aspecto florido de las riberas del Manzanares. Los alrededores de Madrid no regados por el río eran y siguen siendo bastante secos; en ellos el verde brillaría casi todo el año por su ausencia. Pero las tierras del Sotillo, bien hu-

medecidas por las aguas que las rodeaban, y justamente en esas fechas (finales de abril y comienzos de mayo), tenían que ser de una belleza enorme para quienes en el río se fijaran con detenimiento. Así lo hizo Francisco de Quintana. En su obra «*Descripción de Santiago el Verde*» las imágenes, las metáforas, los adjetivos acerca del Manzanares y de la flora de sus orillas, son maravillosos (7). Dan buena razón de las palabras de Lope en la dedicatoria de «*Santiago el Verde*» a su también amigo Baltasar Elisio de Medinilla: ... «el padre Manzanares, adornado de tantos coches, no envidia las altas ruedas del Tajo, las naves del Guadalquivir ni los naranjos del Guadalquivir». La comedia de Lope es de 1620, escrita en tiempos de Felipe III; por tanto, cuando Francisco de Quintana escribió la descripción poética de que voy a dar algunos ejemplos (la primera edición parece ser de 1626) ya conocía la obra de aquél; acaso la habían comentado entre ambos (8). Y ya el Rey mujeriego y su privado estaban en el apogeo.

De esa obra de Quintana, citada superficialmente por muchos estudiosos de Madrid y de la fiesta, pero no suficientemente exprimida, se pueden extraer muchos datos de interés. Por ejemplo, los versos dedicados al Manzanares y a su caudal y los referentes a la flora que enmarcaba la zona festiva.

«Adonde Manzanares más lucido
Sepulcro de cristal da a sus arenas

Y rendido a su adorno y su hermosura,
Aquí enamora, como allí murmura.
Donde vestido de lucida plata,
Cobrando las pensiones de unas fuentes,
Tan escondidamente se dilata,
Que parecen hurtadas sus corrientes»

«Donde Xarama, poderoso río
Pidió favor y vio que anduvo escaso,
Pues limitando el curso en el estío,
Por no prestarle apesura el paso».

(6) Tengo una duda que resumo en una pregunta. ¿Por qué Maravall, tan estudioso de la cultura del Barroco y de la época de Felipe IV, no menciona siquiera la importante fiesta de Santiago el Verde y, sin embargo, cita, aunque sólo sea de soslayo, pero calificándolos de «acontecimientos sonados», el Carnaval, las Carnestolendas, San Juan y el Corpus y las fiestas reales del Retiro?

(7) El estudio literario de Francisco de Quintana y de esa obra creo que están sin hacer.

(8) Lope y Quintana eran amigos. Prueba de ello es el soneto que el primero de ellos dedica al segundo en la presentación de su «*Hipólito y Aminta y descripción de Santiago el Verde*».

Y hablando de su pobre caudal:

«Que por no dar, de no tener se huelga»

«Y siendo voz el ruido algunos días,
El agua es lengua, y mimbre de encias».

«Cobrando en esmeraldas lo que pierde
En alimentos, que de aljófara gasta...»

A propósito de las flores que brotaban en las riberas del Manzanares, Castillo de Solórzano dijo que estaban pobladas de mirtos, juncias, tarayes y otras plantas y arbustos silvestres (G. de Amezúa); pero Quintana hace un relato admirable. Repasa casi toda la flora de tales contornos, cita alrededor de sesenta flores silvestres y menciona sus cualidades decorativas y medicinales. Sería imposible describir mejor las cualidades de cada flor:

«La Heraclea, cuya fuerza alcanza tanto
Que unida a Baco, a Venus hace guerra,
A Ceres ama y al Amor destierra»

«Y la nudosa Grama, que se baja,
y siempre al suelo donde nace unida,
Paga en brazos lo que cobra en vida...»

«Allí el Gamon crecido, y la Artemisa
Favorable, al cansado caminante
El campo llena de fecunda risa

«La Anclusa, flor, que por la mano Elisa,
La cutis hiere que aprisiona el guante,
Y cuando más con presa se limita
Con afrenta de pez, púrpura imita».

«El Cardo que se guarda y se corona,
el Trébol que se aumenta y que se esmalta;
Y con su siempre blanca lechuguilla,
Dorada la cerviz, la manzanilla.

... El Euforbio que la vista aviva;
El Napelo a los ojos lisonjeros,
malo para vecino, pues se niega
a aumentar yerba o flor donde se llega.

Donde el Trifolio alegre no se vea,
Bueno para la tez y así segura,
Ven en Madrid las damas su hermosura

Yergo, Filipéndula y Helecho,
Y la flor del que fue su propicida,
El Sisimbrico, sano para el pecho;
La Mandrágora, al hombre parecida;
A la sed la Espartería da provecho,
El Melifolio, bueno en toda herida,

Allí el Aliso los peligros quita,
Queda en su mordedura el can rabioso

El Lentisco oloroso y lisonjero,
Propiedades de ilustre cortesano,
Cuya raíz, cuando los dientes toca,
Afirma, y pone cándida la boca.
La Yedra al Olmo rústico enlazada,
Tan blandamente le aprisiona y prende,
Que muere en una cárcel regalada,
Y cuando más le injuria le defiende.
La Zarza, que viviendo recatada
Por todas partes enfadosa ofende,
Y aunque es así de condición escasa,
Nos da la fruta de color de brasa.
Allí la Parra que silvestre nace,
Se arrima al tronco que miró vecino

Y paga en sombra que a las flores hace
el humor que les bebe cristalino...

El Mimbre débil y el Taral pequeño
Se acompañan del árbol, cuyo fruto
Del corazón humano es fiel diseño.
Y el vientre aprieta, si se come enjuto
El Mirtó, peligroso para el sueño,
Cuyo verdor el tiempo nunca inmuta...

* * *

¿Qué queda hoy en Madrid que recuerde a Santiago el Verde? Solamente la calle de este nombre sita donde estuvo siempre, que conserva en una de sus esquinas un viejo azulejo del siglo XVIII. Está en el barrio de la Huerta del Bayo, distrito de la Inclusa; va desde la calle de la Huerta del Bayo (9) a la del Casino (10) y se cruza con la de Mira el Sol. Inmediatamente paralelas a ella están, a un lado la del Ventorrillo y la de la Peña de Francia, y al otro lado, la de Embajadores. Salvo una casa que es moderna, las demás se conservan como construcciones antiguas o viejas quizá de los siglos XVII y XVIII. La de Santiago el Verde sigue teniendo las mismas dimensiones que ya señalaba Fernández de los Ríos en su *«Guía de Madrid»* de 1876; 131 metros de longitud por 6 de anchura. Y, como se decía en el libro de Capmani y Montpalau, desde lo alto de la calle, es decir, desde su comienzo en la calle de la Huerta del Bayo se ve, mirando de frente y hacia abajo, la zona donde en tiempos debió estar el Sotillo, hoy zona urbanizada con grandes bloques de construcciones ribereñas. Bello rincón todavía, en el Rastro castizo, el de los aledaños de esa calle de Santiago el Verde; único barrio quizá que pueda recordar, sobre todo en domingo, el carácter multitudinario y de mezcla social de la gente que se desplazaba a la fiesta del Sotillo. Quedan, además, los recuerdos de las pequeñas historias que se encierran

en cada casa y en cada rincón. En una de ellas nació el gran torero madrileño Vicente Pastor. Esas pequeñas historias que estudiadas al estilo Maravall permitirían un mejor conocimiento de las características evolutivas de la sociedad madrileña, en relación con sus fiestas.

(9) Se llama así porque en el siglo XVI (Capmani señala el año 1560) existía la Huerta del «Licenciado Francisco del Bayo», catedrático interino del Estudio de la Villa. Por la Huerta del Bayo decíase que regresaban a Madrid la mayoría de los romeros.

(10) Esta calle del Casino lindaba con una gran finca que perteneció en tiempos al Cardenal Zapata; después a unos hermanos Abad que la cedieron a los teatinos de la Casa de Nuestra Señora del Favor (parroquia de San Cayetano); y más tarde fue expropiada o despojada por el Ayuntamiento de Madrid, que la embelleció y decoró para regalársela (1817) a la Reina María Isabel de Braganza cuando se casó con Fernando VII. Allí y como prolongando a la calle de Santiago el Verde, en la acera de la derecha, bajando, estaba y sigue estando, aunque sólo conserva una barandilla, la escalera interior y unas escaleras de piedra que dan a la huerta, el palacete llamado Casino de la Reina —de la reina citada—; por eso tal calle se llamó del Casino de la Reina. En este edificio que rigió hace unas decenas de años Doña Dolores de Mondéjar, estuvo instalado el Museo Arqueológico de Madrid (del que todavía quedan columnas y capiteles por los suelos) y hoy está el Colegio de Nuestra Señora de la Almudena, albergue de cigarreras ancianas. El portalón de entrada a este Centro, que regentan con primor, las Hermanitas de San Vicente de Paúl, está frente por frente al extremo más bajo de la calle de Santiago el Verde; una vez cruzada esa puerta se ve que a ambos lados continúan las aceras con la misma proyección que las de la calle de Santiago el Verde. Esto, que ya se recogía en el Plano de Espinosa (no en el de Teixeira), hace pensar que la calle de Santiago el Verde debió ser cortada o taponada con el muro de separación al construirse el Casino. Así parecieron pensarlo Peñasco y Cambrónero quienes dicen que esta calle «daba salida al camino que conducía a la ermita de Santiago el Verde...».

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR PIÑOL, F.: Asociaciones madrileñas en el siglo XVIII. Anal. Inst. Est. Madrileños, vol. VII.
AMADOR DE LOS RÍOS, J.: HISTORIA DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID, Madrid, 1863. Edición facsimil de 1978, Abaco Ediciones.

AZORIN: OBRAS COMPLETAS, II, 514, Madrid, 1959, Aguilar.
BARRIONUEVO J. de: AVISOS, Colec. Escrit. Castell., vols. 95, 96, 99 y 103, Madrid, 1892-1893.
BENNASSAR, B.: LOS ESPAÑOLES, Barcelona, 1977, Mundo Central de Ediciones, S. A.

- BONET CORREA, A.: IGLESIAS MADRILEÑAS DEL SIGLO XVII. Madrid, 1961, Cons. Sup. Invest. Cientif., Inst. Velázquez.
- BRUNEL, A., y van AERSEN, F.: VOYAGE D'ESPAGNE. CURIEUX, HISTORIQUE ET POLITIQUE. FAIT EN L'ANNÉE 1655. Paris, 1665. Citado por varios autores con ciertos y repetidos errores en la ficha bibliográfica. Los datos que doy proceden de FARINELLI, A., por información proporcionada por el prof. J. A. MARAVALL.
- CAMBRONERO, C.: El Manzanares. Madrid Literario, 1876, núm. 8, pág. 2.
- CAPMANI Y MONTPALAU, A.: ORIGEN HISTORICO Y ETIMOLOGICO DE LAS CALLES DE MADRID. Madrid, 1863, Imp. Manuel B. Quirós.
- CARO BAROJA, J.: LA ESTACION DE AMOR. FIESTAS POPULARES DE MAYO A SAN JUAN. Madrid, 1979, Taurus.
- CASTILLO DE SOLORZANO, Alonso de: DONAYRES DEL PARMASO Y TARDES ENTRETENIDAS. Madrid, 1625, id. Col. Selecta Nov. Esp., III, 1906, 1908.
- CASTILLO DE SOLORZANO, Alonso de: TIEMPO DE REGOCIJO Y CARNESTOLENDAS DE MADRID. Madrid, 1627. Edición de Madrid, 1907, ver en Inst. Est. Madrid.
- COTARELO Y MORI, E.: COLECCION DE ENTREMESSES, LOAS, BAILES, JACARAS Y MOJIGANGAS DESDE FIN DEL SIGLO XVI A MEDIADOS DEL XVIII. Madrid, 1932, Tipogr. de Archivos.
- COULSON, J., y NOEL, B.: DICTIONNAIRE HISTORIQUE DES SAINTS. Paris, 1964, Soc. d'Edit. Diction. et Encyclop.
- CHAVES, A. R.: La Maya de Leganitos. La ilustración de la Mujer, 1876, I, núm. 31, 68, pág. 142.
- DEFOURNEAUX, M.: LA VIE QUOTIDIENNE DANS L'ESPAGNE DU SIECLE D'OR. Paris, Hachette.
- DELEITO PIÑUELA, J.: TAMBIÉN SE DIVIERTE EL PUEBLO. Madrid, 1944, Espasa Calpe.
- DELEITO PIÑUELA, J.: LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV. Rev. Bibliot. Arch. Mus. Ayuntamiento de Madrid, 1947, IV.
- DELEITO PIÑUELA, J.: LA MUJER, LA CASA Y LA MODA EN LA ESPAÑA DEL REY POETA. Madrid, 1966, Espasa Calpe.
- DELEITO PIÑUELA, J.: SOLO MADRID ES CORTE. LA CAPITAL DE DOS MUNDOS BAJO FELIPE IV. Madrid, 1968, Espasa Calpe.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: Aspectos del vivir madrileño durante el reinado de Carlos II. Arch. Inst. Est. Madrileños, 1971, VII.
- ESQUER TORRA, R.: Estampas del Madrid diocichesco. Diversiones populares en las noches veraniegas. Anales Inst. Ests. Madrileños, 1968, II, 225-228.
- FARINELLI, A.: VIAJES POR ESPAÑA Y PORTUGAL DESDE LA EDAD MEDIA HASTA EL SIGLO XX. Roma, 1942, XX, Reale Accademia d'Italia.
- FERNANDEZ DE LOS RIOS, A.: GUIA DE MADRID, MANUAL DEL MADRILEÑO Y DEL FORASTERO. Madrid, 1876. Oficina de la Ilustración Española y Americana.
- GARCIA SABELL, D.: Conferencia sobre Valle Inclán en la Fundación March, octubre de 1979.
- GOMEZ IGLESIAS, A.: LA EDAD MEDIA EN MADRID. Madrid, 1962, Deleg. Nac. de Turismo.
- GOMEZ DE LA SERNA, R.: ELUCIDARIO DE MADRID. Madrid, 1931, CIAP, Renacimiento.
- GONZALEZ DE AMEZUA, A.: UN COSTUMBRISTA MADRILEÑO OLVIDADO DEL SIGLO XVII. Madrid, 1956, Temas Madrileños, XV, Inst. Est. Madrileños.
- GONZALEZ PALENCIA, A., y MELE, E.: LA MAYA, NOTAS PARA SU ESTUDIO. Madrid, 1944, Cons. Sup. Invest. Cientif. Inst. Antonio de Nebrija, Bibliot. Tradic. Populares.
- HARTZENBUSCH, J. E.: Costumbres españolas del siglo XVII. Santiago el Verde en Madrid. Semanario pintoresco español, 1847, 397, 404.
- HERRERO GARCIA, M.: LA VIDA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII. Las bebidas, Madrid, 1933, Sind. Export. del Libro Español.
- HERRERO GARCIA, M.: MADRID EN EL TEATRO. Madrid, 1963, Bibliot. Est. Madrileños, Inst. Ests. Madrileños.
- HURTADO VALHONDO, A.: Citado por González Palencia y Mele, pág. 66.
- JOLY, B.: Voyage en Espagne, 1603-1604, Rev. Hispanique, XX, 460, 1909.
- KANY, CH.: LIFE AND MANNERS IN MADRID, 1771-1776. Londres, 1787. Dos tomos.
- LEON PINELO, A. de: ANALES DE MADRID DE LEON PINELO (desde el año 1447 al 1648). Madrid, Edición de los manuscritos, 1971, Inst. Ests. Madrileños.
- LIBROS DE ACUERDOS DEL CONSEJO DE MADRID. Ayuntamiento de Madrid, Arch. de la Villa, 1486-1492, Madrid, 1970, Art. Gráf. Municipales.
- MARANON, G.: EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES. Madrid, 1945, Espasa Calpe.
- MARAVALL, J. A.: LA CULTURA DEL BARROCO. Madrid, 1975, Ariel.
- MESONERO ROMANOS, R. de: EL ANTIGUO MADRID. Madrid, 1861. Edición facsimil, 1976, Abaco.
- MILLARES CARLO, A.: CONTRIBUCIONES DOCUMENTALES A LA HISTORIA DE MADRID. Madrid, 1971, Inst. Ests. Madrileños.
- ORTI, C.: Santiago el Verde. Zarzuela en 2 actos y 4 cuadros. En el libro del mismo autor RATOS DE INSOMNIO. Madrid, 1913. Imprenta del Correo Español.
- PALACIO, E. del: De todo un poco. Madrid Cómico, mayo de 1893.
- PEÑASCO DE LA FUENTE, H.: PAGINAS DE LA HISTORIA DE MADRID. Madrid, 1891, Administrativa. E. Rubiño.
- PEÑASCO DE LA FUENTE, H. y CAMBRONERO: LAS CALLES EN MADRID. Madrid, 1889, Administrativa E. Rubiños.
- QUINTANA, J. de la: HISTORIA DE LA ANTIGUEDAD, NOBLEZA Y GRANDEZA DE LA VILLA DE MADRID. 1629. Reeditada en 1954 por E. Varela Hervás, Ayuntamiento de Madrid, Artes Gráficas Municipales.
- QUINTANA, F. de: HIPOLITO Y AMINTA Y DESCRIPCION DE LA FIESTA DE SANTIAGO EL VERDE. Edición de 1673, Madrid, Bibliot. privada del autor.
- REAU, L.: ICONOGRAPHIE DE L'ART CHRETIEN. Paris, 1959, Press Univ. de France.
- REMIRO DE NAVARRA, B.: LOS PELIGROS DE MADRID, 1646. Madrid, 1956, Soc. Bibliófilos Españoles.
- REPIDE, P. de: COSTUMBRES Y DEVOCIONES MADRILEÑAS. Madrid, 1914, Librería Pueyo.
- REPIDE, P. de: MADRID VISTO Y SENTIDO POR PEDRO DE REPIDE. Madrid, 1948, Sec. Cult. e Inform., Artes Gráficas Municipales.
- RINCON LAZCANO, José: HISTORIA DE LOS MONUMENTOS DE LA VILLA DE MADRID. Madrid, 1909, Imprenta Municipal.
- RODRIGUEZ SOLIS, E.: HISTORIA DE LA PROSTITUCION EN ESPAÑA Y AMERICA. Madrid, s.f. Edit. Biblioteca Nueva.
- ROLDAN, R., y GONZALEZ, A.: GUIA PRACTICA DE MADRID, 1903-1904, s.f.-s.e.
- ROMERO, F.: El Sotillo de Madrid. Anales Inst. Ests. Madrileños, 1967, II, 241-248.
- ROSELL Y LOPEZ, C.: CRONICA GENERAL DE ESPAÑA. MADRID. Madrid, 1865, Soc. Edit. Aquiles Rochi.
- SAINZ DE ROBLES, F. C.: MADRID. AUTOBIOGRAFIA. Madrid, 1937, Aguilar.
- SALCEDO CORONEL, G.: OBRAS DE LUIS DE GONGORA... COMENTADAS POR D. GARCIA SALCEDO CORONEL, TOMO 2.º. Madrid, 1644, pág. 574. Citado por G. de Amezuza.
- SAMPELAYO, J.: EL OTRO MADRID. Madrid, 1976, Prensa Española.
- SANZ DEL CASTILLO: LA MOJIGANGA DEL GUSTO. Zaragoza, 1641, Edición de Madrid, 1908. Citado por G. de Amezuza.
- SORIA MARCO, B.: MADRID ANTIGUO Y MODERNO. Madrid, 1959, Garcia Enciso.
- SOTO AGUILAR, D. de: Fiestas que se han hecho memorables que han sucedido en España. M. S. Bibliot. R. Acad. Historia.
- TORMO, E.: LAS IGLESIAS DEL ANTIGUO MADRID. Madrid, 1927, Imp. A. Marzo, 1927.
- UNAMUNO, M. de: Orillas del Manzanares, 1932. Paisajes del alma. OBRAS COMPLETAS. I, pág. 965.
- VALLE INCLAN, R. del: MARTES DE CARNAVAL (II. LOS CUERNOS DE DON FRIOLERA). Madrid, 1930, véase O. C. Edit. Aguilar.
- VAREY, J. E.: HISTORIA DE LOS TITERES. Madrid, 1957, «Revista de Occidentes».
- VAREY, J. E.: TITERES, MARIONETAS Y OTRAS DIVERSIONES POPULARES DE 1758 A 1859. Madrid, 1959, Inst. Ests. Madrileños, XIX.
- VERGARA MARTIN, G. M.: DICCIONARIO GEOGRAFICO POPULAR DE CANCIONES, REFRANES, ADAGIOS..., Madrid, 1923, Sucesores Hernando.
- VERGARA MARTIN, G. A.: LA POESIA POPULAR MADRILEÑA Y EL PUEBLO DE MADRID. Madrid, 1926, Hernando, S. A.
- VERGARA MARTIN, G. M.: ESTUDIOS FOLKLORICOS GEOGRAFICOS. RELACIONES ENTRE LAS FESTIVIDADES DE LA IGLESIA Y LOS FENOMENOS ATMOSFERICOS Y LAS FAENAS AGRICOLAS, SEGUN FRASES ESPAÑOLAS RECOGIDAS POR... Madrid, 1931, Hernando.
- VIEDMA, J. A.: Santiago el Verde. La América, 1868, XII, I, 28, 14 (del libro inédito CUENTOS DE LA VILLA).
- VILLAR, E. del: Cuadros de antaño. Santiago el Verde. Nuevo Mundo, Madrid, 3 de mayo de 1906.
- VIÑAS MEY, C.: EL PROBLEMA DE LA TIERRA EN ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII. Madrid, 1941.
- VIÑAS MEY, C.: Forasteros y extranjeros en el Madrid de los Austrias. Madrid, 1963. Sección de Cultura, Artes Gráficas Municipales (separata del autor).
- ZABALETA, J. de: EL DIA DE FIESTA POR LA MAÑANA Y POR LA TARDE, 1659. Madrid, 1889, Edic. Angel Rodriguez Chávez, Bibliot. Universit. Reedición, Barcelona, 1885, Edit. Bibliot. Clas. Española.

